

Versión para niños de

La Eneida

de Virgilio

CLÁSICOS

CONTADOS A LOS NIÑOS

La Eneida

contada a los niños

por Rosa Navarro Durán

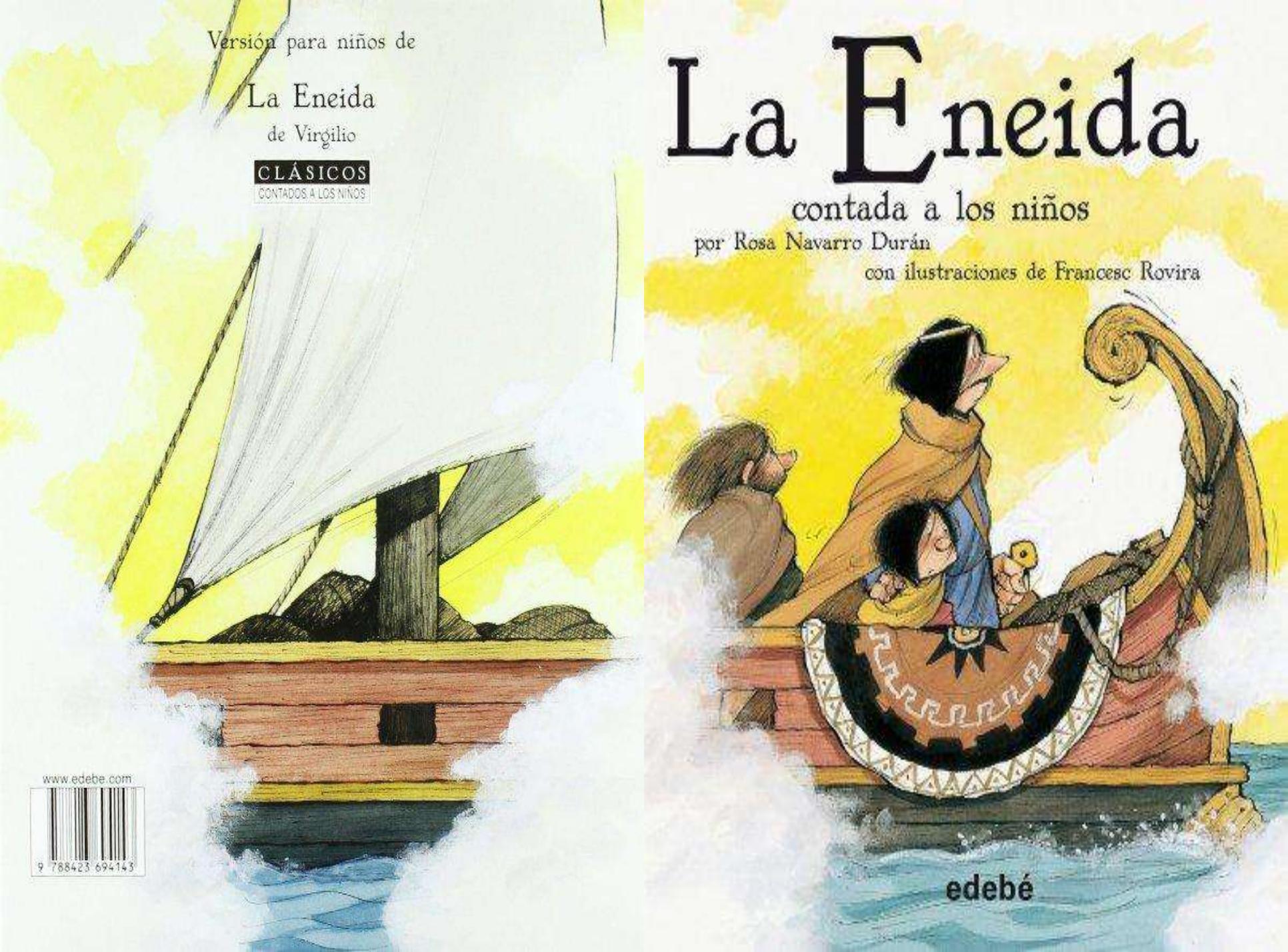
con ilustraciones de Francesc Rovira

www.edebe.com



9 788423 694143

edebé



LA TEMPESTAD



Sabía la diosa Juno que un día los latinos, descendientes de los troyanos, acabarían con Cartago, la feroz y guerrera ciudad de Libia, a la que tanto amaba. Por eso, trataba por todos los medios de impedir que el príncipe troyano Eneas y los suyos, que habían logrado escapar de Troya en llamas, llegaran a Italia.

Llevaban largos años navegando por los mares sin poder dar con ningún sitio en el que quedarse. De pronto, un día avistaron las costas de Sicilia. Y con las velas desplegadas, empezaron a remar con todas sus fuerzas para alcanzar tierra y descansar por fin.

Juno, al verlo, exclama:

—¡Cómo es posible que yo, la esposa de Júpiter, el rey de los dioses, no pueda acabar con estos troyanos! ¡Están a punto de llegar a la isla de Sicilia!

Y para impedirlo, decide ir inmediatamente a Eolia, el lugar de los nublados, donde viven los vientos huracanados. Su rey Eolo los tiene prisioneros dentro de un monte, y allí braman furiosos. Él puede amansarlos o soltarlos. Los vientos siempre le obedecen.

Al llegar junto a Eolo, la furiosa Juno le dice:

—Los troyanos, mis enemigos, navegan por el mar y están ya muy cerca de Sicilia. Suelta a tus vientos furiosos para que sus naves queden enterradas por las olas. Haz que esos hombres malditos vayan al fondo del mar. Te daré por mujer a la más bella de mis ninfas.

—Es cosa tuya decidir, reina —le contesta Eolo—. Yo no tengo más misión que hacer lo que me mandes. Tú conseguiste que Júpiter me diera este reino, el mando sobre las nubes y los huracanes. Gracias a ti, me siento a la mesa de los dioses. A ti te lo debo todo.



Al momento, Eolo empuja a un lado con su lanza el monte hueco, y salen libres, a toda velocidad, los furiosos vientos. Se lanzan sobre el mar y provocan una tempestad tras otra. Enormes olas llegan a las playas. Una negra noche se extiende sobre el mar. Se oyen truenos por todas partes, y los relámpagos relumbran sin parar.

Los troyanos se dan cuenta de que no pueden llegar a tierra. ¡Van a morir! Eneas, su rey, lleno de un pavor que lo paraliza, grita alzando las manos al cielo:

—¡Ojalá hubiera muerto en Troya, durante la guerra! ¡Dichosos aquellos que murieron allá en la patria! —y mientras pronuncia estas palabras, un golpe del huracán da de frente en la vela del barco y alza el mar hasta el cielo.

Se rompen los remos y se ladea la popa. El navío avanza sobre un monte inmenso de agua. Unos hombres cuelgan de la cresta de una ola. El mar abre la vista de su fondo a otros navegantes que caen en él.

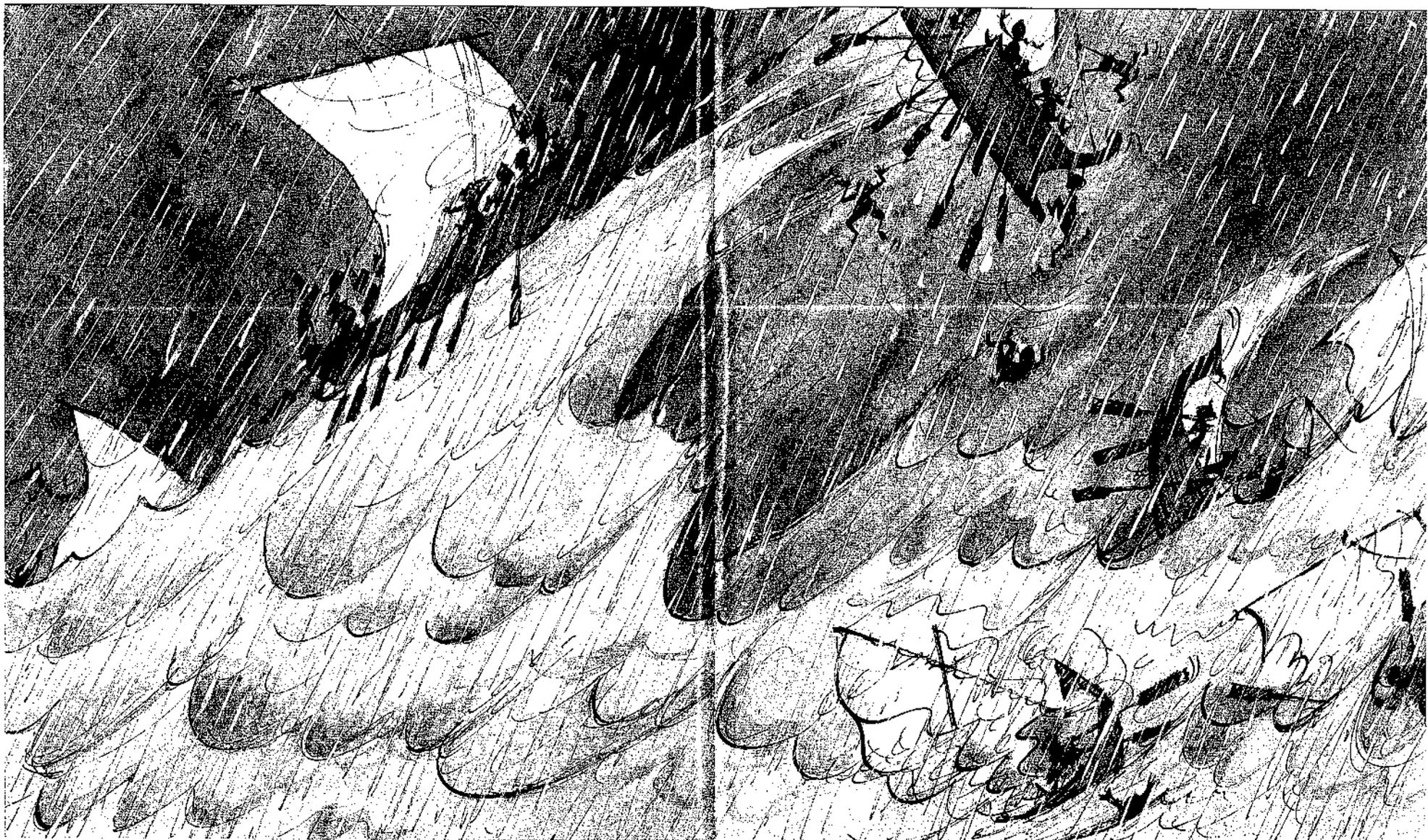
El viento Noto lanza contra las peñas a tres de las naves. El viento Euro deja mal paradas a otras tres, tras mandarlas con-

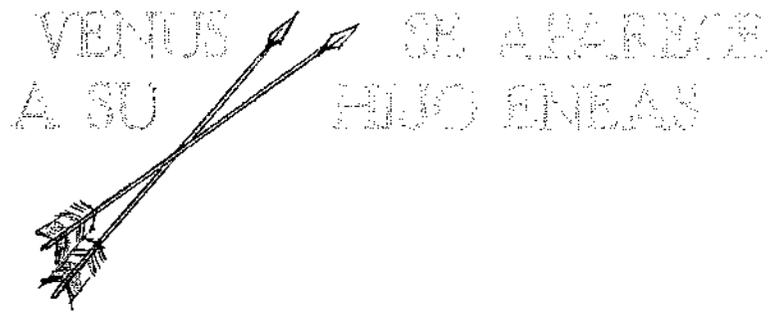
tra unos escollos. El oleaje da tres vueltas a otro barco, y un torbellino inmenso lo sepulta entre las olas. Aquí y allá, se ven nadando a algunos náufragos junto a vigas, armas y tesoros de Troya.

De pronto Neptuno, el dios del mar, desde lo más profundo, donde tiene su palacio, oye el sordo estruendo del oleaje. Asoma su sereno rostro para ver qué está pasando y descubre la flota de Eneas desparramada por la superficie del mar, y ve cómo se desploman sobre ella el cielo y las olas. Enseguida advina que detrás debe de andar su hermana Juno y, muy furioso, manda a Eolo que sosiegue las olas inmediatamente. ¡No es Eolo quien gobierna el mar, porque él sólo puede mandar sobre los vientos en su cárcel!

En menos tiempo del que tarda en decirlo, se apacigua la furia de las olas, se barren las nubes, y sale el sol.

Las leves ruedas del carro de Neptuno, tirado por veloces caballos, se van deslizando sobre el manto sereno del mar. La sola mirada del dios lo calma todo.

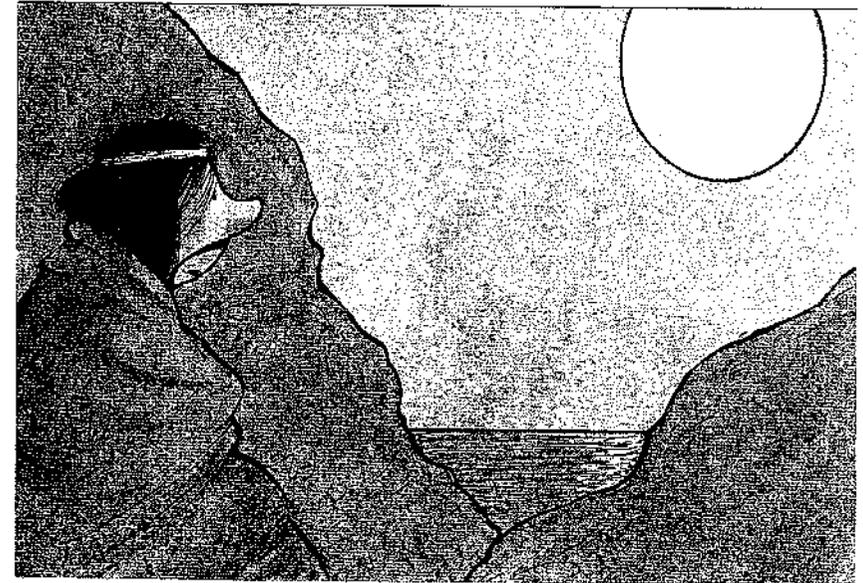




Eneas y los suyos intentan ahora llegar a las orillas de Libia. Parece que se han salvado sólo siete naves.

Por fin, encuentran un lugar resguardado en la costa entre dos filas de rocas. El mar, sosegado, enmudece a sus pies. Arriba, un gran bosque da sombra a las aguas. En el fondo de la ensenada hay una cueva en donde mana agua dulce.

Por suerte, Eneas ve en la playa unos ciervos y, persiguiéndolos bosque adentro, consigue matar con sus flechas a siete. Así, con ellos y con el vino que aún queda en su barco, puede dar de comer y beber a sus agotados hombres.



Cae la noche. Mientras los troyanos descansan, Eneas apenas puede dormir pensando en mil cosas.

Al amanecer, decide explorar el lugar adonde han ido a parar empujados por el viento. Le acompaña sólo el fiel Acates.

Estando en mitad del bosque, le sale al encuentro su madre, la diosa Venus, con la apariencia de una joven cazadora. Lleva el arco colgando del hombro y los cabellos sueltos. Sin darse a conocer, les pregunta si han visto a una de sus hermanas, que va vestida con la piel de un lince y anda persiguiendo a un jabalí.

–No he visto a nadie –le contesta Eneas–. Pero dínos quién eres y dónde estamos, bella joven. Los vientos y las olas nos han traído hasta aquí y estamos perdidos. Ojalá puedas ayudarnos.

–Estás en el reino púnico –le responde Venus–, cerca de Cartago. La comarca que rodea a la ciudad es libia, poblada de grandes guerreros. Su reina es Dido. Ella huyó de Tiro, la capital de Fenicia, donde reina su hermano, el cruel Pigmalión.

Y la bella joven, que en realidad es la diosa Venus, empieza a contarles la historia de la reina Dido.

Dido estaba casada con el rico Siqueo, al que ella quería mucho. Un día su malvado hermano, envidioso de la riqueza de Siqueo, lo mató con su espada delante del altar de los dioses. Durante largo tiempo, consiguió esconder su crimen engañando con mentiras a su angustiada hermana. Pero una noche, en sueños, se le apareció a Dido la sombra de su marido Siqueo y le contó todo lo que había pasado. Le dijo que huyera y que se llevara los tesoros del reino, que estaban escondidos. Así lo hizo Dido, acompañada de todos los que odiaban al tirano. Ro-



baron unas naves que estaban en el mar preparadas para zarpar, cargaron las riquezas y se fueron a la ciudad de Cartago. Compraron el terreno que podía abarcar la piel de un inmenso toro y lo amurallaron, fundando su ciudad.

Cuando Venus acaba su relato, les pregunta a su vez, aparentando curiosidad:

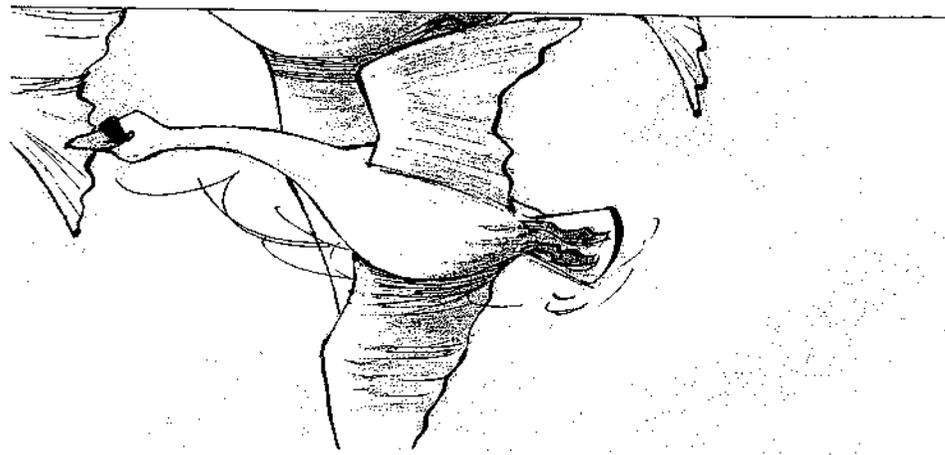
–Pero ¿quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís y adónde vais?

–Yo soy Eneas. Voy en busca de Italia. Me lancé al mar con veinte naves. Mi madre, la diosa Venus, me iba indicando el camino. Pero los vientos y las olas me han dejado sólo con siete barcos, y están medio destruidos. Ahora no sé ni dónde estoy. ¡No me queda nada!

Venus, sin poder soportar más oír estas palabras tan tristes de Eneas, le dice:

–Si has llegado hasta aquí es que los dioses te protegen. Sigue adelante y llegarás al palacio de la reina Dido. Tus compañeros están a salvo, y el resto de tus naves ha llegado a lugar seguro. Mira esos doce cisnes que vuelan por el cielo en formación. Antes un águila los había dispersado, y ahora ya están de nuevo juntos y seguros. Pues así ha sucedido con los tuyos y tus naves.

Después de decir esto, se marcha. Eneas ve cómo sale luz de su cabeza, y su larga cabellera desprende olor a cielo.



Entonces se dirige enseguida a la ciudad con su fiel Acates.

Venus los ha envuelto en una nube para que nadie los vea ni los detenga.

ENEAS LLEGA A CARTAGO: EL ENCUENTRO CON LA REINA DIDO



Eneas y Acates siguen andando por el camino. Al llegar a la cima de un pequeño monte, divisan a lo lejos la ciudad amurallada y quedan admirados. Ocultos por la nube protectora, se dirigen hacia ella sin que nadie los vea y luego se mezclan entre la gente.

En medio de la ciudad hay una arboleda, y en el centro de ella, un templo de bronce en honor de la diosa Juno. Allí iba la reina Dido a recibir a la gente y a dictar leyes. Al acercarse Eneas y Acates, ven llegar su cortejo.

El príncipe troyano contempla, asombrado, la belleza de la reina, que se halla ya sentada en un alto asiento, en el umbral

del templo, rodeada de su guardia. De pronto, Eneas descubre a algunos de sus compañeros desaparecidos en el mar; que, abriéndose paso entre la gente, piden permiso para hablar a la reina.

Ilioneo, en representación de los demás, se dirige así a ella:

–Majestad, somos unos desgraciados troyanos que el viento ha llevado a la deriva por el mar. Venimos a rogarte que no mandes quemar nuestras naves. Ten piedad de nosotros. Sólo queremos repararlas con la madera de tus bosques para llegar a Hesperia, a la que llaman Italia, nuestro destino. Eneas era nuestro rey, valiente y bondadoso. Si viviera, no tendríamos miedo alguno. Déjanos, reina, que reparemos nuestras naves para que podamos irnos a Italia, o al menos a Sicilia, donde vive un rey amigo nuestro, de sangre troyana.

La reina Dido responde:

–No tengáis miedo, troyanos. Sé muy bien quién es Eneas, y me han llegado noticias de la terrible guerra de Troya. Podréis reparar vuestros barcos y luego marcharos a Sicilia o a Hesperia. Pero... ¿no queréis quedaros conmigo en este reino?

Estoy fundando una ciudad, y los troyanos seríais como nosotros, los tirios. ¡Ojalá el viento traiga hasta aquí a vuestro rey! Pondré vigías en la costa por si lo ven.

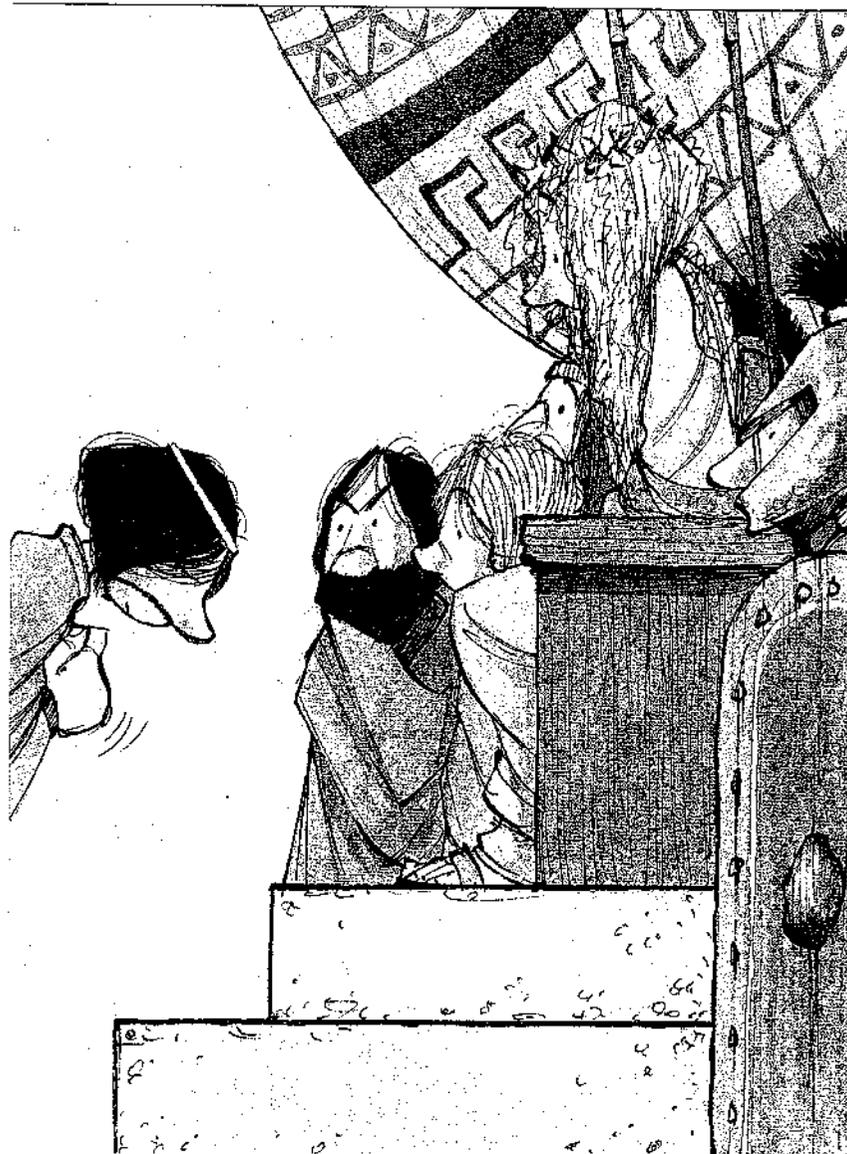
En ese momento, la nube que envolvía a Eneas y a Acates se desgarró, y aparece delante de todos el príncipe troyano, gallardo y muy bello, semejante a un dios. Y le habla así a la reina:

–Soy Eneas el troyano, el mismo que buscáis, reina. Tú eres la única que has sentido piedad por el dolor de Troya y que nos ofreces a nosotros, pobres troyanos que hemos podido escapar de la furia de los griegos, formar parte de tu ciudad y de tu patria. ¡Que los dioses te den la recompensa que mereces, si hay lugar para la justicia!

–Conociendo muy bien el dolor –le contesta la reina–, he aprendido a amparar al desgraciado.

Y ordena que conduzcan a Eneas a su palacio. También manda llevar a la playa, para que coman los troyanos, veinte toros, cien cerdos, cien corderos, cien ovejas y mucho vino.

Eneas le pide a Acates que vaya a su nave, donde está su hijo Julio Ascanio, y que lo traiga a la ciudad. Le manda además



que coja regalos para la reina: un precioso manto y un velo que habían sido de la bellísima reina Helena, y un collar de perlas, una diadema de oro y piedras preciosas que habían pertenecido a una princesa troyana.

Por su parte, Venus había pedido a su hijo Cupido, el dios del amor, que tomara la forma de Ascanio, el hijo de Eneas. Quería que lograra que Dido se enamorara del joven guerrero, porque tenía miedo de que los tirios tendieran una trampa a su hijo.

La diosa duerme al pequeño Ascanio, se lo lleva al bosque de su isla de Citera y lo deja a la sombra, dormido, en un lecho de flores. Mientras tanto, Cupido toma su forma y aprende a andar del mismo modo. Así, cuando Acates va a buscar a Ascanio, no se da cuenta del cambio ni tampoco lo haría el propio Eneas.

En palacio, la reina descansa en un lecho de oro, entre tapices. La rodean sus invitados, que se reclinan en lechos de púrpura. Cien criados van sirviendo la comida y llenan las copas de vino.

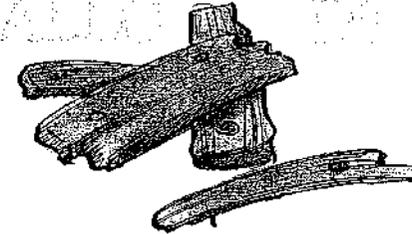
El niño, después de colgarse del cuello de Eneas, abrazán-



dole, se dirige a la reina. Ella le estrecha contra su pecho. Poco a poco él va borrando la imagen que Dido guardaba de su marido muerto, Siqueo, y va estampando la de Eneas en su alma.

La reina Dido ya no quiere que acabe la noche... Para seguir teniendo a su lado a Eneas, le pide que le cuente sus aventuras y cómo escapó del incendio de Troya, hace ya siete años.

EL REY. CUENTA LA
HISTORIA DE SU REINO Y DEL
CABALLO DE TROYA...



—No tengo palabras, reina —empieza a decir Eneas—, para contar la dolorosa historia de cómo los griegos acabaron con el reino de Troya. No puedo evitar las lágrimas al pensar en todo ello. Pero, si quieres saber el final de mi ciudad, aunque me horroriza recordarlo, te lo contaré.

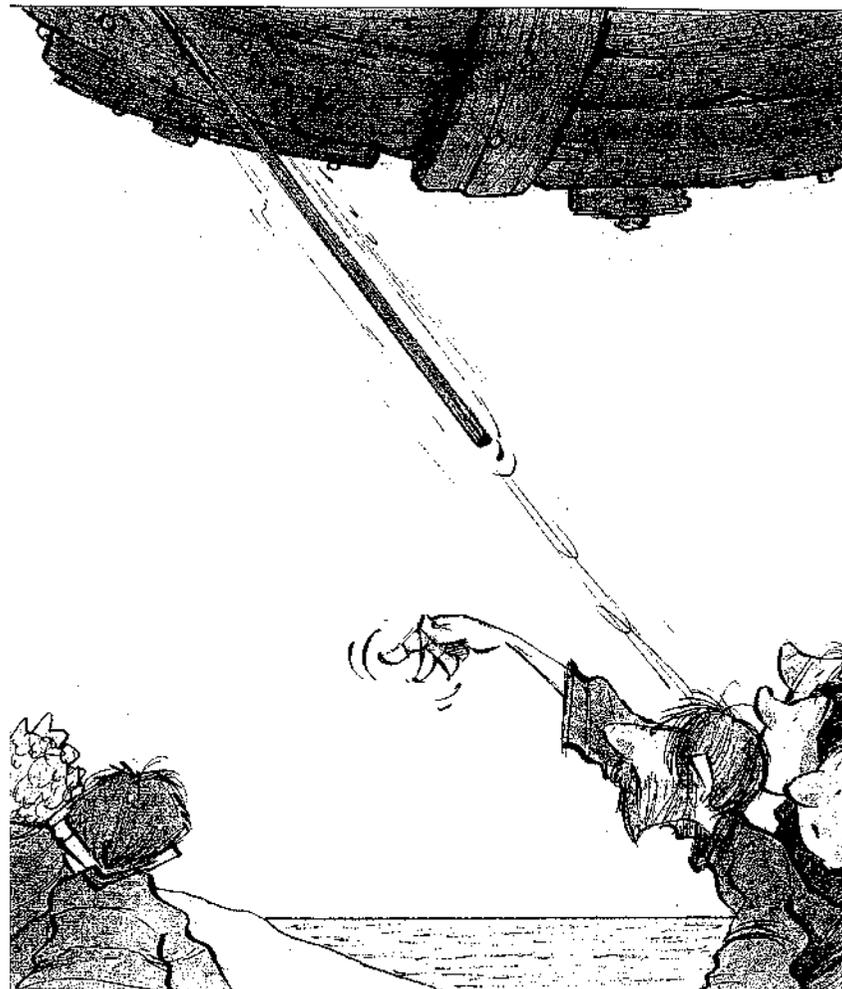
Todos callan y se disponen a escuchar el relato de Eneas:

Llevábamos ya muchos años de guerra cuando un día los griegos construyeron un caballo del tamaño de un monte. Nos dijeron que era una ofrenda a la diosa Palas, para que les ayudara a volver a su patria. En la panza del caballo escondieron a sus mejores guerreros, bien armados. Lo dejaron en la playa, a las puertas de Troya, y ellos se marcharon a esconderse en una isla cercana.

Nosotros creímos de verdad que, por fin, los griegos se habían ido. Así que salimos de nuestra ciudad y empezamos a recorrer su campamento abandonado. Al ver el enorme caballo, unos querían que fuera llevado dentro de la ciudad; y otros, que se le prendiera fuego, porque no les gustaba ese regalo sospechoso.

Laocoonte, un sacerdote de Neptuno, dios del mar, gritó a todo el mundo:

—¡No creáis que los griegos se han ido! ¡Cuidado con ese caballo! ¡Ningún regalo de los griegos deja de esconder una trampa! ¿O es que creéis que Ulises dejará de pensarlas alguna vez? ¡No os fiéis de ese caballo, troyanos! —y después disparó contra



el costado del caballo su lanza, haciendo resonar su cavidad con un hondo gemido.

En ese momento, unos pastores troyanos arrastraban a presencia de su rey Priamo a un joven con las manos atadas a la espalda. Todos rodearon al cautivo y se burlaron de él.

Al verse en tal situación, el prisionero, llorando, le dijo al rey:

—¡Ay! ¡Qué suerte me espera ahora! Te voy a decir toda la verdad, rey, pase lo que pase. No voy a negarte que soy griego. Sinón nunca miente. Yo era amigo de Palamedes, a quien Ulises llevó a la muerte acusándole falsamente de haber traicionado a nuestro rey Agamenón. Ulises, como sabía que yo había sido su amigo, me hizo desde entonces la vida imposible, inventando falsas acusaciones contra mí.

»Ya teníamos construido este caballo, regalo a la diosa Palas para que nos dejara volver a casa, cuando estalló una terrible tormenta. El adivino nos dijo que había que aplacar la furia del mar sacrificando a un joven y me señaló a mí como el elegido. La noche anterior a que me mataran, conseguí escaparme desatando mis ataduras. Luego me oculté entre los juncos de la tierra pantanosa esperando a que mis compañeros se hicieran a la mar.

»No espero ya volver a ver a mi padre, que queda en mi tierra, ni a mis hijos. ¡Pero, por favor, rey, ten piedad de mí, déjame vivir!



Todos, conmovidos al ver sus lágrimas, perdonamos la vida al prisionero. El rey Príamo mandó que lo desataran y le dijo:

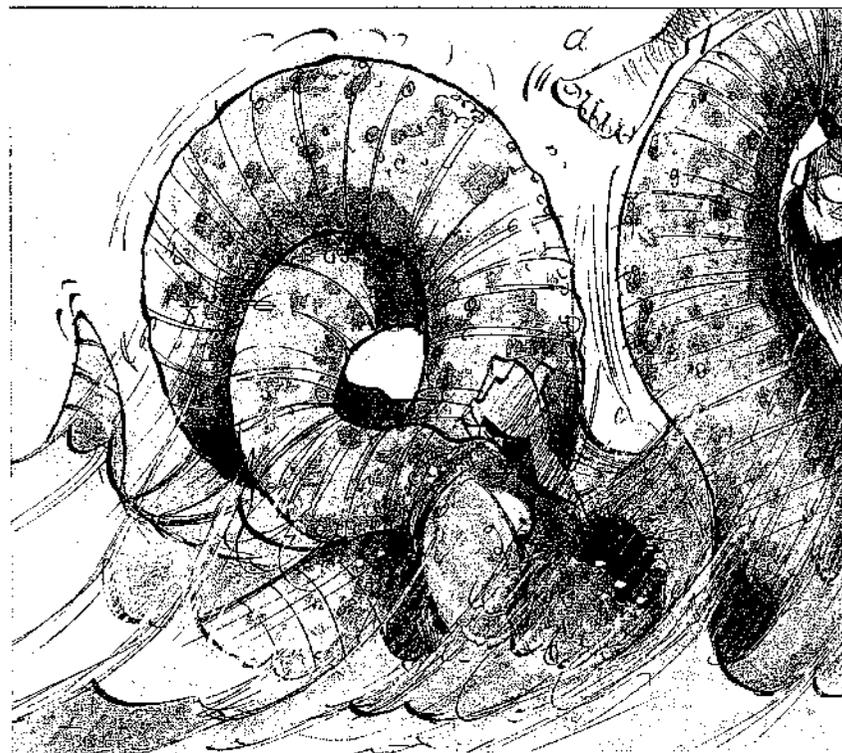
–Olvida ya a los griegos. Tú serás uno de los nuestros. Responde con verdad a lo que te voy a preguntar. ¿Por qué construyeron este enorme caballo? ¿Qué querían hacer con él? ¿Es realmente una ofrenda a los dioses o es una máquina de guerra?

El traidor Sinón sabía muy bien qué tenía que contestar y así lo hizo:

–Esta imagen es una ofrenda a la diosa Palas, a la que habían ofendido los griegos. La hicieron tan grande para que no pudiera entrar en los muros de Troya. Porque, si los troyanos hicierais algo a ese caballo, caería sobre vosotros un mal terrible. En cambio, si lo subierais hasta vuestra ciudad, vuestro ejército llegaría victorioso a las mismas tierras griegas.

¡Todos creímos al mentiroso Sinón!

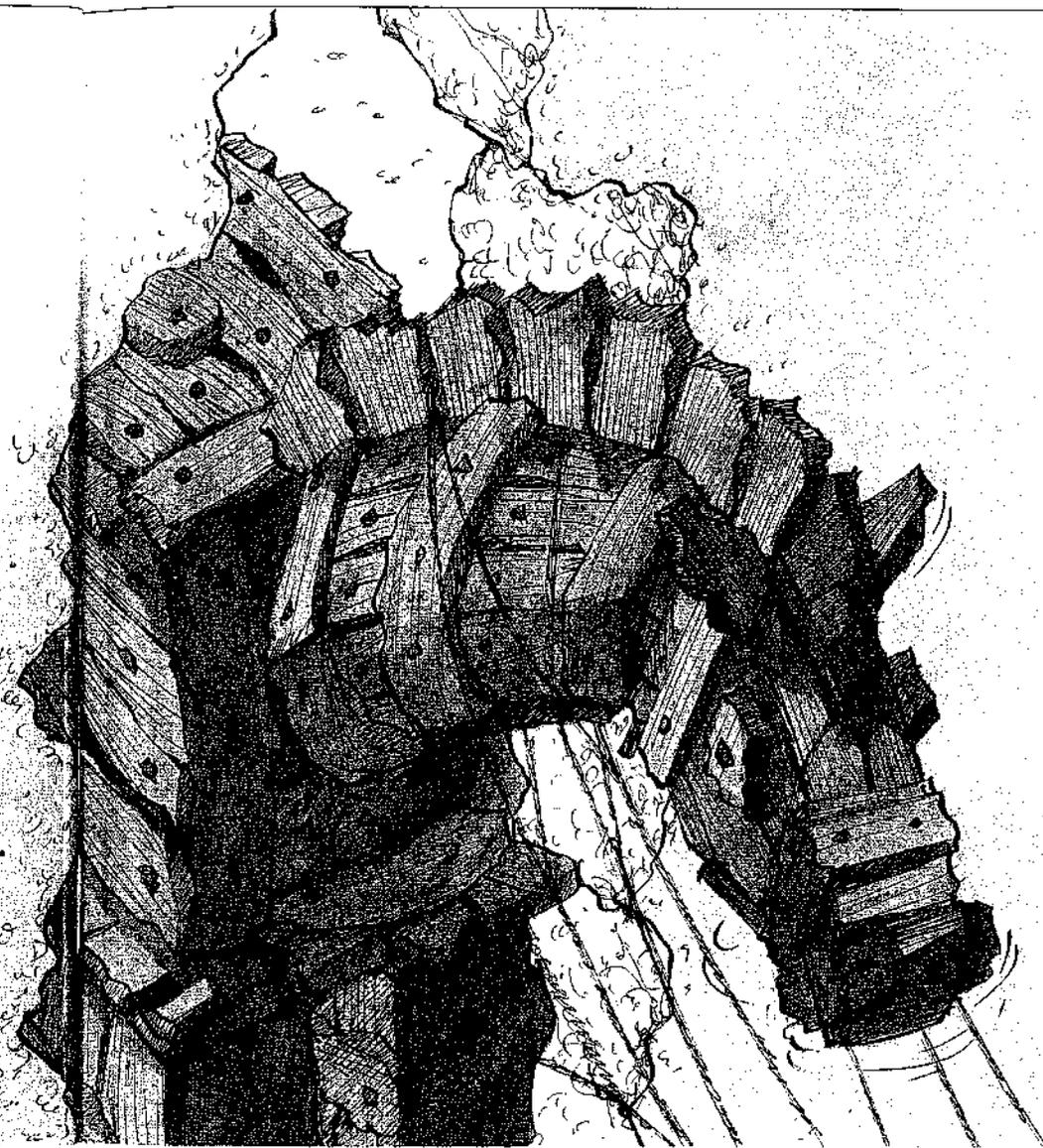
Y además un terrible prodigio nos hizo actuar enseguida: dos serpientes enormes salieron del mar y atacaron a los hijos de Laocoonte. Cuando su padre, con un dardo en la mano,



acudió a intentar liberarlos de los enormes anillos, lo enlazaron también a él. Y los tres murieron entre horribles gritos. Luego las terribles serpientes huyeron reptando hacia el templo de la diosa Palas. Todos se acordaron de la lanza que había disparado el sacerdote contra el caballo de madera y pensaron que era el castigo por su atrevimiento.

—¡Hay que llevar el caballo al templo de la diosa, dentro de la ciudad! —gritó la gente.

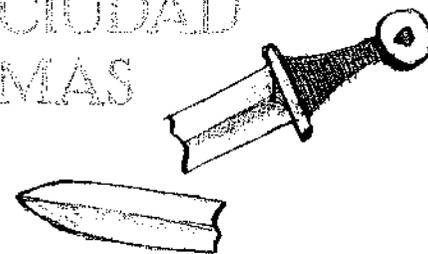
Así lo hicimos. Para ello rompimos un trozo de la muralla. Se pusieron rodillos corredizos debajo de los pies del caballo, y cuerdas en su cuello. De esta forma lo fueron subiendo hasta dejarlo en el mismo centro de la ciudad.



Llegó la noche. Nos fuimos todos a descansar.

Mientras, silenciosamente, las naves griegas salieron de la isla en dirección a Troya. Sinón, a escondidas, abrió las puertas del vientre del caballo, y salieron todos los guerreros. Invadieron la ciudad hundida en el sueño, dieron muerte a los guardianes y abrieron las puertas a los griegos, justo cuando llegaban a la orilla.

LA CIUDAD EN LLAMAS



Estaba yo durmiendo sin sospechar lo que pasaba en mi ciudad cuando, de repente, vi en sueños al príncipe Héctor. Lloraba, estaba herido y sucio, cubierto de polvo mezclado con oscura sangre. ¡Qué distinto era a como lo recordaba victorioso!

Me pareció que yo mismo, llorando, le hablaba preguntándole:

—¿De dónde vienes, Héctor? ¿Quién te ha herido de esa forma?

No me respondió, pero, muy triste, me dijo:

—¡Huye, huye! ¡Sálvate de las llamas! El enemigo está dentro



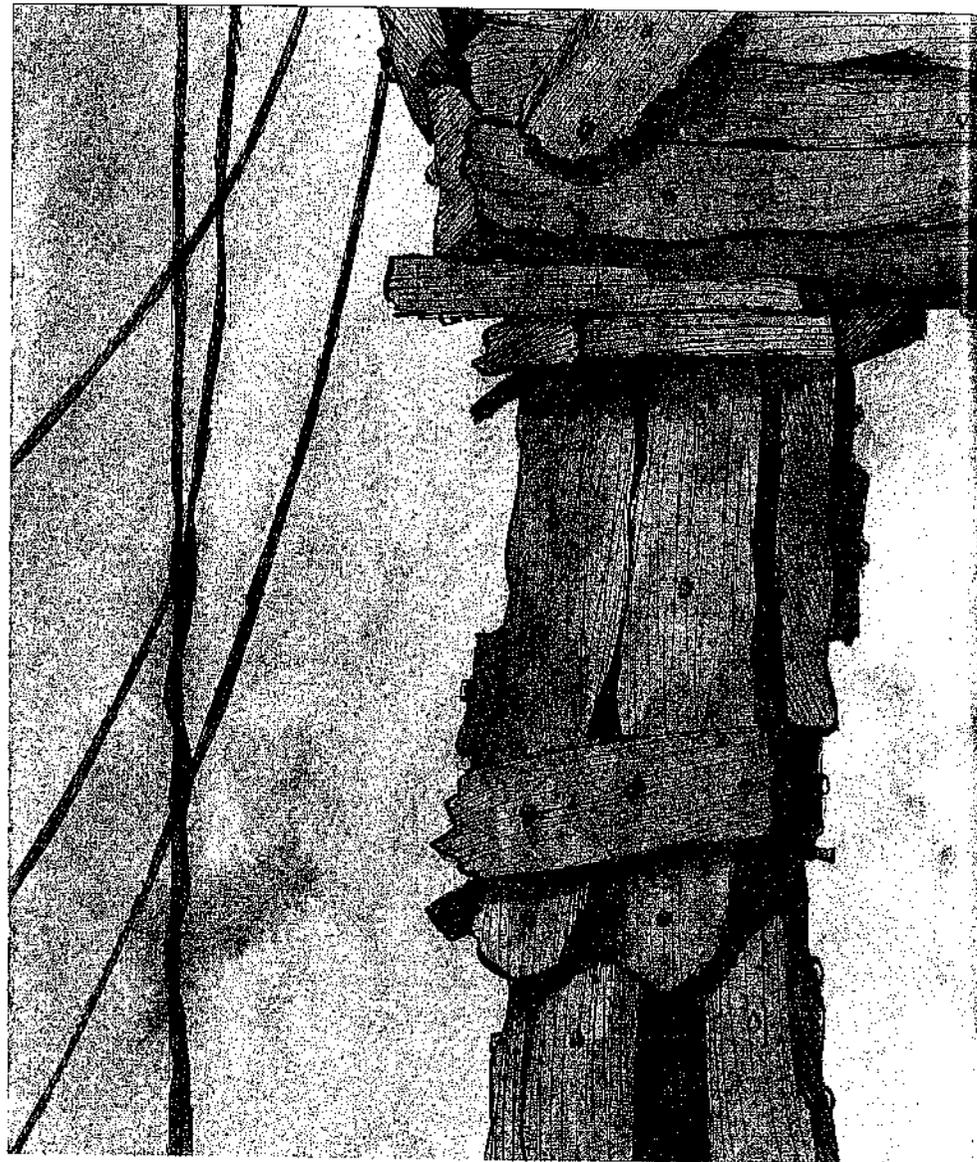
de nuestros muros. Troya se derrumba. Llévate la imagen de nuestros dioses, busca un lugar para ellos y funda allí una ciudad. Aunque primero tendrás que navegar mucho, mucho...

El sobresalto me hizo despertar. Subí al tejado y escuché atentamente. Era como si oyera un incendio extenderse por el bosque o el agua inundando los campos. Me di cuenta entonces de lo que estaba pasando: ¡estaba ardiendo toda la ciudad!

Enloquecido, cogí las armas. No sabía qué hacer. Sólo sé que deseaba reunir a un grupo de soldados y luchar contra los griegos. La rabia no me dejaba ni pensar. Creía que lo que debía hacer era morir luchando.

Entonces vi a Panto, el sacerdote, que llevaba las imágenes de los dioses y que huía con su nieto de la mano. Le pregunté por dónde avanzaban los griegos.

—Llegó el final para Troya —me contestó—. Los troyanos ya no existimos. Se acabó esta ciudad. Los griegos se han apoderado de todo. En el centro de la plaza está el inmenso caballo que va vomitando de su panza hombres armados. Las puertas de Troya están abiertas, y miles de enemigos la han ocupado.



*...el inmenso caballo que va vomitando
de su panza hombres armados*

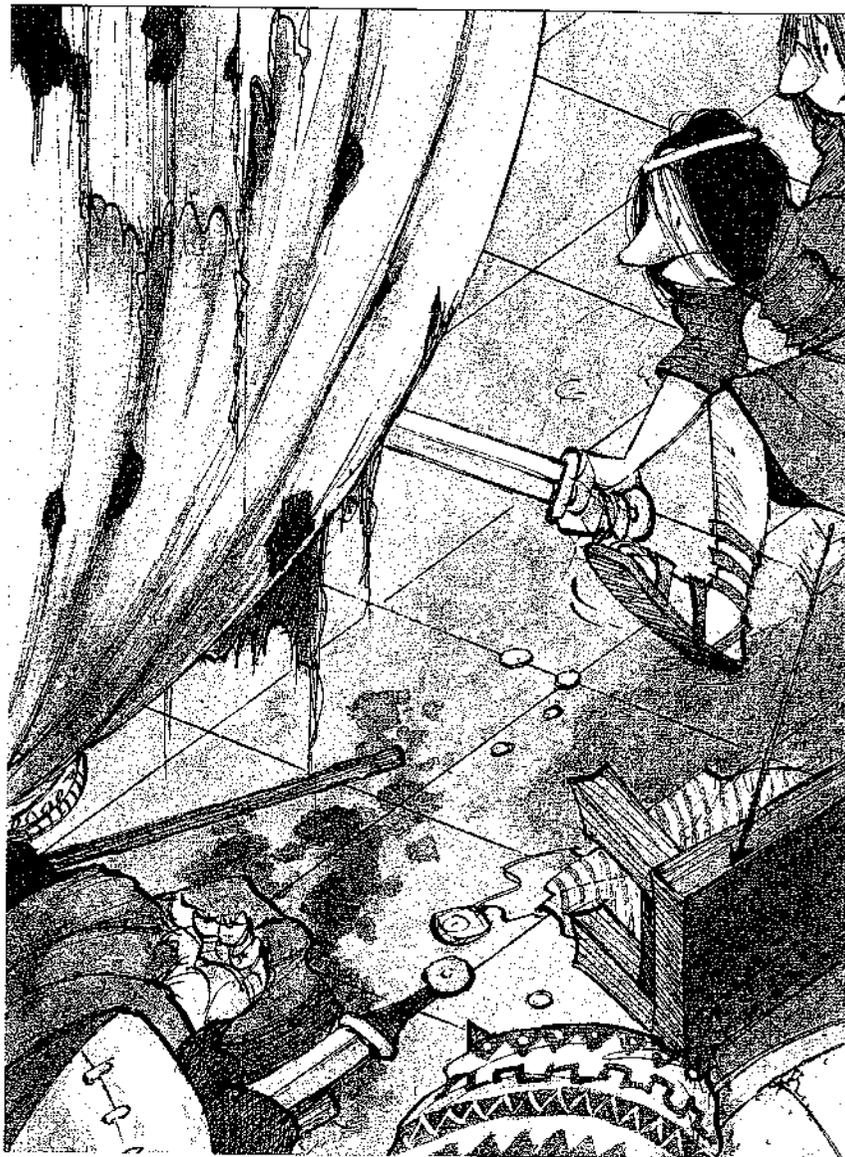


En ese momento llegaron junto a mí algunos de mis valientes soldados, y todos nos lanzamos hacia la ciudad en llamas como si fuéramos lobos hambrientos entre la niebla negra. Así, entre flechas, a través de los enemigos, caminamos hacia una muerte segura.

La ciudad se estaba derrumbando. En calles y casas no se veían más que cadáveres. Todo, todo era pura muerte. ¡Así es la espantosa guerra!

Nada pudimos hacer. Fuimos al palacio del rey Príamo. La lucha era terrible, como si todos se hubieran juntado allí. Los griegos apoyaban las escalas en los muros e iban trepando mientras con el escudo se protegían de las flechas que desde arriba los defensores del rey les lanzaban. Las puertas no resistieron más el ataque de las vigas con puntas de hierro, y los griegos entraron en palacio. Mataron a los guardianes. Donde no había fuego, allí estaban ellos.

El viejo rey Príamo se había puesto la armadura que hacía tiempo que ya no usaba. Le temblaban los hombros por sus muchos años y apenas podía ceñirse la espada. Murió en segui-



da: un feroz griego, Pirro, le atravesó el costado izquierdo con la espada.

Al ver al viejo rey muerto, de pronto me acordé de mi anciano padre, Anquises, y de mi mujer, Creúsa, y de mi pequeño hijo, Ascanio. Horrorizado al imaginar que mi casa podía estar en llamas, salí del palacio entre el fuego y los cuerpos muertos.

REINAS VA EN LA BOSA DE LOS BUYS



Las llamas me iluminaban el camino hacia mi casa. Entonces fue cuando me pareció que Troya entera estaba hundiéndose en el fuego. Me recordaba un viejo árbol cuyo tronco están cortando los leñadores, a punto de caer mientras su copa se bambolea, hasta que da un último gemido y cae con estruendo en la tierra.

Avancé entre lanzas y llamas, y por fin, llegué a mi casa.

Mi viejo padre se negaba a huir, porque no quería seguir viviendo tras la destrucción de su ciudad.

–Huid vosotros. Dejadme morir aquí –me dijo.

Mi esposa Creúsa, Ascanio y yo intentamos convencerle,

pero no hubo manera. Desesperado, tomé de nuevo las armas para lanzarme a la lucha. Sin embargo, mi mujer y mi hijo, llorando, me rogaron que no lo hiciera.

Entonces vimos una llama encima de la cabeza de Ascanio. Parecía que le acariciaba los cabellos, pero no le quemaba. Nos quedamos atónitos.

Mi padre rogó a Júpiter que le mostrase que en verdad procedía de él ese aviso. Al instante, oímos retumbar el estampido de un trueno, y por el cielo vimos avanzar una estrella luminosa que dejaba un largo rastro de luz y un fuerte olor a azufre.

Al ver estos prodigios, mi padre cedió:

—Voy donde tú me digas, porque veo que es la voluntad de los dioses.

Me puse sobre los hombros una piel de león y me arrodillé para que mi padre pudiera subirse en ellos. Tomé a mi hijo Ascanio de la mano y le dije a mi esposa Creúsa que nos siguiera.

Cruzamos las calles oscuras. Si antes iba sin miedo donde volaban flechas, ahora cualquier ruido me hacía temblar, porque temía por los míos.



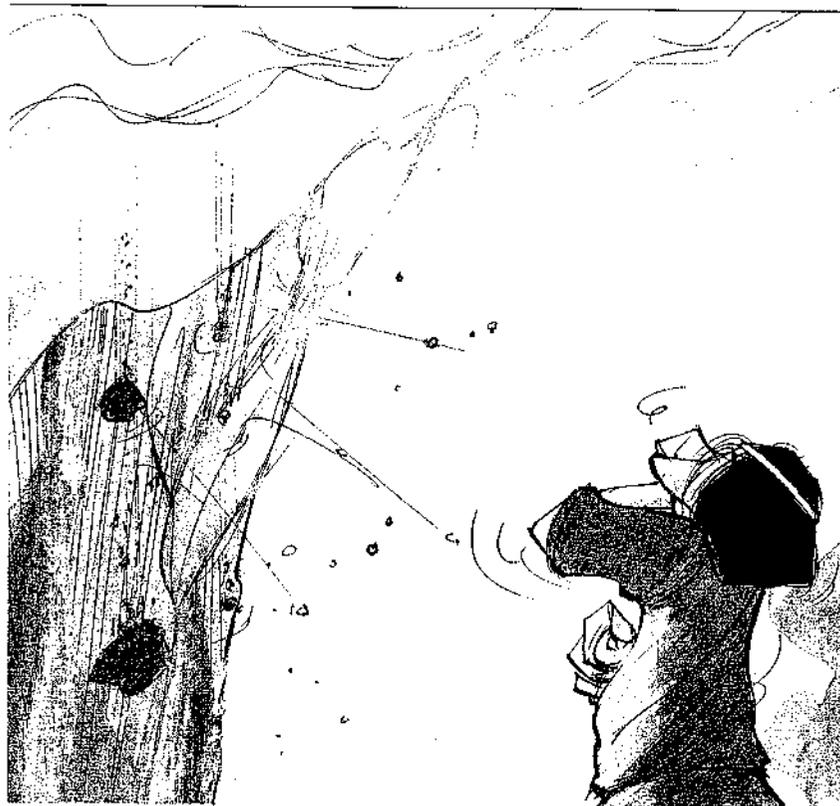
Cuando ya casi había llegado a las puertas de la ciudad y creía que me había librado de todos los peligros, oí ruido de pisadas. Al mismo tiempo mi padre gritó desde mis hombros:

–¡Se acercan por ahí! ¡Huye, hijo, huye! ¡Ya veo brillar los escudos y las espadas!

Enloquecí. Empecé a correr de aquí para allá sin dirección fija.

Mi pobre esposa Creúsa, cansada o desorientada, se quedó atrás, y ya nunca la volví a ver. Ni me di cuenta de que no nos seguía. Sólo lo descubrí al llegar a sitio seguro, al templo de la diosa Ceres.

Dejé entonces a mi padre y a mi hijo con algunos de los míos que habían encontrado cobijo allá y volví a recorrer las calles por las que me parecía que había pasado antes. Regresé a las murallas y a la puerta por donde habíamos salido. Desde allí reconstruí nuestro camino a la escasa claridad de la noche hasta volver a casa, por si Creúsa se había refugiado allí. Los griegos la habían asaltado, y un voraz incendio la envolvía.



Desesperado, volví a recorrer las calles llenándolas con mis gritos:

–Creúsa, Creúsa, Creúsa...

De pronto vi delante de mí a la triste sombra de mi amada esposa. No pude ni moverme. La voz se me pegó a la garganta.

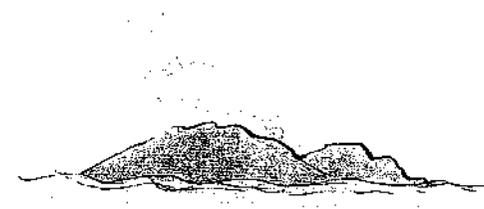
En ese momento ella me dijo:

—No me busques más, mi querido Eneas, y no te desesperes. Los dioses no han querido que te acompañe. Te esperan largos y duros años de navegaciones. Llegarás, por fin, a Hesperia, donde el río Tiber fluye con mansa corriente. Allí tendrás un reino y una nueva esposa. No me llores más. Y cuida de nuestro hijo.

Llorando, quise decirle mil cosas, pero la sombra se iba desvaneciendo. Tres veces intenté abrazarla, y las tres veces su imagen se deslizó entre mis brazos, como si fuera viento, como si fuera un sueño.

Agotado, regresé al templo de Ceres, donde había dejado a mi padre y a mi hijo. Amanecía ya. Subí de nuevo a mi padre en hombros, di la mano a mi hijo y me fui al monte.

LA NARRATIVA DE DIOGA



Reuní a toda mi gente. Nos hicimos a la mar y abandonamos Troya. Empezaba la primavera. Vi por última vez las costas de mi patria a través de las lágrimas. Me iba desterrado.

Después de días y días de navegación, llegamos a la isla de Creta. Mucho tiempo antes habían vivido en ella troyanos. Luego cayó en manos de un tirano, pero ya habían conseguido liberarse de él.



Allí nos asentamos. Hice construir una ciudad a la que llamé Pérgamo. Empezábamos ya a cultivar los campos y a sentirnos en una nueva patria cuando un día comenzó una terrible peste: morían los hombres, los animales; los campos no daban fruto, las plantas se secaban.

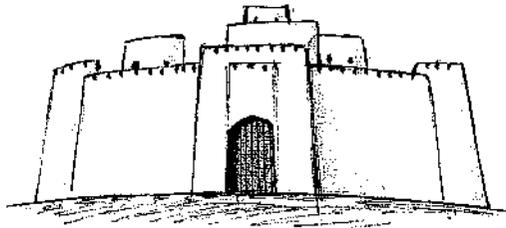
No sabía qué hacer, si quedarme en esa tierra enferma o marcharme con todos los míos en busca de otro lugar. Era de noche, pensaba en ello mientras todos dormían. Por mi ventana entraba la clara luz de la luna llena, y entre sueños vi que se iluminaban las imágenes de los dioses que había sacado de Troya y que me hablaban:

–No te desanimes, Eneas. Tienes que marcharte en busca de nuevas tierras. No es éste el lugar que los dioses te han destinado para tu nuevo reino. Tienes que ir a Hesperia, una tierra antigua, rica en frutos. Ahora la llaman Italia. Nosotros procedemos de ella. Levántate y sigue tu camino.

En ese momento me desperté, pero no me pareció haber tenido un sueño, sino que los dioses me habían revelado realmente lo que debía hacer.

Al día siguiente empezamos los preparativos para hacernos a la mar de nuevo.

LAS SUCIAS HARPIAS



Navegábamos ya en alta mar. No se veía más que cielo y agua. De pronto, una oscura nube azulada se paró encima de nosotros, y estalló una terrible tempestad. Los barcos se convirtieron en juguetes de las olas, que nos llevaban unas veces hacia lo hondo del mar y otras hacia el cielo. Continuos relámpagos lo iluminaban todo. Navegamos sin rumbo. Mi experto piloto, Palinuro, no acertaba a encontrar camino alguno en medio de las olas ni sabía distinguir el día de la noche.

Tres días y tres noches estuvimos perdidos en medio del

mar de altas olas. Al cuarto día, vimos, por fin, en el horizonte, la costa. Recogimos las velas, y los marineros se pusieron a remar con todas sus fuerzas para aproximarnos a tierra lo más rápido posible. Eran las islas Estrófadas. No sabíamos entonces que las habitaban las Harpías.

Son tres monstruos que salieron de la laguna del infierno. Tienen cuerpo de ave y garras, pero cara de mujer, palidísima por el hambre que siempre pasan. Lo ensucian todo con sus excrementos, espantosamente malolientes.

Al desembarcar, vimos por los prados unas hermosas vacas y rebaños de cabras sin pastor. Era tal nuestra hambre que, sin pensarlo, cogimos unos animales, los asamos y empezamos a comerlos. En ese instante aparecieron las Harpías, moviendo las alas con gran ruido. Se lanzaron sobre nuestra comida y la llenaron de excrementos fétidos.

Por segunda vez, pusimos la mesa. Esta vez, en una honda gruta, y la cerramos con gruesos troncos de árboles. Otra vez, no sé cómo, entraron las horribles Harpías en la cueva y lo ensuciaron todo. Era insoportable el mal olor que dejaban.



Mandé entonces a mis compañeros que las atacasen con sus espadas, pero sus plumajes eran impenetrables, y huyeron sin recibir daño alguno.

Una de ellas, Celeno, se posó en una alta roca y desde allí nos dijo:

—¡Troyanos, nos coméis nuestro ganado y además nos atacáis! Oíd bien lo que voy a deciros y no os olvidéis de ello. Vais hacia Italia y llegaréis a sus puertos, pero no podréis construir la muralla de la ciudad que queréis fundar allá sin sufrir un castigo terrible por haber querido matarnos. Tendréis un hambre tan espantosa que os comeréis incluso las mesas.

Después, Celeno se fue volando a refugiarse en el bosque.

Esas palabras cayeron como un rayo sobre mis compañeros, que se desanimaron muchísimo al ver lo que les esperaba. Mi padre mandó que inmediatamente emprendiéramos de nuevo nuestra navegación.

Ya había llegado el frío invierno que encrespaba las olas.

A los pocos días llegamos a la ciudad griega de Butroto. Allí supimos que Héleno, hijo de Príamo, el rey troyano, reinaba en algunas ciudades griegas porque se había casado con la viuda del rey griego Pirro. Al saberlo, me entraron unas ganas enor-

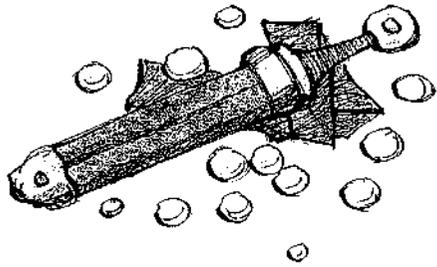


mes de hablar con él. Dejé mis naves en el puerto y me fui tierra adentro con mi gente en su busca.

Supe que había llegado a su reino cuando vi una ciudad rodeada de murallas que parecía una pequeña Troya. Fui a su palacio, de pórticos espaciosos como los que tenía el de su padre en su patria.

Nos recibió con los brazos abiertos y nos hospedó durante los días del duro invierno.

LAS PENALIDADES DEL REY HÉLENO



Al llegar la primavera, los suaves vientos nos anunciaron que debíamos seguir navegando hacia nuestro destino. Antes de hacerlo, un día le hablé así al rey Héleno, que era también adivino:

–Hijo de Troya, tú que oyes a los dioses y sabes leer el vuelo de las aves, dime por favor qué peligros debo evitar primero. Sé que tengo que ir a Italia, pero la Harpía Celeno me ha anunciado que sufriremos un hambre espantosa y ya no sé qué hacer. ¿Cómo podremos superar esas horribles penalidades?

Al oírme, Héleno me cogió de la mano y me llevó al templo de Apolo. Allí me dijo estas palabras:

–Eneas, hijo de Venus, tienes que seguir navegando. No te puedo decir todo lo que te convendría saber para la seguridad de los tuyos, porque la diosa Juno me impide hacerlo. La Italia que tú imaginas cercana y esos puertos a los que te diriges están muy lejos. Tienes que dejar atrás aún muchas tierras antes de poder fundar una ciudad en un lugar seguro. Te voy a decir la señal por la que debes guiarte, ¡no la olvides!

»Cuando llegues a la orilla de un río desconocido y veas tendida bajo las encinas de la orilla una gran cerda blanca dando de mamar a treinta lechoncitos, blancos como ella, habrás encontrado el lugar en donde tienes que construir tu ciudad y también tu descanso. No te asustes ante el anuncio de que pasaréis tanta hambre que devoraréis hasta las mesas, porque los dioses te sacarán de este mal paso.

»Evita ahora las tierras griegas y dirígete hacia Sicilia. Cuando veas la isla, ve hacia la izquierda y no te acerques a las costas que veas a tu derecha. El trozo de mar que separa la isla de Hesperia está vigilado por Escila y Caribdis. Ésta sorbe tres veces las olas y tres veces las saca de su profunda cueva. Escila,



que está al lado derecho, saca la cabeza de lo hondo de su caverna y arrastra a las naves hacia las rocas. Más te valdrá, aunque sea más lento, rodear la isla que ver una sola vez a la horrible Escila y oír los ladridos de sus perros marinos.

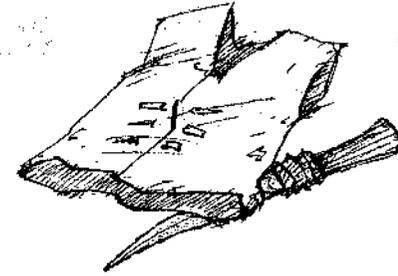
»Al alejarte de Sicilia, vete a Cumas. Dirígete a los lagos y bosques del Averno. Allí encontrarás a una profetisa, la Sibila, que anuncia el porvenir bajo una peña hueca. La Sibila escribe lo que ve en hojas de árboles. Las pone unas encima de otras en su cueva y, cuando se abre y entra el menor soplo de aire, las hojas escritas revolotean por el lugar. Ella no se preocupa de recogerlas ni de ordenar sus oráculos. Los que han ido a consultarlos se marchan sin respuesta.

»Detente allí lo que sea necesario. No te importe si tus compañeros se enfadan por el retraso viendo que los vientos son favorables para la navegación. No dejes de ir a buscar a la Sibila y de rogarle que te diga el futuro que te espera. Así sabrás cómo vencer los obstáculos con los que tendrás que enfrentarte.

»Vete, pues, y alza hasta las estrellas el nombre de Troya.

Luego el rey Héleno nos hizo muchos regalos: piezas de oro y marfil, y mucha plata. Y además nos dio armas y remeros para que nos ayudaran en nuestra navegación.

NAVEGANDO HACIA
ITALIA: LA ISLA
DE LOS CÍCLOPES



Nos hicimos a la mar y llegamos a los montes Ceraunios. Era el camino más corto para ir a Italia. Se hacía ya de noche. Las montañas se cubrían de sombra.

Desembarcamos y echamos a suertes quiénes serían los remeros que tenían que quedarse de guardia. Los demás nos tendimos en la playa para dormir y reposar. A mitad de la noche, se levantó Palinuro, el piloto. Observó el cielo y vio las señales de una navegación tranquila. Desde la popa de su nave sopló con fuerza la caracola para que todos nos despertáramos y nos hiciéramos a la mar.

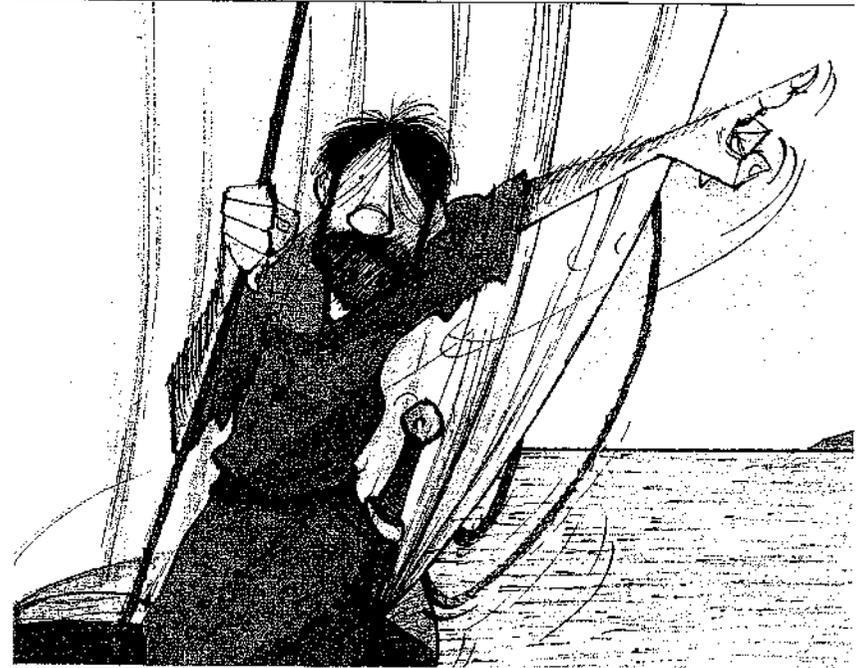
Amanecía cuando vimos a lo lejos, entre la neblina, unos montes. Acates fue el primero que gritó:

—¡Italia! ¡Italia!

Y luego todos a coro gritamos el nombre de la tierra ansiada.

Mis compañeros recogieron las velas y dirigieron las proas hacia la costa. Enseguida vimos el golfo de Tarento y el peñasco de Escila, donde tantos barcos se estrellan. El hábil Palinuro cambió el rumbo de la nave para evitarlo y se dirigió hacia la izquierda. Los remeros luchaban por evitar el escollo con todas sus fuerzas. Una enorme ola nos levantó a los cielos y luego nos hundió en lo más hondo del mar. Tres veces nos pasó lo mismo, hasta que, al ponerse el sol, el viento se aplacó y, sin rumbo ya, fuimos a parar a las costas de los Ciclopes.

El puerto es muy amplio y de aguas quietas, pero a su lado el volcán Etna lanza a veces al cielo negras nubes de humo y globos de llamas que lamen las estrellas. Otras veces, vomita rocas y corrientes de lava. Se dice que ese monte oprime el cuerpo del gigante Encélado, que se atrevió a enfrentarse a Júpiter.



Y cada vez que el dolorido gigante cambia de postura, tiembla toda Sicilia y el cielo se cubre de humo negro.

Toda la noche estuvimos escondidos en un bosque, junto a la playa, observando aquellos espantosos prodigios, sin saber cuál podría ser la causa del estruendo que oíamos, porque no se veía una sola estrella en el cielo. Todo era oscura niebla, y una noche negrísima tapaba con sus sombras la luna. No sabíamos dónde estábamos.

Al amanecer, vimos salir del bosque a un hombre desconocido, vestido con harapos, que llevaba sujetos con espinas de pescado, demacrado, con una barba muy larga. Nos tendió las manos, hasta que de pronto se dio cuenta de que éramos troyanos. Entonces se quedó horrorizado, sin poder dar un paso, porque él era griego. Pero, enseguida, se dirigió hacia nosotros y nos suplicó:

—Troyanos, por los dioses, por el aire que todos respiramos, sacadme de aquí. Me da lo mismo dónde me llevéis. No os voy a ocultar que soy griego, uno de los compañeros de Ulises. Y si queréis matarme y echarme al mar, podéis hacerlo. Al menos así ya no veré este espantoso lugar.

Mi padre Anquises, compadecido del griego, le dio la mano para tranquilizarlo. Y entonces, ya más calmado, nos dijo así:

—Me llamo Aqueménides y fui compañero de Ulises. Mi padre era muy pobre y por eso me fui a la guerra. Aquí me dejaron abandonado mis compañeros al huir del espantoso Polifemo. Me dejaron olvidado en lo hondo de la cueva del Cíclope, llena de carne sangrienta y podrida.



»Polifemo es un monstruo tan alto que toca el cielo con la frente. Se alimenta de entrañas y de sangre de sus víctimas. Yo mismo vi cómo cogió con su enorme mano a dos de los nuestros. Los estrelló contra el suelo y luego se los fue comiendo.

»Ulises le dio a beber un vino muy fuerte, y el gigante, harto y borracho, se durmió. Entonces entre todos cogimos un tronco enorme de punta aguda y le taladramos el único ojo que tiene en la frente.

»Pero ¡marchaos enseguida! Cortad las amarras de los barcos, porque no es el único gigante que hay en estos bosques. Hay otros cien terribles Cíclopes, gigantescos todos y tan monstruosos como Polifemo.

»Llevo ya tres lunas llenas aquí. Me escondo de ellos, vigilo cuando aparecen y tiemblo al ruido de sus pisadas y al de su voz de trueno. Para sobrevivir he comido raíces de hierbas y frutas silvestres. Mirando el mar desde una alta roca, vi vuestras naves y decidí ir a vuestro encuentro sin importarme quiénes fuerais. Sólo quiero huir de estos monstruos.

En ese momento vimos en la cumbre de un monte la enor-



me figura del mismo Polifemo. Ciego, llevaba en la mano un pino al que había quitado las ramas y con él iba guiando sus pasos. Le rodeaban sus rebaños de ovejas de largas lanas. Entró en el mar para lavarse el ojo reventado, y se le oyó rechinar los dientes de dolor. Avanzó hacia alta mar, pero el agua no le llegaba ni a la cintura. ¡Tan alto es!

Temblando todos y sin hacer ningún ruido, soltamos las amarras de nuestros barcos y nos hicimos a la mar llevando con nosotros al griego Aqueménides. Remamos con todas nuestras fuerzas para alejarnos de ese espantoso lugar. Sin embargo, el Cíclope notó nuestra presencia y empezó a caminar, como pudo, hacia nosotros. Pero como era imposible que nos alcanzase y él se dio cuenta, gritó de tal forma que retumbó la tierra y rugió el Etna en sus cavernas huecas.

Al oír el grito, acudieron los otros Cíclopes, y toda la playa se llenó de esos gigantes monstruosos, aunque no pudieron hacer más que mirarnos con sus espantosos ojos únicos. El miedo nos dio fuerzas para remar, y nos alejamos enseguida porque el viento nos fue favorable e hinchó nuestras velas.

Rodeamos Sicilia, como nos había dicho Héleno, hasta llegar al puerto de Drépano, donde reina mi buen amigo Acestes, y a su triste playa. Triste porque allí murió mi querido padre, el único consuelo de todos mis trabajos. ¡Ni el adivino Héleno ni la cruel Celeno, la Harpía, me habían anunciado esta pérdida tan dolorosa!

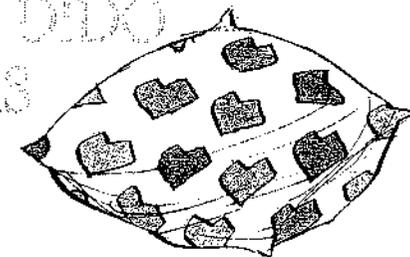
*...toda la playa se llenó
de esos gigantes monstruosos*



Ésta ha sido mi última desgracia y el fin de mi larga peregrinación, reina Dido, porque al salir de allí, los dioses y los vientos me trajeron a vuestras playas.

Calló entonces Eneas. Había acabado de contar su historia a la bella Elisa Dido.

EL AMOR DE DIDO POR ENEAS



La reina lo había estado escuchando sin perderse una sola palabra. No podía dejar de mirar al apuesto troyano, porque el Amor le había impreso su imagen en el alma.

Cuando todos se van a descansar, ella no puede dormir: ve por todas partes la figura de su amado Eneas. Sus palabras siguen resonando en sus oídos.

A la mañana siguiente, habla con su hermana Ana. Las dos son inseparables y se quieren muchísimo. Dido nunca hace nada sin decírselo a ella.

—Ana, hermana mía, ¡no puedo dejar de pensar en nuestro huésped, en Eneas! ¡Qué valiente, qué guapo, qué bien habla!

Creo que es hijo de alguna diosa. ¡Cuánto ha sufrido y cómo ha sabido vencer tantas dificultades! Si no fuera porque decidí no volver a casarme nunca, lo haría con él. Sólo me atrevo a decirlo a ti, hermana mía. Desde que murió Siqueo, mi querido esposo, nadie más había entrado en mi corazón; pero ahora siento que renace dentro de mí el viejo fuego del amor.

Y nada más confesar a su hermana lo que siente, se echa a llorar desesperadamente.

Ana le dice entonces:

—¡Hermana, más querida para mí que la luz del día! ¿Has de consumir tu juventud en soledad y en tristeza? Has rechazado a todos tus pretendientes, al rey Yarbas y a otros muchos, pero ¿has de huir también de este amor que te cautiva? Estás rodeada de enemigos y te amenazan crueles guerras. Yo creo que los dioses han traído a estas costas al troyano Eneas para que tu reino sea más fuerte. Ruega a los dioses que así sea e inventa excusas para retener aquí al príncipe troyano y a los suyos. Te será fácil porque sus naves están rotas, y las borrascas revuelven los mares.



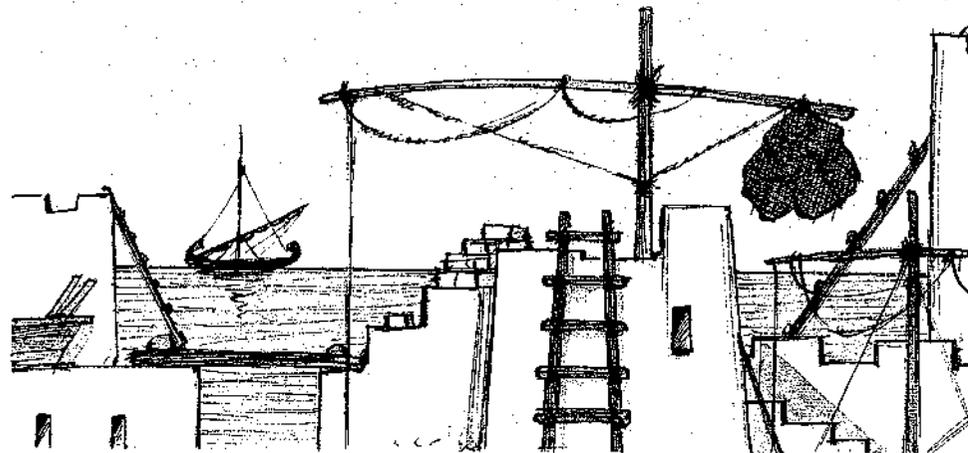
Las palabras de su hermana tranquilizan a Dido y llenan de esperanzas su enamorado corazón. A partir de ese día, se desvive para que Eneas se sienta a gusto en su palacio. A veces le lleva a las murallas para enseñarle la riqueza de su reino. Otras, al caer la tarde, le ofrece banquetes y le pide que le cuente de nuevo los desastres de Troya.

La reina no tiene fuerzas para vigilar el trabajo de los suyos, que están construyendo aún la nueva ciudad. Sólo puede pensar en Eneas. Y las obras de su ciudad y de su puerto quedan paradas.

Al ver Juno el amor que la reina Dido siente por Eneas, piensa que podría ser la solución al miedo que ella tiene de que el troyano consiga su empresa. ¡Si se quedara allí...! Y, astuta, decide hablar con Venus y pactar con ella la boda entre los dos.

Pero la diosa de la hermosura se da cuenta de que Juno sólo quiere favorecer a Cartago y llevar el imperio a las playas africanas. Decide concederle lo que pide, aunque está ya maquinando otra cosa para evitar ese final. Y le dice:

—No sé si Júpiter querrá que se junten en una sola ciudad



los troyanos y los tirios. ¿Tú crees que aprobará esta mezcla de pueblos? Claro que tú eres su esposa y a ti te toca conseguirlo. Tú empieza. Yo te seguiré.

—Déjame a mí —le contesta Juno—. Te voy a decir cómo vamos a lograr que se unan. En cuanto amanezca, Dido y Eneas van a ir a cazar al monte. Yo voy a provocar una tormenta espantosa, haré temblar con truenos el cielo. Todos huirán. Yo guiaré a la reina y al príncipe troyano a una cueva del monte. Allí tú y yo seremos testigos de su boda.

Venus le dice que sí enseguida, aunque por dentro va riéndose de haber descubierto los planes de la poderosa diosa.

Todo sucede como habían planeado Juno y Venus. Estalla una gran tormenta, con granizo mezclado con furiosos aguaceros. Los cazadores se dispersan buscando diversos refugios. Elisa Dido y Eneas llegan a la misma cueva y allí se confiesan su amor.

A partir de ese día, no ocultan ya sus sentimientos.

Y la Fama, la más veloz de todas las plagas, extiende enseguida la noticia. Es un monstruo horrendo y enorme. Tiene el cuerpo cubierto de plumas y, debajo de cada una de ellas, hay un ojo que siempre vigila todo lo que pasa. Y junto a cada ojo, una lengua y una boca que no cesa de contar lo que ve. De noche vuela entre el cielo y la tierra sin que nunca el sueño cierre sus ojos. De día se instala, como un centinela, encima de un tejado o en una alta torre, y llena de espanto las grandes ciudades, porque lo cuenta todo: lo verdadero y lo falso.

Fue ella quien le contó los amores de Dido y Eneas al rey Yarbas, que había querido en vano casarse con la reina. Furio-



so al oírlo, porque se sintió despreciado, se va a quejar al dios Júpiter:

—¡Poderoso Júpiter! ¿Oyes esto? ¿Es que temblamos tontamente cuando tú haces vibrar tus rayos? ¿Acaso esos relámpagos que nos aterran sólo son murmullos que no hacen nada?

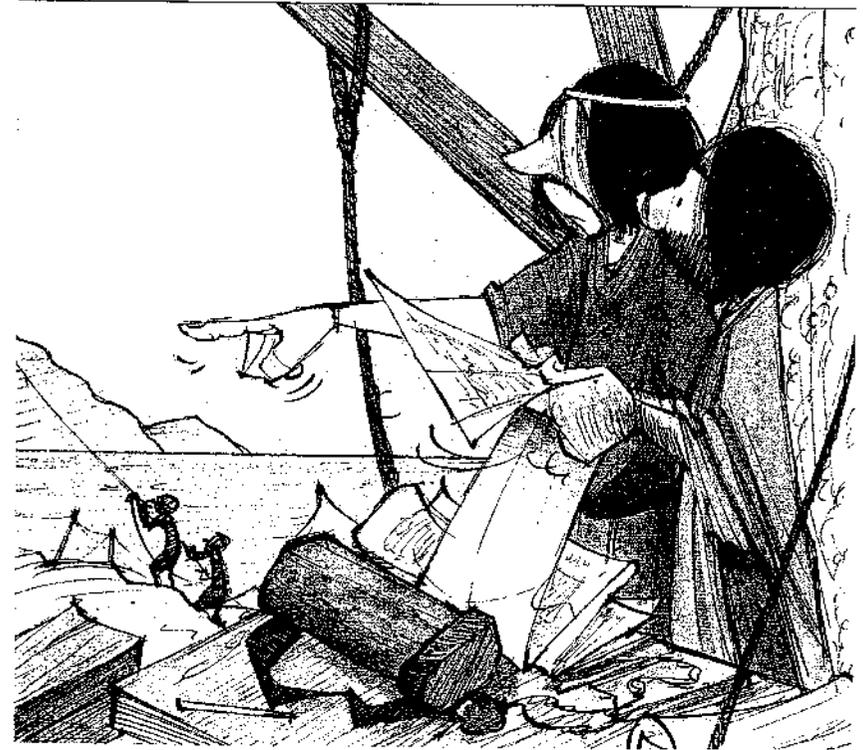
¡Esa mujer, que llegó huyendo a mis fronteras y me compró el derecho de fundar una ciudad en mi tierra, no quiere casarse conmigo y, en cambio, tiene a Eneas como señor de su reino! ¿De qué me sirve adorarte en mis templos?

Júpiter escucha sus palabras y, al momento, llama a su mensajero, al dios Mercurio:

–Hijo, vete inmediatamente a hablar a Eneas. Dile que ése no es su reino, que su destino es Italia. Y si no le importa a él conseguir la gloria, adviértele que no puede quitársela a su hijo Ascanio. ¿En qué está pensando ahora viviendo en medio de una nación enemiga? ¡Que se embarque! ¡Se lo mando yo!

Mercurio se calza las sandalias aladas que le permiten volar con la rapidez del viento. Con su báculo, el caduceo, empuja a los vientos y atraviesa nubes borrascosas.

Volando ve la cumbre de Atlante, el gigante que sostiene con sus hombros el cielo y que es ya un enorme monte. La frente del gigante Atlante, llena de pinos, está siempre rodeada de nubes negras. Sus hombros están cubiertos de nieve. De su rostro nacen ríos caudalosos, y el hielo blanquea su oscura barba.



Luego el dios Mercurio se lanza hacia el mar como el ave que vuela rasando las aguas donde hay pesca, y se dirige a la playa arenosa de Libia.

Al llegar a Cartago, ve a Eneas dando órdenes a los hombres que ponen los cimientos de las fortalezas y de las casas de la nueva ciudad. Se acerca a él y le dice:

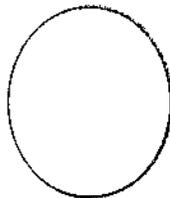
—¿Qué haces plantando los cimientos de la soberbia Cartago, sometido a una mujer, mientras olvidas tu reino y tus empresas? ¡El propio Júpiter me ha mandado que te diga todo esto! ¿En qué estás pensando? ¿Por qué pierdes el tiempo aquí, en Libia? Y si a ti nada te importa ya, olvidado de tu gloria, al menos piensa en tu hijo, en Ascanio, a quien los dioses tienen destinado el reino de Italia y la tierra romana.

Y sin esperar respuesta, Mercurio se desvanece ante la vista de Eneas, confundiéndose con el aire.

Eneas se queda mudo ante aquella aparición, atónito ante tal aviso. Y en ese mismo momento quiere ya abandonar aquella tierra. ¿Pero cómo se lo dirá a su amada Dido? Lo primero que decide es mandar a los suyos que preparen las naves para irse, pero que lo hagan con disimulo, sin decir nada a nadie. Mientras tanto, él pensará cómo decírselo a la noble reina.

Todos le obedecen contentos.

LA PARTIDA DE ENEAS
Y EL FIN DEL MUNDO



La reina es la primera en presentir lo que está pasando. ¡Quién podría engañar al que ama! También la Fama le da la noticia de que Eneas y los suyos están preparando las naves para marcharse.

Elisa Dido, desesperada, va corriendo en busca de Eneas y le dice:

—¿Esperabas, traidor, poder esconderme tan negra maldad y salir sin ser visto de mis reinos? Es invierno aún y, a pesar de ello, quieres hacerte a la mar. ¿Es que huyes de mí?

Y enseguida, cambia el tono de sus palabras y le ruega:

—¡Por favor! Por estas lágrimas que ves, por los momentos

de felicidad que hemos vivido, te suplico que te compadezcas de este reino amenazado y de mí. ¡No te vayas!

Eneas lucha entre el dolor que siente y el deseo de cumplir la orden de Júpiter. Y, al fin, le dice:

–Nunca negaré, reina, todo lo que me has dado. Mientras me acuerde de mí mismo, mientras tenga un soplo de vida, siempre te recordaré, Elisa. No voy a justificarme. Si yo pudiera hacer lo que quiero, no me hubiese ido de Troya y allí mismo hubiera reconstruido la ciudad. Pero los dioses me mandaron ir a Hesperia, a Italia.

»Se me aparece en sueños la imagen de Anquises, mi padre, recordándome mi destino. Pienso además en Ascanio, mi hijo, a quien estoy privando de su futuro reino. El mismo Mercurio, mensajero de los dioses, se me ha aparecido para recordarme mi misión. Deja, pues, de aumentar mi dolor y el tuyo con tus lamentos. No me voy a Italia por mi voluntad.

Desesperada, Dido casi ni puede escucharle. Sigue lamentando la ingratitud de Eneas:

–Llegaste a mis playas sin nada. Te recogí, te lo di todo. ¡Y

ahora dices que los dioses te obligan a marcharte! ¡Como si los dioses se preocupasen por estas cosas! ¡Vete, no voy a detenerte! ¡Espero que tengas el castigo que te mereces!



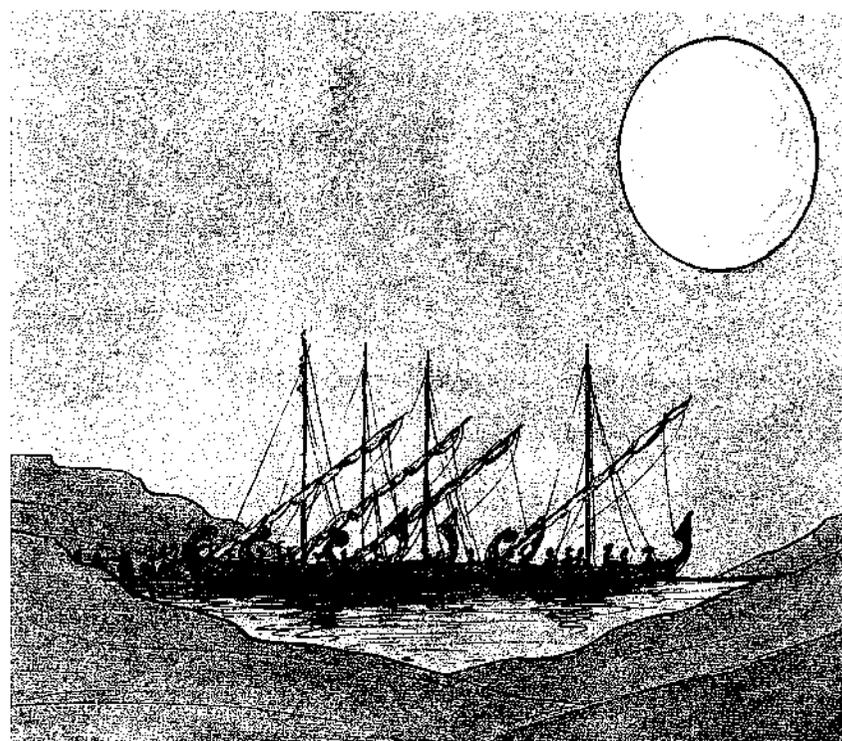
Y sin decir más, lo deja solo y se va corriendo a su palacio. Llega casi desmayada, y sus doncellas la sostienen y la tienden en su cama.

Eneas siente un dolor inmenso, pero no retrasa ni un momento su partida. Para marcharse antes, los troyanos recogen ramas de los bosques y, sin labrarlas, las emplean como remos. Se les ve salir de todas partes. Parecen hormigas cogiendo granos de un montón de trigo y llevándolos a su hormiguero para tener comida para el invierno.

Dido ve todos los preparativos y, llorando, le dice a su hermana:

—Ana, ¿ves todo ese movimiento en la playa? Los troyanos ya tienden las velas para marcharse. Vete, por favor, ¡te lo suplico!, a ver a ese traidor Eneas. Ruégale que no se vaya todavía. Dile que espere a que el tiempo mejore, a que soplen vientos favorables. Ya no le pido que no se vaya, sólo que espere un poco, que me dé un pequeño plazo para acostumbrarme a la idea de que se va y calmar mi dolor. Hazlo por mí, mi querida hermana.

Ana no va una, sino muchas veces, a suplicar a Eneas que espere un poco. Pero él no hace caso a súplica alguna. Del mismo modo que una vieja encina sufre la fuerza del viento que la zarandea, pierde algunas ramas, pero se mantiene en pie, así Eneas siente en el corazón el golpe de ese viento de palabras, pero sigue firme en su decisión.



Al darse cuenta Dido de que todo es inútil, toma una decisión, pero no cuenta sus planes ni a su amada hermana. En sueños se le aparece Eneas, que la deja una y otra vez, abandonada, sola. Y siempre sueña que tiene que ir andando por un largo camino buscando a los suyos por un país desierto.

Le dice a su hermana que mande preparar con ramas de encina una hoguera en el patio de palacio, porque quiere quemar todos los recuerdos de Eneas: sus armas, sus vestidos, su lecho. Su hermana, que no sospecha nada, así lo hace.

Esa noche a Eneas, en sueños, se le aparece una figura igual a la del dios Mercurio, que le dice:

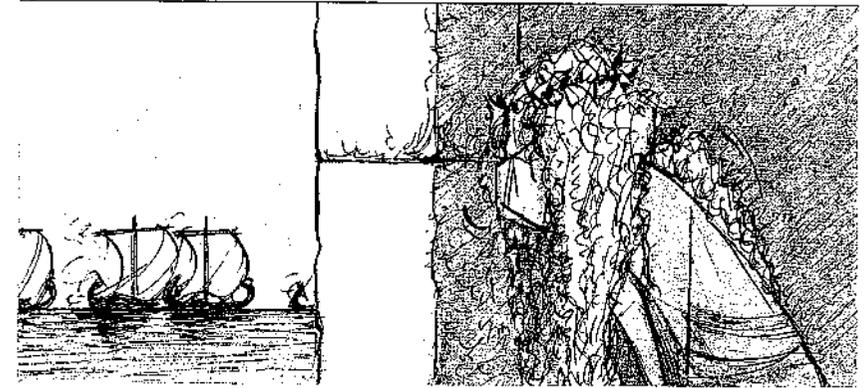
—¡Aún sigues aquí! ¿No ves que la venganza de la reina será quemar tus naves antes de que llegue la mañana? ¡Vete ya, ahora que aún puedes!

Y luego se funde con las sombras de la noche.

Eneas, aterrorizado, despierta a sus compañeros y les dice:

—¡Despertad, remeros! ¡Todos a vuestros puestos! ¡Pronto, tendad las velas! Los dioses me mandan salir ya.

Los troyanos le obedecen. Todos cogen los remos, y desapa-



rece el mar bajo las naves. Levantan olas de espuma y se alejan de la playa.

Amanece, y Dido desde una ventana de su palacio ve cómo las naves se alejan. Medio enloquecida, se lamenta:

—¡Ésta es la palabra de Eneas! ¿Por qué no acabé con él y con los suyos cuando llegaron sin fuerzas a mis playas? Escuchadme, Furias: si este traidor tiene que llegar a Italia, al menos que sufra guerras, que vea cómo matan a los suyos. ¡Y que nunca haya amistad entre su pueblo y el mío! Que ambas naciones sean siempre enemigas: que luchen playas contra playas, armas contra armas, y que lo hagan hasta sus últimos descendientes.

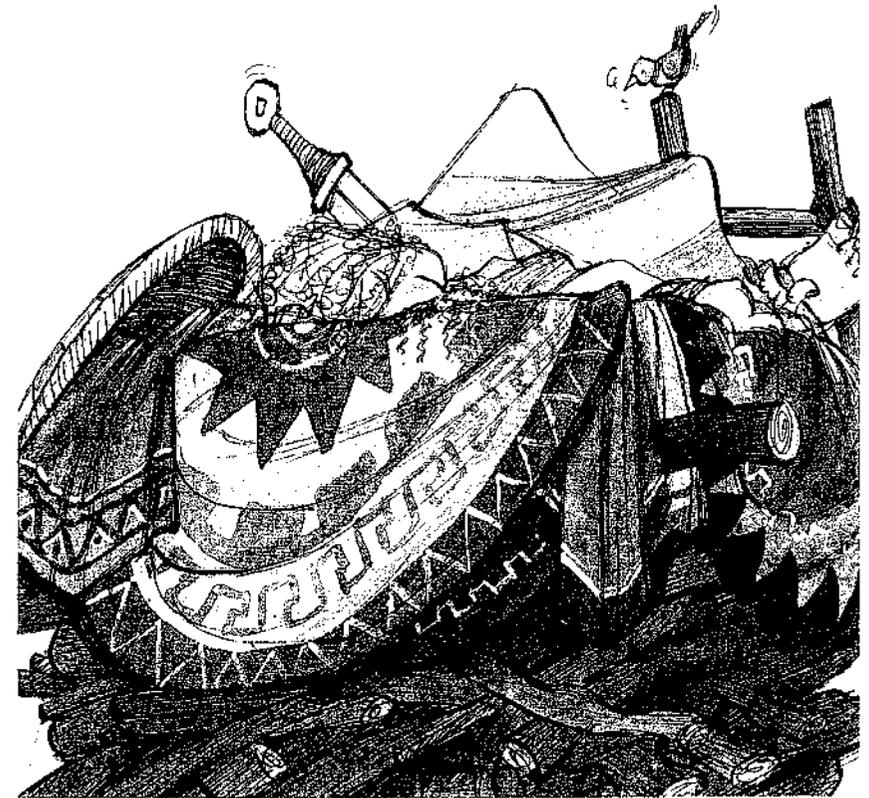
Llama entonces a Barce, la vieja nodriza de su esposo Siqueo, que vivía con ella, y le ruega que diga a Ana que vaya a purificar sus manos en las aguas del río y que venga enseguida.

Luego va corriendo al patio interior de su palacio, se sube a lo alto de la hoguera que han preparado, donde están los vestidos y las armas de Eneas, se reclina en el lecho del troyano y dice:

—¡Oh, dulces prendas, recibid esta alma y liberadme de este dolor que siento! He vivido el tiempo que me había destinado la fortuna. He fundado una gran ciudad, he visto sus murallas. ¡Feliz, demasiado feliz, si no hubieran llegado a mis playas los troyanos!

Coge entonces la espada de Eneas y se la clava en el costado izquierdo. Sus doncellas la ven caer sobre el lecho y ven sus manos llenas de sangre.

Un inmenso grito resuena en todo el palacio. La Fama recorre en un momento toda la horrorizada ciudad, y retiemblan los edificios con los llantos y los gritos de las mujeres.



Ana los oye y corre, aterrada, hacia donde está Dido muriéndose. Y desconsoladamente, le dice, llorando:

—¡Esto es lo que querías hacer, hermana! ¡Así me engañabas! ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Por qué no me lo dijiste y las dos hubiéramos emprendido el mismo camino? ¡Te mataste, hermana, y me matas a mí, y a tu pueblo y a tu ciudad!

Y pide a las doncellas:

—¡Dadme agua para que lave su herida! ¡Deprisa!

Había subido los escalones de la pira y estrechaba entre sus brazos a su amada hermana moribunda.

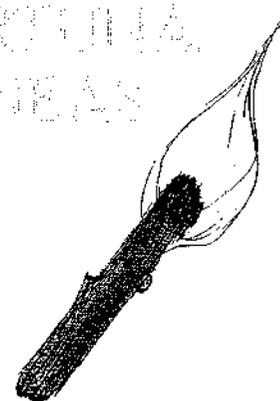
Dido tres veces intenta abrir los ojos y tres veces cae de nuevo desmayada.

Juno envía entonces a su mensajera, Iris, para que la ayude a morir y acabe con su dolor. Iris despliega en los cielos sus alas, húmedas de rocío, que tiñen el sol de mil colores. Se para sobre la cabeza de la reina y le corta un mechón de su rubio cabello diciendo:

—Cumpliendo con el mandato que he recibido, te desligo de este cuerpo.

Y la vida de la reina Dido se desvanece por los aires.

LA MALA FORTUNA PERSIGUE A ENEAS



Eneas y su armada se alejan ya de la costa. El troyano mira por última vez las murallas de Cartago y las ve iluminadas por la hoguera de la desventurada Dido. No sabe qué puede ser, aunque sospecha que es algo terrible.

Ya en alta mar, de pronto unos nubarrones negrísimo cubren el cielo, y estalla una tormenta espantosa. Palinuro le dice a Eneas que con ese vendaval es imposible dirigirse hacia Italia; que lo mejor es seguir su empuje, porque no deben de estar lejos las costas de Sicilia. Y el viento les lleva hacia ellas.

En efecto, no tardan en llegar de nuevo a Drépano, donde su amigo, el rey Acestes, los recibe con gran alegría. Como ha-

cía un año que se había muerto allí Anquises, el padre de Eneas, deciden llevar ofrendas a su tumba y organizan competiciones atléticas en su homenaje.

Al acabar las fiestas en honor de Anquises, la fortuna se vuelve contraria a los troyanos, porque Isis baja del cielo, por su arco de mil colores, con una misión especial de la diosa Juno. Se disfraza de una anciana dama troyana, Béroe, y les dice a las mujeres:

—Va a llegar ya el séptimo verano desde que nos fuimos de Troya, y en tanto tiempo, ¡cuántos mares hemos recorrido, cuántas tierras! ¡Siempre yendo hacia Italia, que huye delante de nosotras! ¿Por qué no nos quedamos aquí, donde reina Acestes, que es amigo y nos acoge? ¿Por qué no podemos levantar aquí unas murallas y fundar una ciudad? Pero, ¿qué digo? ¡Manos a la obra! ¡Quememos estas naves! —y al mismo tiempo coge una antorcha y la lanza a una nave.

Las troyanas se quedan inmóviles, sin saber qué hacer. Pero una vieja dice al momento:

—¡No es Béroe! Hace poco yo la he visto en la tumba de An-

*...coge una antorcha
y la lanza a una nave*



quises. ¡Ésta es una diosa! ¡Mirad el brillo de sus ojos, la elegancia de su andar!

En ese momento, Iris levanta el vuelo y traza un enorme arco de colores bajo las nubes.

Al ver el prodigio, las mujeres troyanas no dudan más. Cogen antorchas y las lanzan a las naves. Un voraz incendio empieza a destruirlas.

Ascanio es el primero en verlo, y luego Eneas y todos los troyanos, que intentan apagar el fuego con todas sus fuerzas. Mientras, las mujeres, espantadas de lo que han hecho, se esconden en el bosque.

Eneas se da cuenta de que son inútiles todos sus esfuerzos para apagar el fuego y pide ayuda a Júpiter. El dios oye su ruego y forma una terrible tempestad acompañada de torrentes de lluvia. Las naves se llenan de agua, y el fuego se apaga. Gracias a ello, sólo pierden cuatro galeras.

Nautes, un anciano prudente y sabio, le dice a Eneas:

—Eneas, hay que soportar con paciencia la mala suerte. Entre los nuestros hay personas cansadas de tanto navegar, viejos que no pueden ya seguir. Acestes te ofrece tierra para que funden una ciudad. Déjalas que se queden.

El troyano duda, no sabe qué decisión tomar. Esa noche se le aparece en sueños su padre, Anquises, y le dice:

*Las naves se llenan de agua,
y el fuego se apaga*



—¡Hijo mío, más querido para mí que la vida cuando la tenía! Vengo a verte por orden de Júpiter, que tuvo lástima de ti y apagó el fuego. Haz caso al anciano Nautes. Llévate a Italia sólo a los guerreros más fuertes, porque allí te esperan muchas penalidades. Pero antes, baja al reino del infierno y ve a buscarme a los Campos Elíseos, donde estoy. Te llevará la Sibila. Allí podrás ver las ciudades que te están destinadas y conocerás tu futuro. Y ahora, adiós.

Y se desvanece como humo.

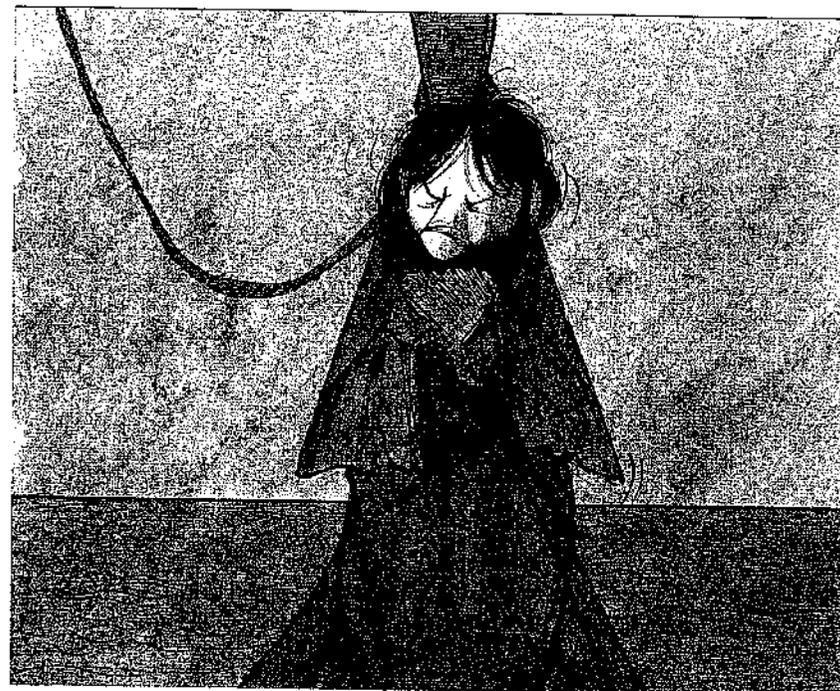
Al amanecer, Eneas se dispone a hacer lo que su padre le ha dicho en sueños. Marca los límites de la nueva ciudad que fundarán los suyos, y se despide de ellos y del buen rey Acestes. De nuevo se hace a la mar.

Palinuro, al timón de la nave de Eneas, dirige la armada.

Es media noche. Los marineros, tendidos bajo los remos, en los duros bancos, duermen. El leve Sueño, bajando del cielo, separa las sombras para ir al encuentro del piloto. Se sienta a su lado, en la popa, y le dice:

—Palinuro, mira cómo las olas llevan la nave. Sopla un vien-

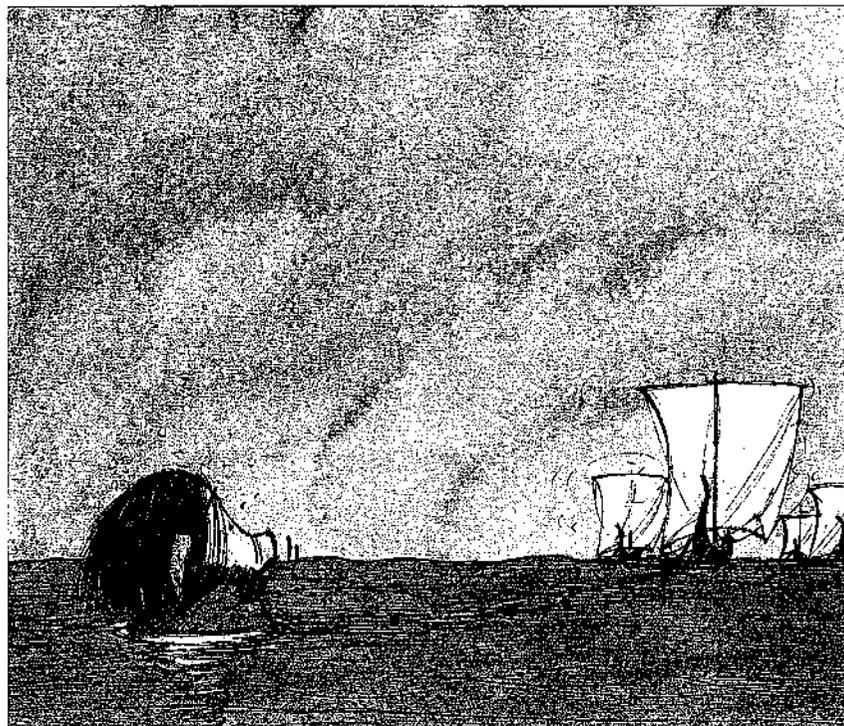
*...casi no puede
abrir los ojos*



to suave. Es hora de que descanses. Inclina la cabeza y cierra los ojos.

El buen piloto, que casi no puede abrir los ojos, intenta despejarse y le contesta:

—¿Quieres que olvide el peligro que tiene el mar calmado? ¿Dices que me fíe de este monstruo que es el mar? ¿Me pides que deje la suerte de Eneas en manos de los engañosos vientos?



Hace un enorme esfuerzo para seguir en pie y agarra el timón con las fuerzas que le quedan. Pero el dios le sacude sobre las dos sienes un ramo lleno de sopor invencible, empapado en el río del olvido, el Leteo, que corre por el infierno. Y Palinuro, por más que se esfuerza, no puede vencer el sueño que inunda sus ojos. En cuanto cae dormido, el dios se apoya en él y lo lanza al mar.

Palinuro despierta de golpe por el frío del agua y llama en vano a sus compañeros, mientras el dios del Sueño se va volando por los aires. Nadie le oye.

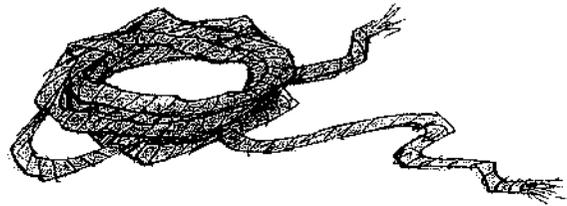
La nave avanza como si su piloto siguiera en ella. Se dirige hacia las tres rocas de las Sirenas, que en otro tiempo intentaron engañar a Ulises. Las Sirenas habían sido aves con cara de mujer y atraían con sus maravillosos cantos a los navegantes para que se estrellasen contra los peñascos. Ahora son rocas en un mar de color blanco por los huesos de tantos naufragos.

Eneas se despierta con el ruido de las olas que retumban contra las rocas y se da cuenta de que la nave va sin rumbo, de que su excelente piloto Palinuro no está al mando. Enseguida coge él mismo el timón, lamentándose de la desaparición de su amigo:

—¡Palinuro, amigo mío! ¡Has confiado demasiado en el mar sereno!

Y llora su muerte segura.

LA SIBILA DE CUMAS



Tendidas las velas al viento, la armada se desliza por las aguas y llega a las playas de Cumas. Allí anclan las naves. Mientras los jóvenes troyanos hacen fuego, cazan animales y van en busca de riachuelos para beber agua, Eneas quiere ir a la espantosa cueva de la Sibila.

Acompañado de su amigo Acates, se dirige a un monte, donde está el templo de Apolo. Tiene unas puertas maravillosas, donde están esculpidas muchas historias. Eneas se queda admirado contemplándolas, mientras Acates va en busca de la Sibila, la sacerdotisa de Apolo.

Ella los acompañará a los dos a la cueva donde el dios pone

en su boca las respuestas a lo que le consultan. Se abre inmensa en una de las faldas del monte. Tiene cien anchas bocas y cien puertas, de las que salen retumbando cien voces, con la respuesta de la Sibila cuando le preguntan por lo que va a pasar.

Al llegar allí, la Sibila le dice a Eneas:

—Ahora es el momento de consultar el oráculo. ¡Aquí está el dios Apolo! Si no ruegas ahora al dios, no se te abrirán las puertas.

Eneas le ruega entonces a Apolo:

—¡Apolo, siempre misericordioso con nosotros, los troyanos! He llegado por fin a las costas de Italia, que siempre huían de mí. ¡Haz que podamos quedarnos en el Lacio! No te pido reinos que no me estén prometidos por el destino. ¡Ayúdanos!

La Sibila pierde el color. Se le ponen los cabellos de punta. Parece que se le hincha el pecho y, con una voz que no es la suya, se oyen estas palabras que salen de las cien bocas de la cueva y que le dicta el dios Apolo:

—Te has librado, Eneas, de los grandes peligros del mar, pero

otros mayores te esperan en tierra. Llegarás al Lacio, no te preocupes, pero también un día desearás no haber llegado. Veo guerras, terribles guerras, y veo el río Tiber que lleva olas de sangre... Pero no te desanimas, sigue hasta donde la fortuna te deje. Una ciudad griega, ¡cosa que no podías imaginar!, te abrirá el camino para la salvación.

Con estas palabras, la Sibila, entre rugidos, anuncia misterios desde el fondo de su cueva. Hasta que calla y descansa. Entonces Eneas le dice:

–Sibila, tus palabras no me han dicho casi nada que no espere. Desde hace tiempo estoy preparado para las desdichas. Te pido sólo una cosa. Sé que aquí cerca está la entrada al infierno, aquí está la laguna tenebrosa que forma el río Aqueronte. Déjame entrar para que pueda ir a ver a mi amado padre Anquises. Ábreme las puertas y enséñame el camino, por favor. ¡Ten piedad de mí, tú que todo lo puedes!

Y la Sibila le contesta:

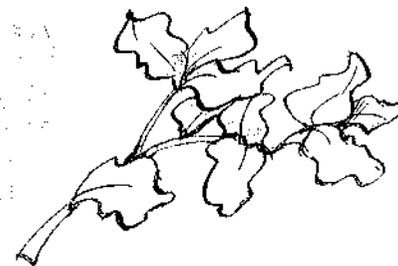
–Troyano, hijo de Anquises y de Venus, es fácil bajar al Averno. Su puerta está abierta día y noche. Lo difícil es regre-



sar a la tierra. Poquísimos lo han conseguido. Todo el centro del Averno está lleno de bosques que rodean el río Cocito, de negra corriente. Pero si te empuja a ello el gran amor que tienes a tu padre, si te atreves a cruzar dos veces la laguna Estigia, escucha lo que antes debes hacer:

»Bajo la copa de un árbol se esconde un ramo de oro que está consagrado a la reina de las moradas infernales, Proserpina. Sólo podrás entrar en ellas si lo encuentras y lo cortas para la diosa. En el momento en que se arranca, brota otro, que también se cubre de hojas de oro. Búscalo. Si lo hallas, intenta cortarlo. Si el destino te lo tiene reservado, lo harás con facilidad. Si no, no hay fuerza que pueda arrancarlo. Pero antes, debes sepultar el cuerpo de un amigo tuyo que yace sin vida a la orilla del mar. Sólo así podrás visitar el reino de los muertos.

LA MADRE PROSERPINA
Y LA PERFECCIÓN
DE LAS
MORADAS
INFERNALES



Eneas se marcha de la cueva con Acates, su fiel amigo. Los dos, muy preocupados, van hablando de quién puede ser el muerto que tienen que sepultar.

Lo van a saber enseguida porque, al llegar a la playa, ven ahogado al gran Miseno. Él era quien, tocando el clarín, animaba a la lucha a los guerreros. Parece ser que Tritón, el dios marino, envidioso de lo bien que hacía sonar la caracola, lo cogió de improviso y lo sumergió entre las olas. ¡Cuánto lo siente Eneas!

Manda al momento que corten árboles para hacerle la pira funeraria. Él también los ayuda y, mientras corta troncos, dice:

—¡Ojalá viera ahora el árbol que tiene el ramo de oro! Todo lo que me anunció la Sibila ha resultado ser cierto, ¡demasiado cierto para ti, Miseno!

No había acabado de decir estas palabras cuando dos palomas bajan volando por el aire y se posan en la hierba. Como son las aves de Venus, su madre, Eneas les habla así:

—Servidme de guía, palomas. Y si hay camino, volad hasta donde está el ramo de oro. Y tú, madre, no me dejes: ayúdame.

Eneas mira entonces a las palomas, que picotean la hierba hasta que levantan el vuelo acercándose a la boca del maloliente Averno. Al llegar allí, van a posarse sobre la copa de un árbol. Eneas ve en él enseguida el brillo de la rama de oro. Igual que en invierno, en el bosque, se ven las hojas nuevas del muérdago y su fruto rojo, así se destaca en la oscura encina la rama de oro.

El troyano, sin perder un momento, la arranca y se la lleva a la cueva de la Sibila.

Muy cerca había una profunda caverna de espantosa boca, con un negro lago. Ningún ave podía volar sobre ella porque

los vapores que salían eran de un olor insoportable. Allí Eneas y los suyos sacrifican cuatro novillos negros a los dioses.



Comenzaba a amanecer cuando empezó a temblar la tierra; retumbaron los bosques, y los perros aullaron. En ese momento, la Sibila grita:

—¡Que todo el mundo se marche! Tú, Eneas, sígueme con la espada desenvainada.

Y al instante, entra ella por la boca de la cueva.

Van solos por la oscura noche, cruzando los desiertos reinos infernales. En las primeras gargantas de la cueva, que forman un vestíbulo enorme, están el Dolor, las Enfermedades, la triste Vejez, el Miedo, el Hambre, la Pobreza, figuras que dan espanto, y la Muerte, su hermano el Sueño, y el Trabajo. En el fondo se ven la Guerra, las Furias y la Discordia, de cabellos de serpiente.

En el centro hay un olmo muy viejo, y pegados a sus hojas están los vanos Sueños. Allí viven también otros monstruos: los Centauros, mitad hombres, mitad caballos; el gigante Briareo, de cien brazos; la Hidra, espantosa serpiente de siete cabezas; las Harpías...

Eneas lo contempla todo horrorizado y se enfrenta a los



monstruos con la punta de la desnuda espada, pero la Sibila le tranquiliza: esas formas son fantasmas sin cuerpo.

De allí arranca el camino que lleva al río Aqueronte, que siempre hierve y vomita sus arenas en el Cocito. El guardián de esos ríos es el anciano y sucio barquero Caronte, de larga barba blanca enmarañada. Una vieja capa, atada con un nudo, cubre sus hombros. Conduce su barca con un garfio, y lleva en ella a las almas de los muertos.

En la orilla hay multitud de sombras, tantas como hojas caen de los árboles en otoño. Todas desean subirse a la barca de Caronte, pero él elige a las que quiere y a las otras las aleja de la orilla.

Eneas lo observa todo atónito. Y pregunta a la Sibila por qué el barquero deja pasar a su barca a unas almas y a otras no.

—Estás viendo la laguna Estigia. Por ella juran los dioses y nunca se atreven a no cumplir su juramento. Esas almas que no deja subir Caronte son las de los desgraciados que no han sido enterrados. Tienen que revolotear cien años por la orilla de la laguna para que él las pase al otro lado.

Eneas mira a esas almas condenadas a errar cien años y de pronto ve entre ellas a la de su querido piloto Palinuro. Al reconocerlo, le pregunta:



—¿Qué dios, Palinuro, te robó y te lanzó al mar? ¡Apolo me engañó! ¡Es la primera vez que lo hace! Porque me dijo que llegarías a las playas de Ausonia.

—No te engañó Apolo, Eneas. Vencido por el sueño, me caí al mar. Tres días y tres noches estuve luchando con el mar y al cuarto vi a lo lejos, desde la altura de una gran ola, las costas de Italia. Poco a poco llegué nadando a tierra y ya estaba casi a salvo. Me agarraba a una roca, cuando unos hombres crueles, creyendo que era una buena presa, me mataron. Mi cuerpo fue juguete del viento y del mar, y ahora está abandonado en la playa. Por favor, Eneas, libérame de esta espera insoportable. Entierra mi cuerpo, que está en el puerto de Velia.

—No te angusties más, Palinuro —interviene entonces la Sibila—. La gente de Velia va a enterrar tu cuerpo, asustados por unos prodigios que están viendo en el cielo, y a aquel lugar le pondrán tu nombre.

A Palinuro le agradan mucho estas palabras, y se le calma el dolor de su triste corazón.

Siguen su camino Eneas y la Sibila, y se acercan al río. Caronte, al ver al troyano con la espada, le dice:

—Seas quien seas, tú que vienes armado a mi barca, dime a qué vienes y no pases de ahí. Ésta es la mansión de las Som-

...unos hombres crueles, creyendo que era una buena presa, me mataron



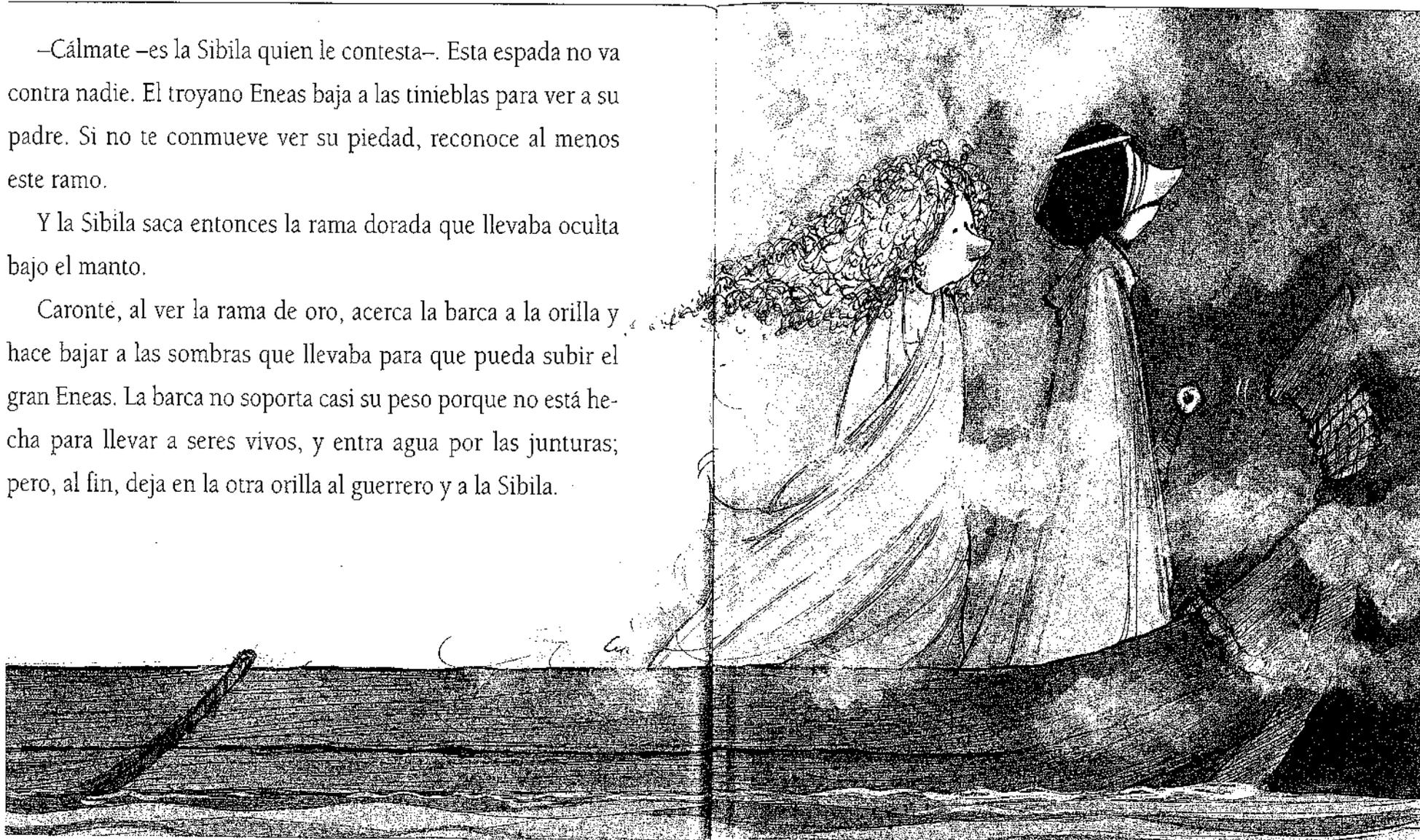
bras, del Sueño y de la Noche, y no puedo llevar a vivos en mi barca.

–Cálmate –es la Sibila quien le contesta–. Esta espada no va contra nadie. El troyano Eneas baja a las tinieblas para ver a su padre. Si no te conmueve ver su piedad, reconoce al menos este ramo.

Y la Sibila saca entonces la rama dorada que llevaba oculta bajo el manto.

Caronte, al ver la rama de oro, acerca la barca a la orilla y hace bajar a las sombras que llevaba para que pueda subir el gran Eneas. La barca no soporta casi su peso porque no está hecha para llevar a seres vivos, y entra agua por las juntas; pero, al fin, deja en la otra orilla al guerrero y a la Sibila.

*La barca no soporta casi su peso porque
no está hecha para llevar a seres vivos*



EN LAS LLANURAS
DEL LLANTO
Y EN LOS
CAMPOS
ELÍSEOS



Enfrente, tendido en su cueva, está el enorme can Cerbero, que la hace resonar con los ladridos de sus tres bocas. Al ver la Sibila que las serpientes de su cuello empiezan a levantarse y a silbar, le tira una torta amasada con miel y adormideras. El monstruoso perro se la traga en un instante y cae dormido, llenando con su enorme cuerpo toda la cueva.

Una vez dormido el can Cerbero, Eneas sigue adelante y se aleja rápidamente de la orilla del río que nadie cruza dos veces.

Primero encuentra a los niños que murieron antes de llegar a ser adultos. Luego a los que fueron muertos injustamente. Y un poco más allá, en las Llanuras del Llanto, a los que murie-



ron por amor y que ni después de la muerte olvidan sus penas. Allí ve Eneas a la reina Dido. Al reconocerla, pálida entre las sombras, igual que la luna que quisiera asomarse entre nubes, Eneas se pone a llorar diciéndole:

—¡Oh, desventurada Dido! ¡Fue así verdad lo que me dijeron, que tú misma te habías dado muerte! ¿Y fui yo la causa? ¡Juro por los dioses que te dejé muy a mi pesar! Fue su voluntad la que me obligó a ello y nunca pude imaginar que mi partida pudiera causarte tanto dolor.

De espaldas, la sombra de Dido no levanta los ojos del suelo y, sin decirle una sola palabra, se aleja rápidamente porque no quiere escucharle más. Indignada, se refugia en un bosque sombrío, donde le está esperando su primer esposo, Siqueo.

Eneas y la Sibila siguen su camino. Se encuentran ahora a los más famosos guerreros. El troyano empieza a reconocer a algunos de ellos, pero la sacerdotisa le dice:

—Se nos viene la noche encima. No podemos perder tiempo. En este punto el camino se divide en dos sendas. La de la derecha, que lleva al palacio de Plutón, el dios de este reino de sombras, es la que nos conducirá a los Campos Elíseos. La izquierda lleva al Tártaro, donde los malos sufren su merecido castigo.

Eneas vuelve la cabeza hacia la izquierda y ve al pie de una roca una gran fortaleza rodeada de tres murallas, que el Flegetonte, el río del Tártaro, ciñe con llamas ardientes. Oye espantosos gemidos, crueles azotes y ruido de cadenas que se arrastran.

La Sibila le saca de su horror diciéndole:

—Acelera el paso. Sigue adelante y dale a la diosa Proserpina

la rama de oro como ofrenda. Ya veo las murallas de hierro que forjaron los Cíclopes en su fragua y las puertas del palacio de Plutón. Ahí tenemos que poner la rama.



Después de hacer Eneas lo que le manda la Sibila, llegan a la morada de la felicidad, a los Campos Eliseos, a los bosques afortunados. Son prados bellísimos donde luce el sol y donde los justos viven felices. Unos cantan, otros juegan, otros tocan instrumentos y dicen poesías.

Ya en medio de todos ellos, la Sibila le pregunta al poeta Museo, al que todos escuchan, dónde pueden encontrar a Anquises.

—Nadie tiene aquí un lugar fijo —le responde—. Estamos en estos bosques, y unas veces andamos por los montes y otras por la orilla de los ríos. Pero si subís conmigo este montecillo, yo os enseñaré el camino para que lo encontréis enseguida.

Desde allí, en efecto, vieron en un bello prado a Anquises, y Eneas corre a su encuentro. ¡Qué alegría tuvo Anquises al ver que su hijo había hecho lo que le había pedido!

—¡Al fin puedo, hijo mío, verte otra vez, y hablarte como antes! ¡Cuántas tierras y cuántos mares has tenido que cruzar para venir a verme! ¡Cuántos peligros has pasado, hijo!

—Tu imagen, que se me aparecía en sueños, es la que me ha traído hasta aquí. Abrázame, padre.

Tres veces intenta abrazar Eneas a la imagen de su padre, y tres veces se le escapa de entre los brazos como una ligera brisa o como un alado sueño.

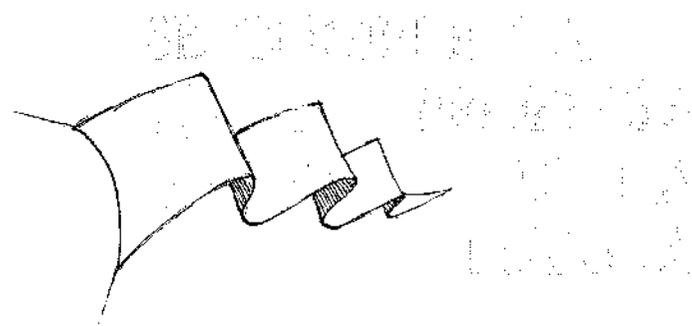
—Voy a contarte, hijo, la gloria que espera en Italia a nuestros descendientes. Ellos harán que nuestro nombre sea eterno.



Y entonces Anquises le habla a Eneas del inmenso imperio que iba a tener la soberbia Roma. Le habla de Silvio, el hijo que iba a tener con Lavinia y que daría comienzo a la dinastía que fundaría la ciudad de las siete colinas. Y también le cuenta las guerras que va a sufrir aún y de qué modo podrá resistir los muchos trabajos que le esperan.

Cuando acaba de contárselo todo, acompaña a su hijo y a la Sibila hasta la puerta de marfil del Sueño, por donde salen las visiones falsas.

Y desde allí, Eneas sigue el camino que le lleva junto a sus compañeros.



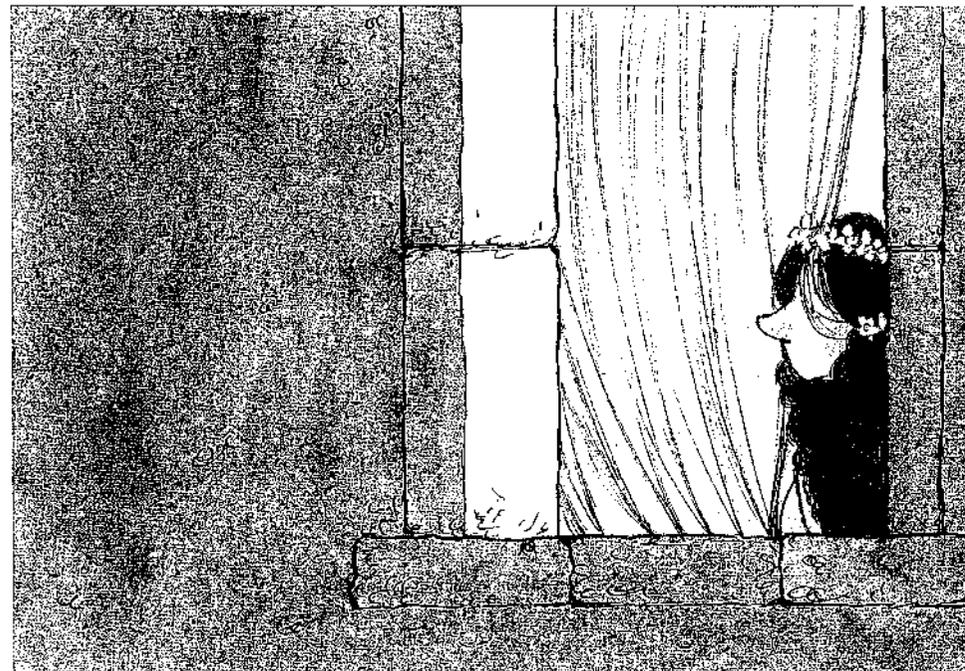
Se hacen a la mar enseguida y van siguiendo la costa. De noche, brilla la luna llena, y las naves pasan rozando la orilla de las tierras donde vive la maga Circe. En su palacio quema oloroso cedro mientras teje delicadas telas. Se oyen rugidos de leones, gruñidos de osos y de jabalíes, aullidos de lobos... Son hombres que la maga ha transformado en fieras. Neptuno hincha las velas de las naves troyanas para que no se acerquen a esas horribles playas.

Al amanecer, cesa el viento, y el mar queda inmóvil. Eneas descubre entonces un caudaloso y manso río que va a desembocar en la playa: es el Tíber, amarillo por su abundante arena.

En sus orillas hay bellos bosques, y los pájaros cantan dulces melodías. El rey troyano manda que vayan allá sus naves y remonten las aguas del río. ¡Ha llegado al Lacio! Son las playas ausonias, de Italia.

Allí reinaba el rey Latino. No tenía más que una hija, llamada Lavinia. Todos los príncipes del Lacio y de la Ausonia querían casarse con la bella joven. Pero más que ninguno, aspiraba a ello el gallardo Turno, el rey de los rútuos. Y la madre de Lavinia, la reina Amata, lo apoyaba.

Sin embargo, los dioses habían manifestado con prodigios que no podía ser así. Por ejemplo, un día, apareció un enjambre de abejas en un viejo laurel, que estaba en lo más oculto del palacio y que habían consagrado al dios Apolo. Al verlo, un adivino dijo que un extranjero vendría del lugar de donde venían las abejas y dominaría el reino. Otra vez, Lavinia estaba junto a su padre quemando incienso, y de repente pareció que se le incendiaban el cabello y los vestidos. Otro adivino dijo que esto anunciaba un gran destino a la joven, pero que, antes de alcanzarlo, sufrirían horribles guerras.



El rey Latino, muy preocupado, quiso consultar los oráculos sobre el destino de su hija y fue a los bosques donde había una fuente de la que manaba agua caliente. Desde lo más hondo, salió una voz que le dijo:

—No vas a darle a tu hija un esposo latino. Va a llegar un príncipe extranjero que se casará con ella y alzará vuestro nombre hasta las estrellas. Sus descendientes dominarán todas las naciones que hay bajo el sol.

Por fin esa tarde, Eneas acerca sus naves a la orilla del Tíber. Se sienta con Ascanio y los caudillos troyanos bajo las ramas de un árbol. Van a poner sobre la hierba tortas de harina que les sirven de mesa para comer frutas silvestres. Pero como tienen mucha hambre, luego se comen también las tortas. Un joven dice entonces:

—¡Nos comemos hasta las mesas!

Al oírle Eneas, se acuerda de lo que le había dicho la Harpía y exclama:

—¡Ésta es la tierra que los dioses me tienen destinada! ¡Ésta es nuestra patria! ¡Ánimo, pues! Mañana la exploraremos para ver quiénes la pueblan.

Efectivamente, en cuanto amanece, salen varios grupos a ver qué ciudades hay en ella y quiénes son sus habitantes.

Al enterarse Eneas de que Latino reina en ellas, manda cien emisarios con ramos de olivo a hablar con él y a pedirle paz para los troyanos. Y mientras ellos van, el príncipe troyano marca en la orilla del río Tíber el contorno de las murallas, asiento de su futura ciudad, y manda construir su campa-



mento, rodeándolo con empalizadas.

Al rey Latino ya le habían dado la noticia de que unos guerreros extranjeros, muy altos y vestidos de forma extraña, habían llegado a su tierra y querían hablar con él. Da orden, por tanto, de que los lleven a palacio.

Sentado en el trono, rodeado de los suyos, les habla así:

—¿Qué os ha traído hasta aquí, troyanos? Sé cuál es vuestra patria y sabía ya que veníais hacia aquí. No sé, en cambio, si habéis perdido el rumbo o habéis entrado en la ría acosados por las tempestades. Aquí sois bien recibidos.

Ilioneo, que era el jefe de la expedición designado por Eneas, le contesta así:

—Hemos venido a esta ciudad no por azar, sino por voluntad clara. Eneas es nuestro rey. El destino llevó a que Europa y Asia se enfrentaran, y desde aquel desastre, la guerra de Troya, hemos navegado años para lograr para nuestros dioses una nueva patria segura. No seremos una deshonra para vuestra nación, sino que ganaréis fama si nos amparáis. Nosotros nunca lo olvidaremos, y no les pesará a los ausonios haber acogido a los troyanos en sus tierras.

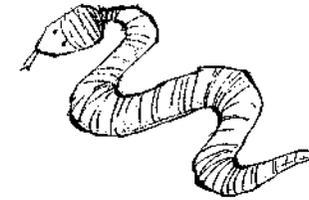
Mientras le escucha, el rey Latino no deja de pensar. No le preocupa tanto su presencia en sus tierras como la boda de su hija. Se acuerda de lo que le dijo el oráculo y del yerno extranjero que le anunciaba, y se da cuenta de que ése es Eneas.



—Te daré lo que pides, troyano —le contesta—. Mientras reine Latino, no os faltarán tierras fértiles. Lo único que te ruego es que venga a verme el propio Eneas si quiere ser mi huésped y aliado. Dile además que tengo una hija a quien no puedo dar como esposa a uno de nuestra nación porque me lo prohíben los dioses. Así lo han manifestado con prodigios. Me han anunciado que me ha de venir de playas extranjeras un yerno, cuya descendencia levantará hasta los astros nuestro nombre.

Después Latino elige cien hermosos caballos, con las grupas cubiertas de ricas telas de roja púrpura, y se los regala a los troyanos. Y le da a Ilioneo un carro tirado de dos velocísimos caballos para que se lo lleve a su rey.

LA FURIA DE JUNO



Iba Juno por los aires en su carro cuando ve a Eneas y a sus guerreros construyendo su campamento para asentarse en el Lacio. ¡Cómo se enfurece la diosa!

–¡Odiosos troyanos, vais a conseguir lo que queréis! –se dice–. Ya no tengo fuerza alguna, yo, ¡que soy la esposa de Júpiter! ¡Yo, que lo he intentado todo para acabar con ellos, he sido vencida por Eneas! Pues bien, ya que los dioses del cielo no me ayudan, buscaré a alguien en el infierno que lo haga. Aunque sé que no puedo quitarle a Eneas el dominio del Lacio ni la boda con Lavinia, al menos conseguiré destruir los pueblos de los dos reyes con sangrientas guerras.

Baja en el acto a la tierra y llama a la espantosa Furia Alec-
to. Es un monstruo horrible con el cuerpo rodeado de negras
serpientes. Juno le habla así:

–Hija de la Noche, haz, por favor, lo que te pido para que
los hombres no dejen de confiar en mí viendo que no logro
nada. Tú que sabes armar guerras entre hermanos, tú que tie-
nes mil maneras de hacer daño, haz que luchen y se maten la-
tinos y troyanos, para que Eneas no pueda ocupar el Lacio.

Al momento, la venenosa Alecto se dirige al palacio del rey
Latino y entra en el aposento de la reina Amata, que está furio-
sa porque ya sabía que su esposo quería casar a su hija Lavinia
con el troyano Eneas y no con Turno. La Furia toma una de las
serpientes de su cabellera y se la clava a la reina en lo más hon-
do de las entrañas. La víbora se desliza por sus ropas sin ser
notada, se le enlaza al cuello y se transforma en collar de oro.
Aún no se había empapado toda su alma del veneno cuando
Amata habla dulcemente al rey:

–¿Vas a dar a nuestra Lavinia a esos troyanos desterrados?
¿No te das cuenta de que se la llevarán lejos y nos dejarán so-



los, sin ella? ¿Ya te has olvidado de que la habías prometido a
nuestro pariente Turno?

Pero el rey Latino no hace caso de estas palabras dichas con dulce tristeza. Es entonces cuando el veneno penetra en lo más hondo del alma de la reina. Delirando, hecha una furia, corre por las casas de sus gentes, dando vueltas como una peonza, gritando que los troyanos querían llevarse a su hija.

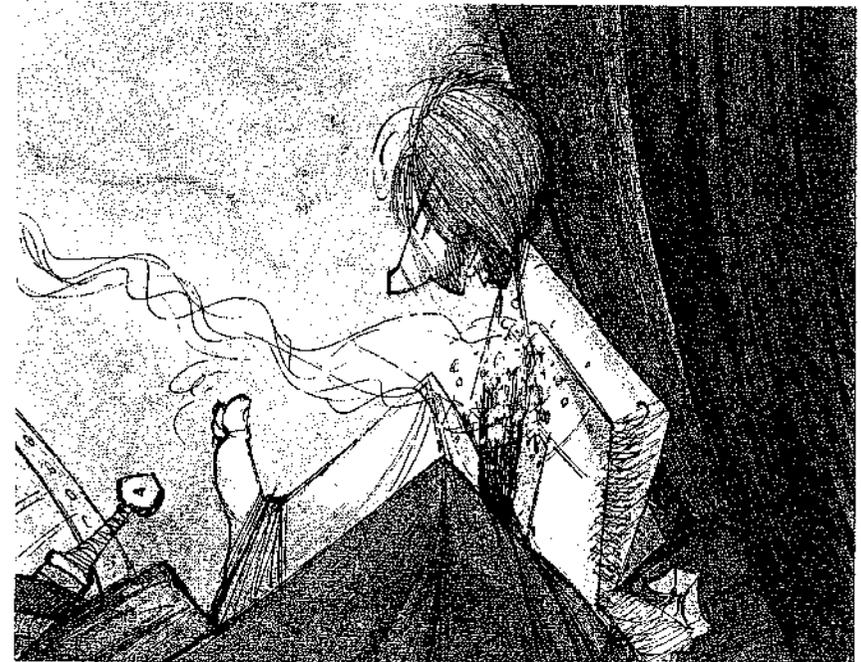
Cuando Alecto ve que ha logrado crear el caos en palacio, se va donde está durmiendo Turno y se le aparece en sueños en forma de una anciana:

—¿Vas a permitir, Turno, que tu reino pase a manos de colonos troyanos? ¡El rey Latino te niega la boda con Lavinia que habíais pactado y quiere que un extranjero herede tu reino! La propia Juno me ha mandado que te diga que armes a tus soldados y ataques a los troyanos.

—Exageras los peligros, vieja —le contesta Turno—. Preocúpate de tus cosas y deja a los hombres el cuidado de la paz y de la guerra.

¡Cómo se puso la Furia al oír estas palabras! ¡Todas las serpientes de su cuerpo empezaron a silbar! ¡Le salen llamas por los ojos! Al momento lanza al pecho del joven una tea —que es

un trozo de madera encendida—, y un terrible espanto le rompe su sueño. Todo el cuerpo de Turno se empapa de sudor, y le salen rugidos por la boca. Igual que cuando empieza a hervir una caldera de agua puesta al fuego, así lo hace la furia de Turno. Se revuelve en la cama buscando sus armas. Y al despertar, va a ver a sus guerreros para anunciarles que va a declarar la guerra al rey Latino y a los troyanos.



Alecto, la Furia, no ha acabado su trabajo todavía. Vuela hasta donde está Julo Ascanio y ve que se entretiene cazando. Entonces el perverso monstruo enfurece a los perros del joven y les lleva a la nariz el olor de un ciervo para que lo persigan sin tregua. ¡Ésa sería la causa de otra guerra!

Y es que los hijos del mayoral de los ganados del rey Latino criaban un hermosísimo ciervo, de grandes astas. Su hermana Silvia le daba de comer en la mano y lo lavaba en las aguas cristalinas del río. De día corría por los bosques, pero de noche volvía a la casa de sus amos. Pues contra ese precioso ciervo, que estaba descansando a la orilla del río, fueron los perros de Ascanio. Y él, con una de sus flechas, le traspasa el vientre. El pobre ciervo herido va a morir en brazos de su ama. ¡Qué gritos da Silvia! Enseguida anima a todos los pastores a coger palos e ir contra el cazador, el joven troyano.

No hace falta contar lo que sigue: se armaron los dos bandos, y cayeron los primeros muertos. ¡Ha estallado la guerra entre latinos y troyanos! La Furia puede marcharse satisfecha al reino de las tinieblas.

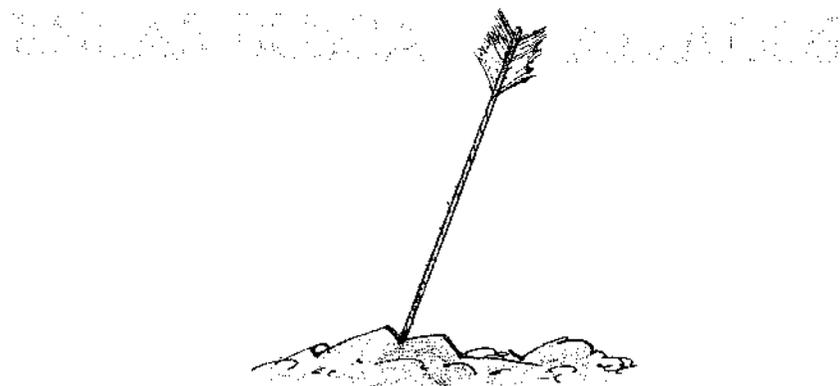


Los pastores llegan ante el rey Latino con el cadáver de dos jóvenes muertos por los troyanos. Lo hace también Turno, reclamando a Lavinia y el reino que considera suyo. Se les unen las mujeres latinas, dirigidas por la reina Amata, que piden asimismo la guerra contra los troyanos.

El rey Latino, desesperado, no sabe qué hacer:

—¡Pagaréis, desgraciados, lo que vais a hacer! —les dice—. Tú, Turno, vas hacia el desastre total. Cuando sea tarde, rogarás a los dioses. A mí me queda muy poco de vida. Lo único que pierdo es una muerte feliz —y después de decir estas palabras, se encierra en su palacio y abandona las riendas del gobierno.

La diosa Juno puede entonces abrir las puertas del templo de la Guerra, cerradas con cien cerrojos. Ella misma las hace girar sobre sus goznes.



Eneas ve cómo estalla la guerra en el Lacio. No sabe qué hacer. Llega la noche, y su pecho, turbado de tristes pensamientos, le deja, por fin, descansar un rato a la orilla del Tíber y se duerme.

En sueños se le aparece el mismo río, en figura de un anciano de larga barba blanca. Se levanta del fondo de las serenas aguas, cubierto con un velo verde y con una guirnalda de juncos. Y le habla así:

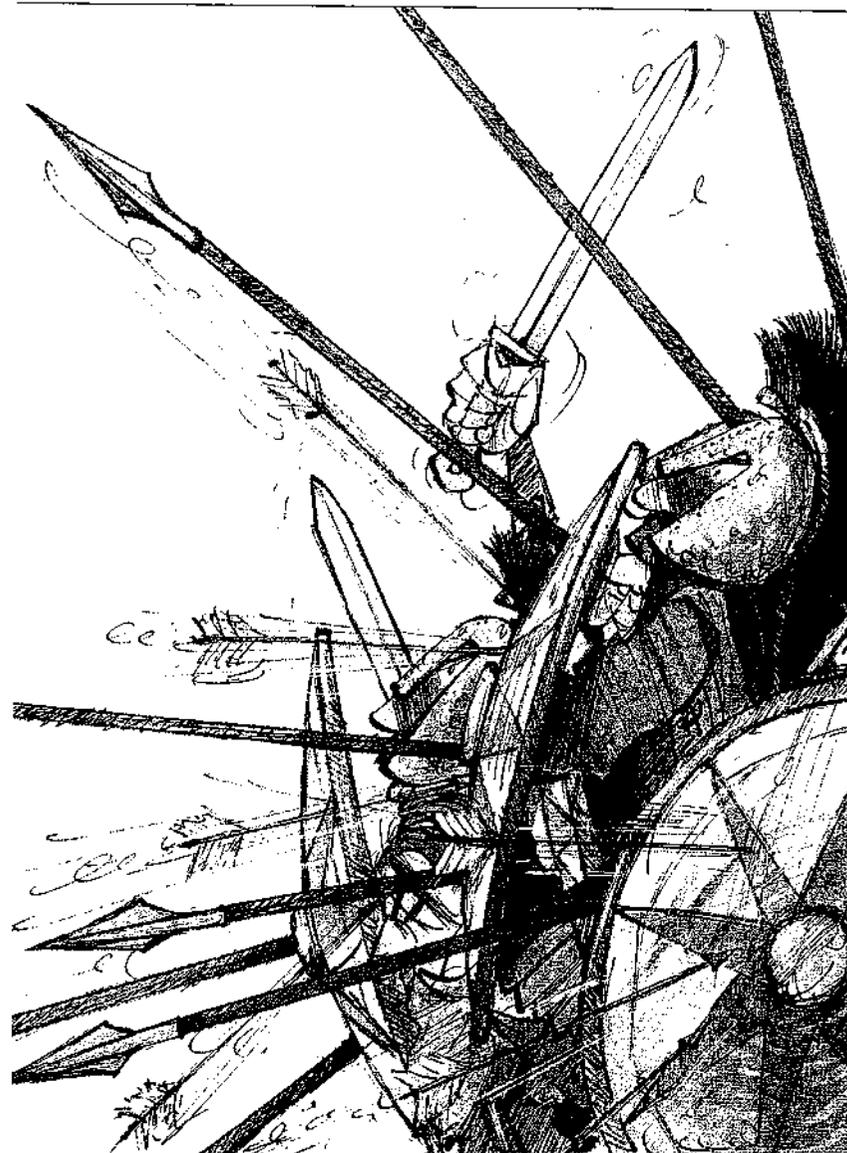
—¡Eneas, a ti te estábamos esperando! Aquí tienes una morada segura. No te vayas a causa de esta guerra que ha estallado. Ya se han acabado para ti las navegaciones. No creas que esto es la ilusión de un sueño. Vas a ver enseguida, tendida

bajo las encinas de la ribera, una gran cerda blanca dando de mamar a treinta lechoncillos blancos como ella. Éste es el lugar donde debes edificar tu ciudad, aquí encontrarás el descanso a tus muchos trabajos. Tu hijo Ascanio construirá la ciudad de Alba, en recuerdo del color de estos animales.

»Te voy a decir qué debes hacer para lograr la victoria, que es lo que más importa ahora. Tienes que ir a ver al rey Evandro, descendiente de los griegos, que habita la cercana ciudad de Palanteo, y está siempre en guerra con los latinos. Pacta con él una estrecha alianza. Vuestras fuerzas unidas te darán la victoria. Yo mismo te llevaré por mis aguas hasta la ciudad; haré que puedas navegar contra la corriente. En cuanto amanezca, ponte manos a la obra. Y no te olvides de rendirme homenaje en cuanto triunfes. Yo soy el Tíber, el río más querido del cielo.

Luego se sumergió en las profundidades de su fondo. La noche y el sueño abandonan a Eneas, que se levanta al momento. Coge agua juntando sus manos y dice:

—¡Padre Tíber, protégeme! Siempre haré homenajes a tus aguas. ¡Tú, el más hermoso de los ríos, ayúdame!



Toma dos de sus navíos, varios remeros y gente armada, y se dispone a remontar el río. Pero de pronto, ¡qué gran prodigio!, sale del bosque una cerda blanca, rodeada de sus treinta crías también blancas, y va a tenderse a la orilla del río, debajo de una encina.

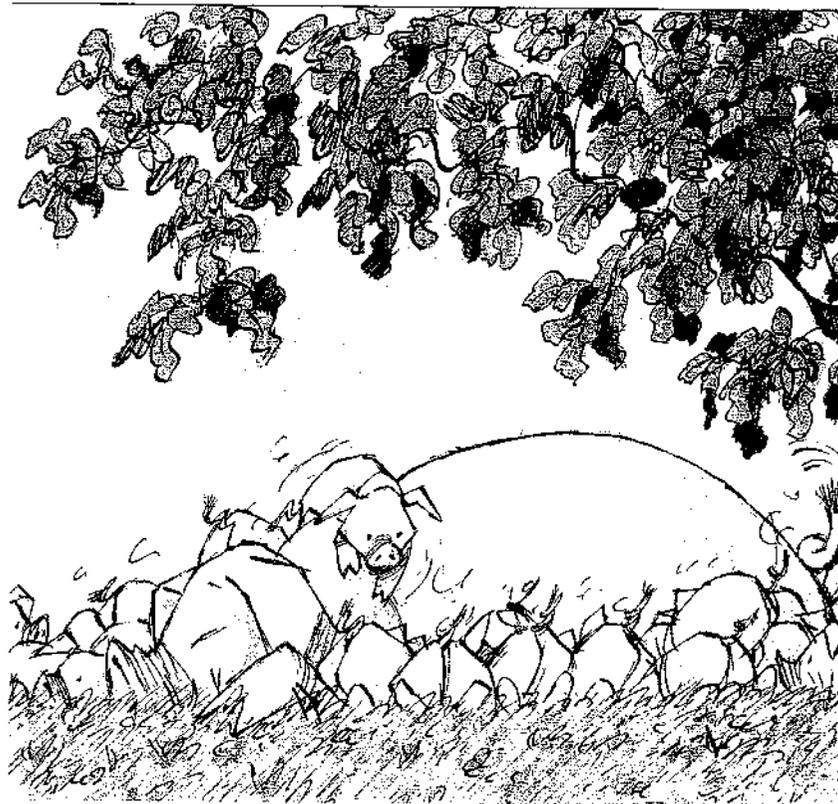
Eneas ve así cómo se cumplen todos los oráculos. Y, con renovadas fuerzas, remonta con los suyos el río Tíber en busca de la alianza del rey Evandro, surcando las largas curvas que forma entre frondosos árboles.

Era mediodía cuando ven a lo lejos las murallas de la pobre ciudad de Evandro. Ese día su hijo Palante estaba en el bosque y vio deslizarse por el río las naves. Se sube a un montecillo y desde lejos, empuñando una jabalina, les grita:

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís y adónde vais? ¿Traéis paz o guerra?

Entonces Eneas, cogiendo un ramo de olivo, le habla desde la popa de su nave.

—Somos troyanos, enemigos de los latinos. Venimos a ver al rey Evandro. Díselo y cuéntale que queremos pedirle una



alianza contra nuestros enemigos comunes.

Palante, al oír el nombre de Troya, se queda admirado y le dice:

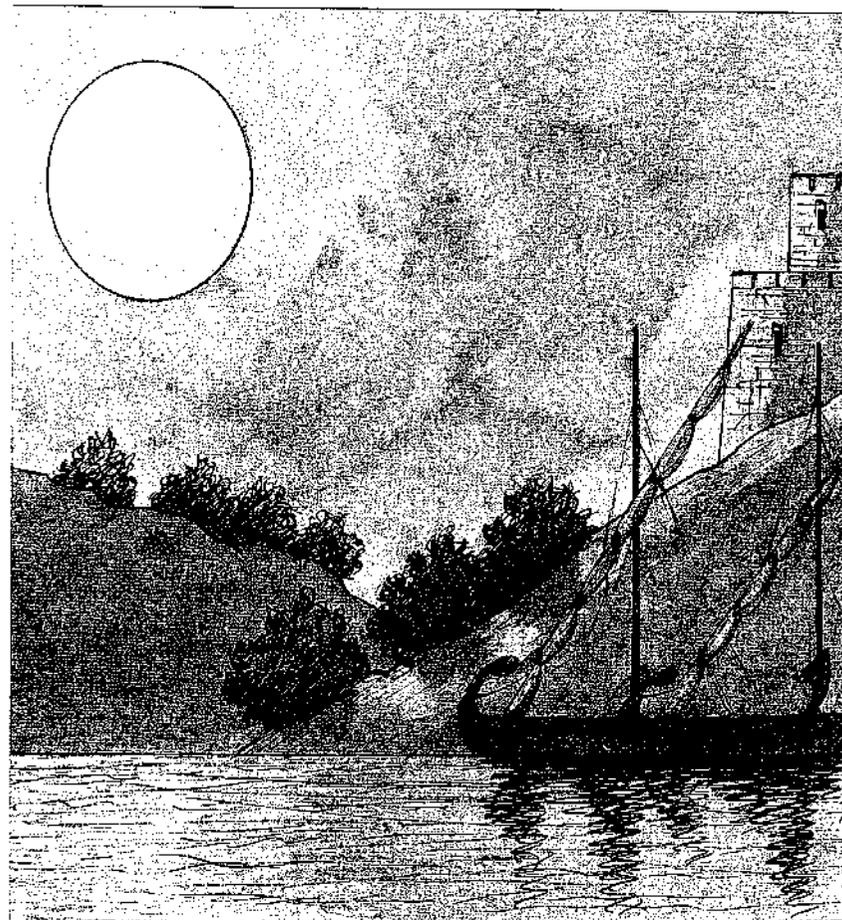
—¡Oh, tú, quienquiera que seas! Salta a la orilla y ven a hablar con mi padre. Serás nuestro huésped —y le tiende la mano a Eneas.

Ya delante del rey Evandro, Eneas le habla así:

—¡Oh, el mejor de los griegos, a quien la fortuna ha querido que le tienda los ramos de olivo y le venga a suplicar! No te he mandado embajadores, sino que yo mismo vengo a verte para pedirte una alianza. Tus enemigos creen que, si nos logran echar de esta tierra, no habrá obstáculo alguno para dominar por completo toda la Hesperia. Tengo guerreros valientes y esforzados, que se han hecho fuertes en la desgracia. Juntos podremos vencerlos.

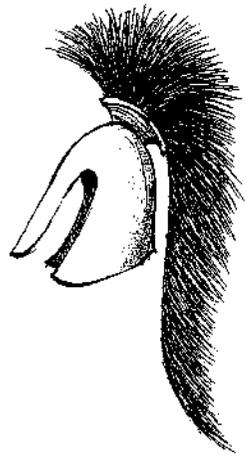
Mientras está hablando, Evandro no deja de mirarle, y luego le dice:

—Te recibo con mucho gusto porque sé que eres el más valiente de los troyanos. ¡Cómo me recuerdas a tu padre, el gran Anquises! Me acuerdo de que vino con el rey Príamo de visita a nuestra Arcadia, en Grecia. Era yo entonces un adolescente y me asombraron los guerreros troyanos; pero, sobre todo, me admiró la gallardía de tu padre. Me acerqué a él y le llevé a las murallas de mi ciudad. Él me regaló una aljaba llena de flechas y dos frenos de oro, que ahora tiene mi hijo Palante. Acepto,



por tanto, muy gustoso la alianza que me propones. Mañana, al amanecer, te daré todo lo que pueda. Pero hasta entonces quiero que seas mi huésped.

Y Eneas y los suyos descansaron en la pequeña casa del rey.



LAS ARMAS DE ENEAS

Cae la noche y con sus negras alas rodea la tierra, cuando Venus, aterrada por la guerra que le espera a su hijo, decide rogarle a su esposo Vulcano que le forje las armas.

El hábil herrero no es capaz de negarle nada a su bellísima mujer, la diosa Venus. Se dirige a su fragua, donde están los Cíclopes trabajando para los dioses. Es una enorme cueva que está bajo los montes de una isla cercana a Sicilia, parecida a la que hay debajo del Etna. Allí retumban los martillazos que dan en los yunques; allí está el palacio de Vulcano.

Los Cíclopes estaban en ese momento forjando uno de los muchos rayos que el poderoso Júpiter lanza a la tierra. Habían

mezclado tres rayos de granizo, tres de fuego y tres de viento, y le añadían ya los terribles resplandores y el ruido. En otra fragua estaban acabando un carro para Marte, el dios de la guerra.

—Dejadlo todo —les manda Vulcano—. Quitad de aquí las obras empezadas, Cíclopes del Etna, y poned atención en lo que voy a deciros. Tenéis que forjar las armas para un valiente guerrero lo más deprisa que podáis y con todo vuestro arte. ¡A la obra y rápido!

No dice más. Los Cíclopes se distribuyen el trabajo y empiezan a forjar las armas en los yunques. Primero, un inmenso escudo, formado por siete discos que puedan parar todas las flechas de los latinos. Gime la caverna con el estruendo de los martillazos.

Mientras el dios herrero dirige la forja de las armas de Eneas en las cuevas subterráneas, los pájaros y la luz del amanecer despiertan al rey Evandro en su modesta casa. Se levanta y, seguido por sus dos fieles perros, va a ver a su huésped acompañado de su hijo Palante.

Eneas también había madrugado y, con su amigo Acates, iba a su encuentro.



Se dan las manos y se sientan a hablar tranquilamente.

—No tengo riquezas que darte —le dice Evandro—, pero te haré caudillo de los etruscos, mis vecinos, que también se han levantado en armas contra Turno. Un oráculo les dijo que no vencerían a su rival si no los guiaba un capitán extranjero. Ellos tienen preparados sus ejércitos, pero no se atreven a lanzarse al ataque. Tú serás quien los mandes, e irá contigo este hijo mío, Palante, esperanza y consuelo de mi vejez, para que aprenda de ti. Le acompañarán nuestros mejores guerreros.

Cuando están hablando, de repente se ve un gran relámpago en el cielo, seguido de un gran trueno, y se oye el sonido de trompetas. Miran el cielo y ven brillar entre las nubes un montón de armas y oyen el estrépito que hacen chocando entre sí. Todos se quedan espantados. Eneas, que ha reconocido la señal que le manda su madre, le dice al rey:

—No te preocupes por el significado de este prodigio. El cielo me dirige este aviso: mi madre Venus quiere decirme que Vulcano está forjándome ya las armas.

Y el valiente troyano se lamenta:

—¡Cuántas muertes va a haber en esta terrible batalla porque los latinos han roto los pactos! ¡Cómo me vas a pagar, Turno, tu tozudez!

Evandro da caballos a los troyanos para que se dirijan por tierra a los campos etruscos y le regala uno magnífico a Eneas, cubierto con una piel de león. Luego abraza a su hijo Palante, llorando, y dice:

—¡Dioses, tened piedad de este anciano, y devolvedme sano y salvo a mi único hijo! Conservadme la vida si puedo volver a verle; pero si no es así, ya no quiero vivir más.

Sus criados se lo llevaron desmayado a su casa.

La caballería, mandada por Eneas y el fiel Acates, sale del reino de Evandro. En el centro del escuadrón va Palante, gallardo y joven. Las madres, llorando, ven marchar el ejército y siguen con los ojos la nube de polvo que levanta y el resplandor de las armas.

Cogiendo atajos, llegan a un bosque entre montañas. Allí descansan hombres y caballos. Es entonces cuando Venus se le aparece a Eneas, resplandeciente entre las nubes, y le deja al



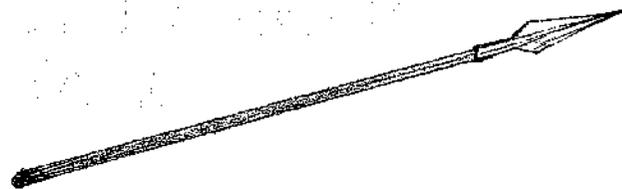
pie de una encina las armas que ha forjado Vulcano, diciéndole:

—Aquí tienes las armas que ha labrado para ti mi esposo. No dudes ya más, ¡ataca a Turno!

Eneas, admirado, empieza a examinar una por una las maravillosas armas: el impresionante yelmo para la cabeza, la terrible espada, la enorme loriga de bronce para el cuerpo, y, por último, se queda atónito ante los grabados del escudo donde se representan las hazañas de su pueblo.

Incluso puede verse a los mellizos Rómulo y Remo mamando de la loba: ellos fundarían Roma. Pero todo esto no lo sabe Eneas, que admira las imágenes aunque no sabe qué significan.

¡Eneas, aquí tienes las armas que ha labrado para ti mi esposo. No dudes ya más, ¡ataca a Turno!



Juno, al ver que Eneas había ido al reino de Evandro, manda a su mensajera Iris a que se lo diga a Turno, que estaba descansando en un bosque, reponiendo fuerzas.

Iris le habla así:

—Turno, tienes que aprovechar esta ocasión que ni los dioses te hubieran podido ofrecer. ¡Eneas ha dejado a sus compañeros y a sus naves y se ha ido a ver al rey Evandro en busca de alianzas! ¡No esperes más y ataca el campamento troyano, que no tiene a su rey!

Y luego se levanta por el aire dibujando un inmenso arco bajo las nubes.

Turno la reconoce y no duda un instante en obedecerla.

Al poco tiempo, los troyanos contemplan cómo los campos se cubren de tinieblas porque se acerca a toda velocidad a su campamento, levantando una gran polvareda, el ejército de Turno. El vigía, al verlo, da la voz de alarma:

—¡El enemigo se nos viene encima! ¡Coged las armas!

Eneas les había dicho que, si en su ausencia los atacaban, no presentaran batalla en el campo, sino que se atrincheraran en su campamento. Y así lo hacen. Cierran todas las puertas y desde las murallas se defienden del terrible ataque del ejército de Turno.

Lo primero que hace éste es mandar quemar las naves de los troyanos, que estaban ocultas en el río, junto al campamento. Esas naves las había hecho construir Eneas con pinos de un bosque consagrado a Cibeles, porque la diosa se los cedió muy contenta como premio al continuo homenaje que los troyanos le habían hecho en ese lugar. Pero, temiendo que las borrascas marinas pudieran acabar con ellas, le había pedido a Júpiter que las protegiera de las tempestades.



El padre de los dioses le había dicho:

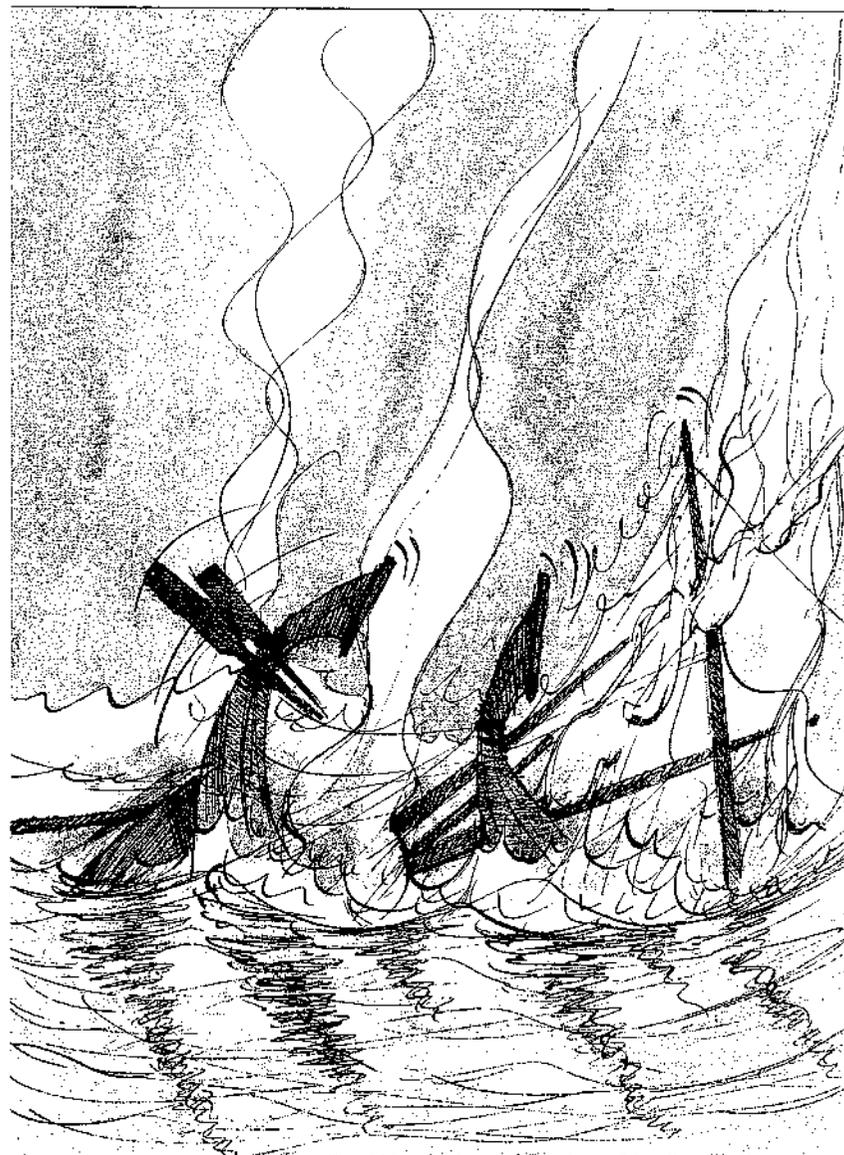
—¿Cómo me pides que esas naves hechas por los hombres mortales sean inmortales? Sólo puedo complacerte haciendo otra cosa: después de que lleven a Eneas a los campos ausonios, su tierra prometida, las convertiré en diosas marinas.

Y así sucede en el momento en que el fuego las destruye. De pronto en el cielo surge una extraña luz, lo cruza una gran nube, y luego se oye, llevada por los vientos, una voz inmensa que exclama:

—¡Antes conseguirá Turno incendiar los mares que quemar estas naves que fueron antes mis pinos! ¡Naves, id libres! ¡Sed ya diosas del mar! Yo, Cibeles, la madre de los dioses, os lo mando.

Y al instante todas las naves rompen las cuerdas que las amarran a la orilla y, como si fueran delfines, sumergen sus proas en lo más hondo del mar, de donde salen ya como bellísimas diosas marinas.

El mismo río Tiber detiene el curso de sus aguas y retrocede, asustado, con miedo de lanzarse al mar.



Sin embargo, el prodigio no ha conseguido atemorizar a Turno, que grita a los suyos:

—¡Estos prodigios son amenazas para los troyanos! ¡El mismo Júpiter les ha quitado sus naves! ¡Está cerrada ya para los troyanos la salida al mar! ¡Adelante! ¡Vamos a sitiar su campamento!

Desde lo alto de las trincheras, los troyanos ven los preparativos del ataque. Todos cogen sus armas.

Las trompetas de bronce retumban a lo lejos y van seguidas de un griterío inmenso. Al mismo tiempo avanzan rápidamente los soldados de Turno, protegidos por sus escudos. Unos llenan con tierra los fosos; otros intentan arrancar las empalizadas; otros arriman escalas a los muros; pero los troyanos les tiran lanzas, flechas y enormes rocas. Una de ellas aplasta a gran multitud de rútilos, la gente de Turno. Éstos desisten de seguir atacando de esa forma, y empiezan a lanzar flechas y teas encendidas. El combate es terrible.

A dos hermanos troyanos, Pándaro y Bitias, gigantes que parecían montes, se les ocurre una estrategia que les iba a costar

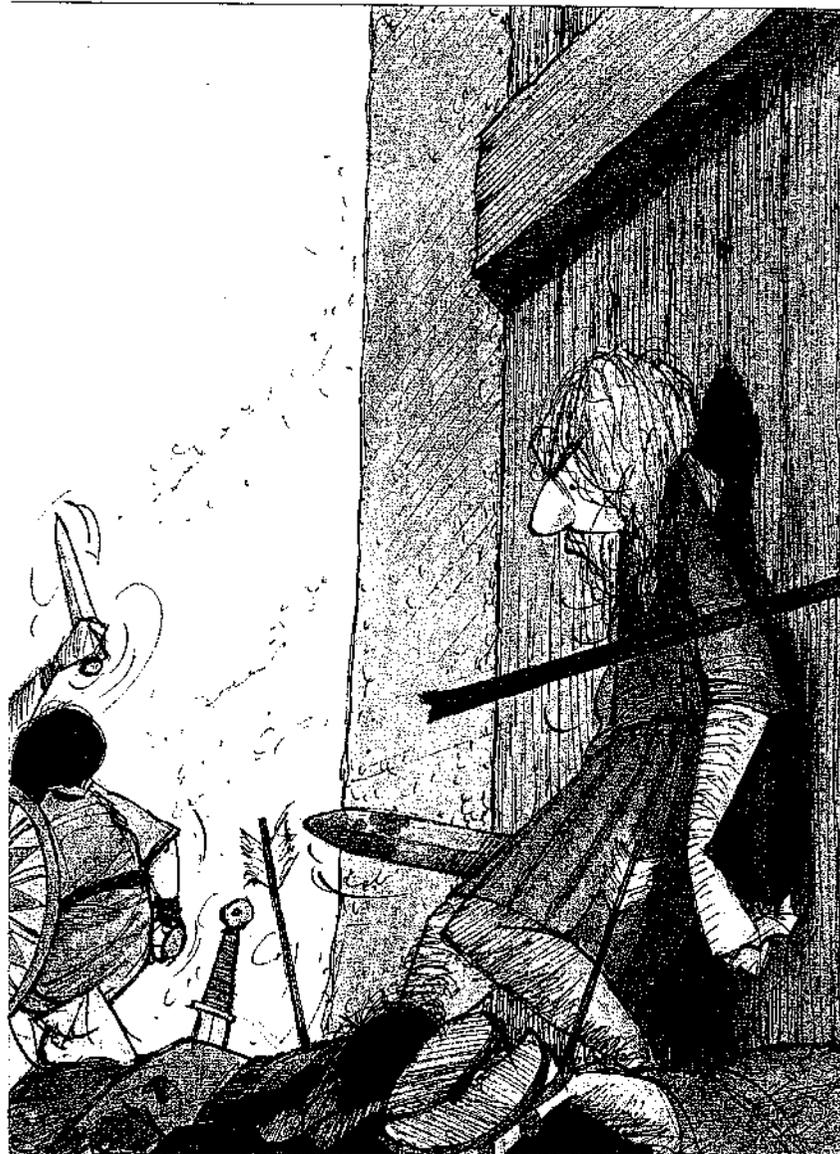


la vida: abren la puerta de la ciudad para provocar al enemigo. Ellos se ponen a ambos lados defendiéndola. Al principio consiguen matar a una gran cantidad de guerreros que se afanan por entrar en la ciudad. Pero la noticia llega a Turno, y el rey de los rútilos decide entrar él mismo por esa puerta, que ha sido trampa mortal para los más atrevidos de los suyos.

La fuerza de Turno es inmensa, y contra él nada puede Bitias, que es quien se le pone delante. El rey de los rútilos le dispara una fortísima lanza, que le atraviesa la loriga, y el gigante se desploma herido de muerte, haciendo temblar la tierra con su caída. Fue como si se cayera un muro de piedra que sirviera de dique al mar.

Pándaro, al ver tendido en tierra, muerto, a su hermano, cierra al instante la puerta, gracias a su enorme fuerza, apoyando en ella sus anchas espaldas. Deja fuera a algunos de los suyos, y se quedan dentro otros rútilos; entre ellos, su rey Turno. Parece un tigre en medio de un rebaño de corderos, ¡tal es su furia y su fuerza! El gigante Pándaro le hace frente: le lanza un enorme tronco, que sólo hiere el aire y va a clavarse en la puerta.

*...cierra al instante la puerta,
gracias a su enorme fuerza*



Entonces Turno le dice:

—¡No esquivarás tú así el golpe que te voy a dar con la espada! ¡Un brazo muy distinto al tuyo es el que descarga este tajo!

Se levanta todo lo que puede, alza la espada y le parte la frente por la mitad. Cae el gigante con un gran estruendo, y la tierra se estremece.

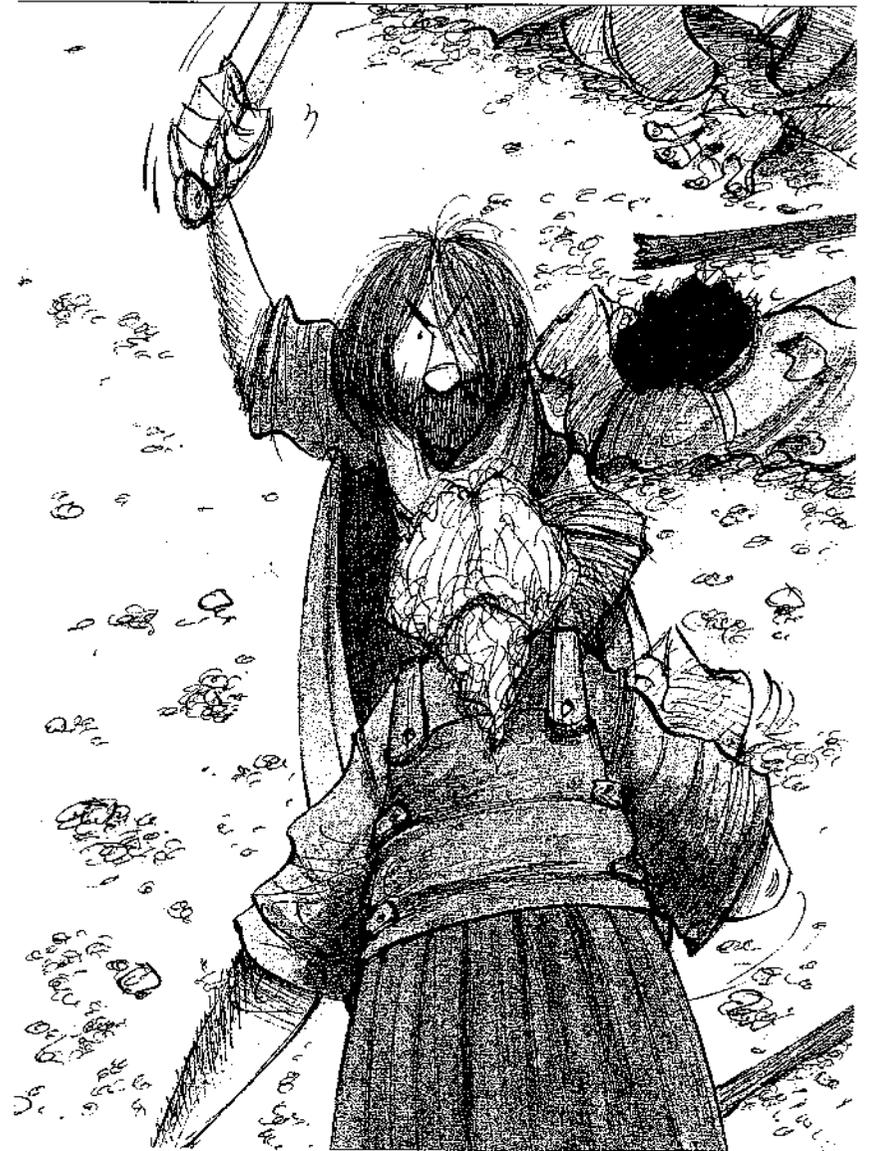
Huyen los troyanos en todas direcciones, y si en aquel momento se le hubiera ocurrido a Turno abrir la puerta para que entrasen los suyos, se hubiera acabado la batalla. Pero su furor y su sed de venganza le ciegan, y sigue matando a todo el que alcanza.

Al verlo Mnesteo, un gran guerrero troyano, grita a los suyos:

—¿Adónde huis? ¿Adónde vais, desgraciados? ¿Qué otro refugio os queda ya? ¡Un hombre solo y cercado por todas partes va a poder con todos vosotros, troyanos!

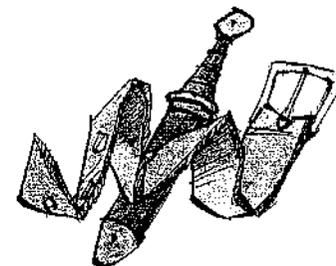
Al oírle, dejan de huir y se enfrentan a Turno. Poco a poco él empieza a retirarse porque no puede con todos, y se va acercando a la parte del campamento que da al río. Una lluvia de

*¡No esquivarás tú así el golpe
que te voy a dar con la espada!*



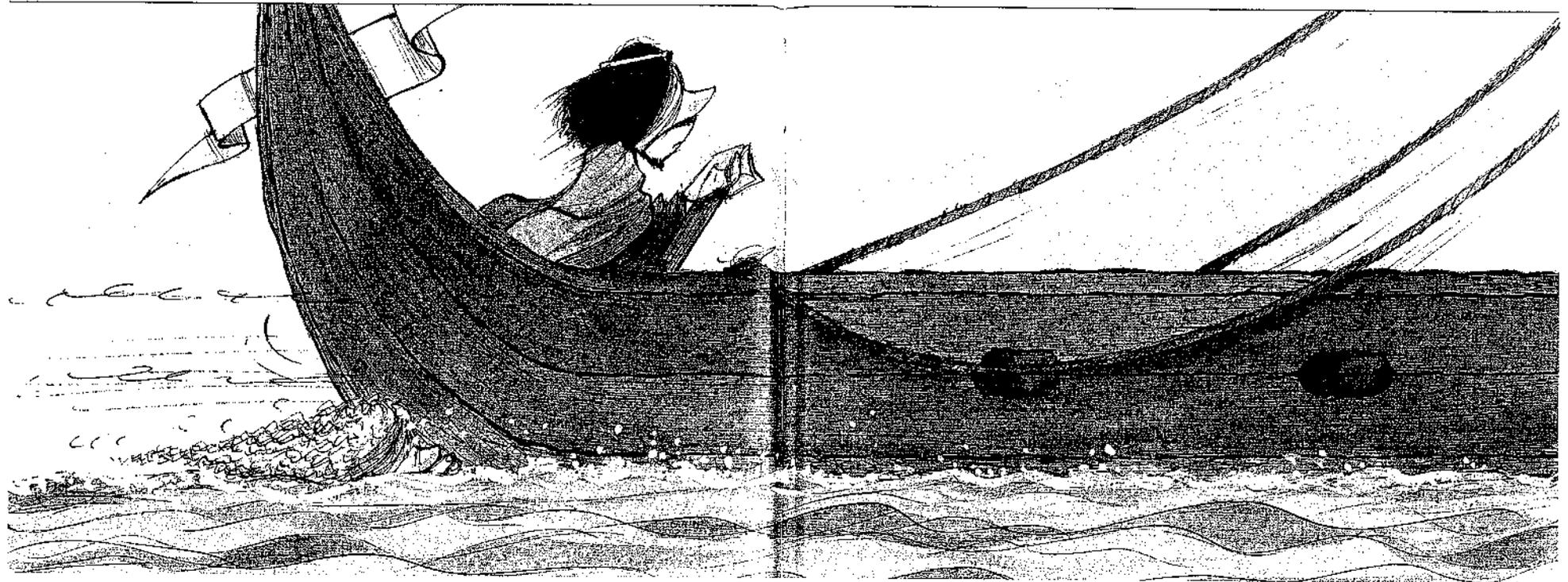
flechas le llega por todas partes, y Turno no puede atacar con su espada porque sólo intenta cubrirse con el escudo. Le chorre por todo el cuerpo un sudor espeso, con polvo y sangre. Casi no puede respirar. Entonces, por fin, se arroja con sus armas al río y consigue llegar hasta los suyos, que le ayudan y curan sus heridas.

EL REINO DE LOS ETRUSCOS



Mientras los troyanos estaban en plena batalla, Eneas avanzaba navegando por el río. Después de dejar al rey Evandro, se había dirigido al reino de los etruscos a pedirles que se aliaran también a sus tropas para luchar contra Turno y los rútuos. Su rey Tarcón aceptó enseguida el pacto y le proporcionó guerreros y naves.

Eneas va sentado en la popa de su nave: es de noche, pero como las preocupaciones no le dejan descansar, él mismo lleva el timón y atiende a las velas. De pronto, en mitad del camino, salen a su encuentro las ninfas marinas que habían sido antes



sus naves. Surcan las olas a su lado, y una de ellas, Cimodocea, la más habladora, se sujeta a la popa de la nave con la mano derecha mientras con la izquierda nada y le dice:

–Eneas, somos los árboles del bosque de la diosa Cibeles que después fueron tus naves. Ahora somos diosas del mar porque Turno, el rey de los rútuos, nos iba a quemar, y Cibeles nos salvó y nos permitió vivir eternamente debajo de las olas. Tu hijo

Ascanio y tu gente están sitiados por los latinos y los rútuos. Navega, pues, lo más deprisa que puedas. Al amanecer, di a tus aliados que se preparen para el ataque. Tú ponte las armas que Venus, tu madre, te ha dado. Si me haces caso, la primera luz de la mañana verá montones de cadáveres de rútuos.

Luego, empuja con su mano la popa, que se desliza sobre el agua más rápida que una flecha.

Amanece ya. Eneas ordena a su gente que coja sus armas y se disponga a la batalla. De pie en la alta popa ya ve a lo lejos el campamento de los suyos. También ellos lo avistan, y desde las murallas lanzan un tremendo grito de alegría. ¡Vuelven a tener esperanza de la victoria! Animados, lanzan otra vez una nube de dardos, que parecen una bandada de grullas cruzando el cielo.

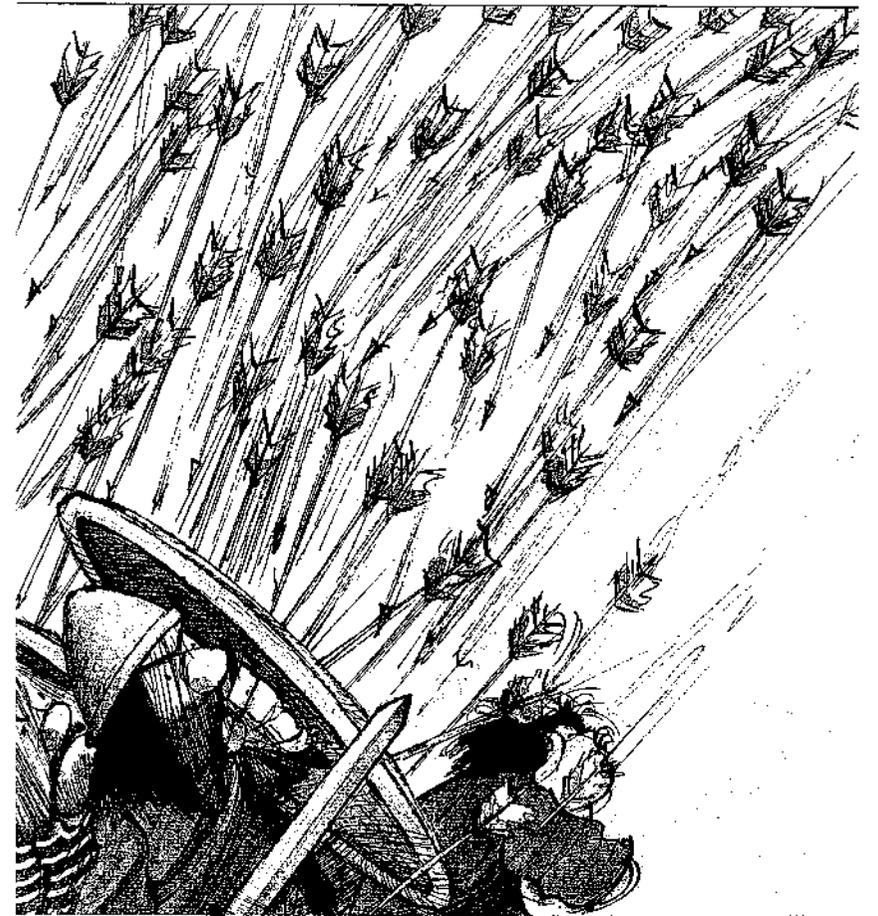
Turno se extraña de tal reacción, pero vuelve la cabeza y descubre que llegan a la playa multitud de naves y que la escuadra de Eneas cubre todo el mar. Enseguida empiezan a desembarcar. Unos bajan de las altas naves con escalas; otros, aprovechando la bajamar, se lanzan a los vados o se descuelgan por los remos.

El rey de los rútilos dispone a sus guerreros en formación de batalla frente a los recién llegados. Suenan las trompetas.

Eneas es el primero que ataca y empieza a hacer estragos entre los enemigos. La batalla es feroz.

Palante ve que sus guerreros, que han tenido que dejar sus caballos por lo escarpado del terreno, no están acostumbrados a pelear a pie y van retrocediendo ante los latinos. Furioso, les dice:

*...lanzan otra vez
una nube de dardos*



—¿Adónde vais, compañeros? ¡Por vosotros, por vuestro rey Evandro, no huyáis! ¡Somos hombres y luchamos contra hombres, no contra dioses! ¡Tenemos tantas manos, tantas almas como ellos!

Y al momento él mismo se lanza contra los enemigos. Su valor anima a los suyos, que le siguen. Pero Turno, al ver a Palante, les dice a sus aliados:

—¡Palante es mío! ¡Dejádmelo a mí!

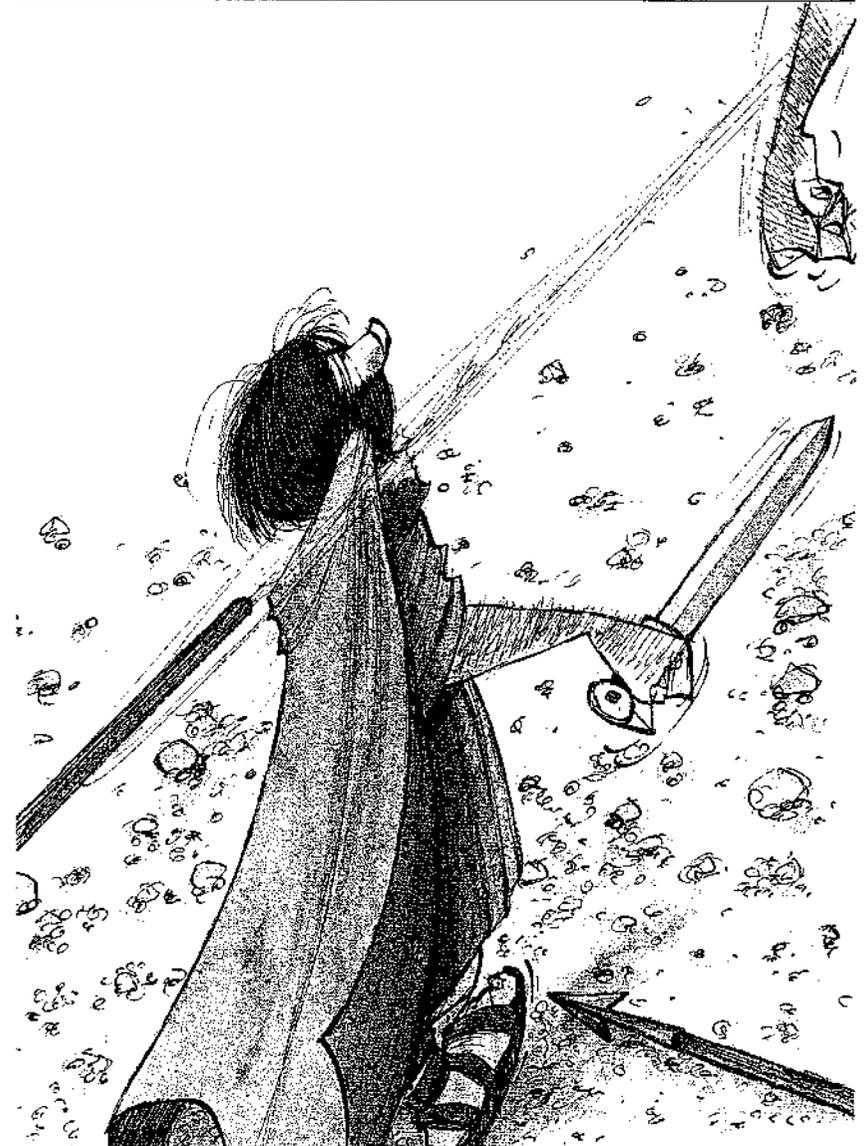
Todos le abren paso y le dejan el campo libre. El joven se queda asombrado de que los rútilos se retiren y que avance hacia él sólo el caudillo. Clava su mirada en aquel cuerpo gigantesco y le dice al feroz guerrero:

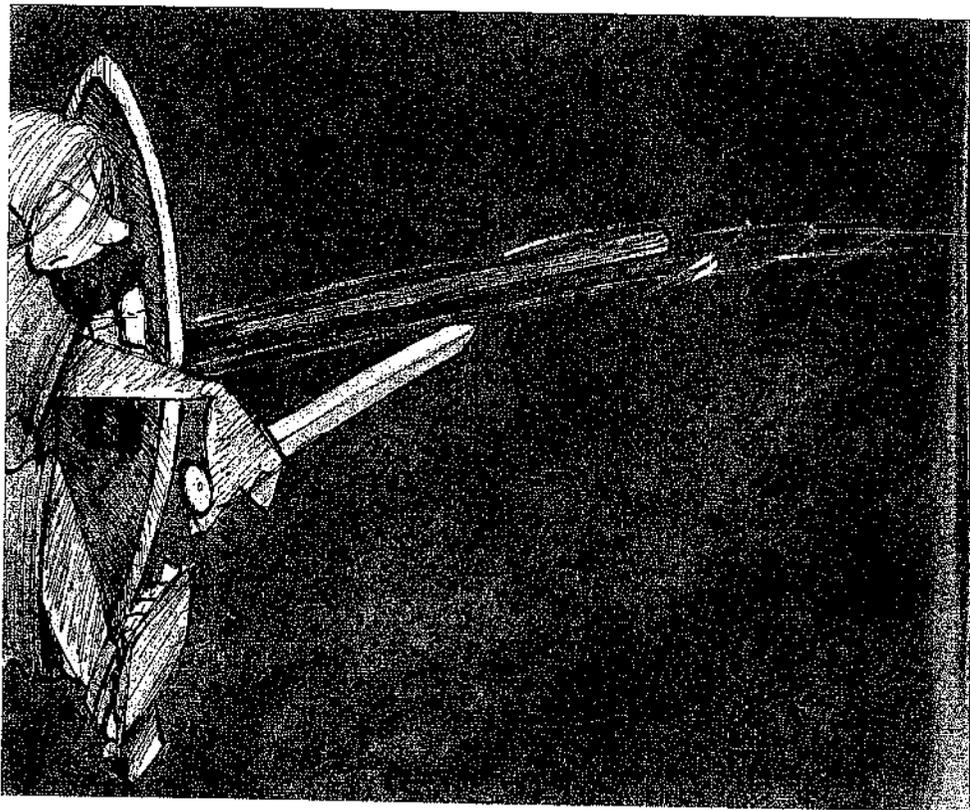
—¡Pronto me alabarán o por matarte o por haber muerto enfrentándome a ti! —y se adelanta hacia él.

A los suyos se les hiela la sangre.

Se baja Turno de su carro y se dispone a enfrentarse a pie a Palante. Parece un león que ve a un toro dispuesto a la pelea.

Cuando el joven cree que Turno está bastante cerca como para alcanzarle con su lanza, confiando en que la fortuna y la audacia compensarían la diferencia de fuerzas, se la arroja con toda su energía y luego desenvaina la brillante espada. La lanza va volando hasta darle en la armadura, por la parte de los hombros. Ha herido levemente el enorme cuerpo de Turno.

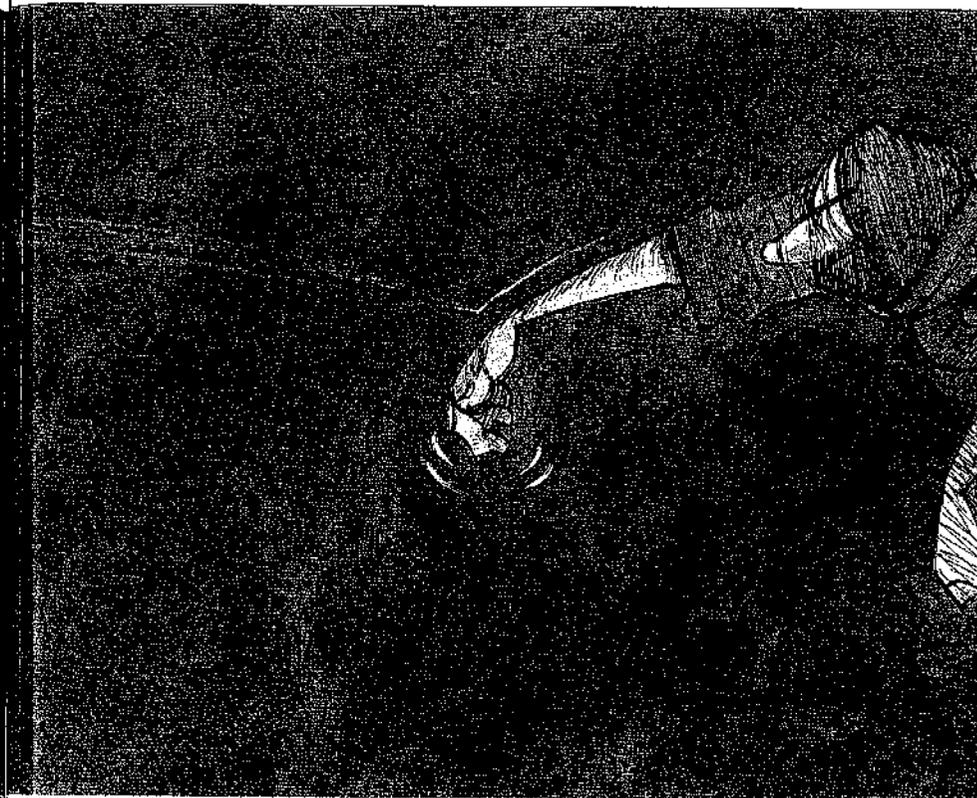




Éste entonces coge un asta de roble con una aguda punta de hierro y la lanza contra Palante diciéndole:

—¡Mira si mi dardo penetra mejor que el tuyo!

Atraviesa el escudo de hierro y bronce del joven y le traspasa el ancho pecho. Juntas se le van, por el mismo camino, la sangre y la vida.



Cae al suelo Palante, y sus armas hacen un enorme estruendo.

El malvado Turno empuja el cadáver con el pie izquierdo y le coge el ancho talabarte o cinturón que había sostenido la espada. Lo enseña a los suyos, triunfante. ¡Ay, qué desmesurado y vanidoso es! ¡No supo ser un digno vencedor y lo va a pagar muy pronto!

Los compañeros de Palante, llorando, recogen su cuerpo y lo sacan del campo. ¡Cuánto dolor para su padre!

Le llega a Eneas la noticia de todo, de la muerte de Palante, de cómo los suyos van retrocediendo, del desastre. Furioso, ataca a quien se le pone delante y se va abriendo camino en busca de Turno: parece un torrente de agua embravecido que lo arrasa todo. En ese momento su hijo Ascanio y los troyanos sitiados, saliendo del campamento, se lanzan también a la lucha.

Morían unos y otros, pero nadie huía. La victoria no se inclina aún por ninguno de los dos bandos. En ambos, la misma muerte y el mismo estrago. La batalla todavía va a durar días. Incluso han de pactar una tregua para enterrar a los muertos.

LA UNIFICACIÓN DE LOS REINOS DEL REY TURNO



En el reino de los latinos, las madres, las esposas, las hermanas de los guerreros y los niños huérfanos maldicen la horrible guerra y a Turno, que es quien la ha provocado al empeñarse en casarse con la princesa Lavinia y apoderarse así de todo el reino. Gritan que sea él y sólo él quien corra la suerte de las armas y luche cuerpo a cuerpo con el rey de los troyanos.

El rey Latino reúne su Consejo de Estado, con todos los nobles de su reino y con sus aliados. Él se sienta en medio de ellos, muy triste y preocupado. Había mandado mensajeros al rey griego Diomedes para que se aliara con él y así aumentar la fuerza de su ejército contra Eneas. Pero Diomedes se negó a

ello porque conocía muy bien la fuerza del troyano. Además les había aconsejado que no se enfrentaran a Eneas, sino que le tuvieran siempre por amigo.

El rey Latino comunica, por tanto, el fracaso de su embajada y añade:

—Cada cual ponga sólo en sí mismo toda esperanza. No podemos esperar ayuda de nadie. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Mi reino es grande; podría cederles a los troyanos el trozo que va de la orilla del Tíber hasta los límites de Sicilia a cambio de su amistad. Que se queden aquí y que construyan en nuestras tierras su ciudad. Y si prefieren marcharse y buscar otras tierras, les podemos regalar veinte naves o más; que ellos mismos digan cuántas necesitan.

Se levanta entonces Drances, enemigo mortal de Turno, y propone al rey:

—A esos regalos tienes que añadirle uno, uno solo: tu hija. Eneas sería un digno yerno tuyo, y la paz sería así segura porque la alianza iba a ser eterna. ¿Por qué no rogamos a Turno que renuncie a tu hija y deje que se case con Eneas en bien de todos?



Después se dirige al rey de los rútuos, que también está presente, y le dice:

—¿Por qué llevas al desastre a todo el Lacio? Tú eres la causa de nuestros males. No tenemos salvación posible en la guerra. Ten piedad de los tuyos. Olvida tu furia y retírate. ¡Bastantes derrotas hemos sufrido ya! ¡Y si tantas ganas tienes de conseguir la gloria, enfréntate tú solo a Eneas! ¡Si conservas algo del valor de tu familia, ve a verte cara a cara con quien te está desafiando!

Turno, furiosísimo, le llama cobarde, lengua sin manos... Y niega que la situación esté tan mal:

—¿Por qué desfallecer ahora que empieza la guerra? ¿Por qué vamos a temblar antes de que la trompeta toque alarma?

Y después de hablarles de nuevos aliados que se iban a sumar a sus tropas, como Camila, la reina de las Amazonas, acaba diciendo:

—Pero si Eneas quiere luchar sólo conmigo, lo haré con todas mis fuerzas. Si me desafía, iré a verme con él cara a cara. ¡Y lo venceré! A vosotros y a mi suegro el rey Latino, os ofrezco mi vida.

Mientras discutían de esta manera, Eneas organizaba su

*...le llama cobarde,
lengua sin manos...*



ejército y lo ponía en orden de batalla. Ésta iba a ser mucho más dura aún...

Morirían muchos soldados más, de uno y otro bando.

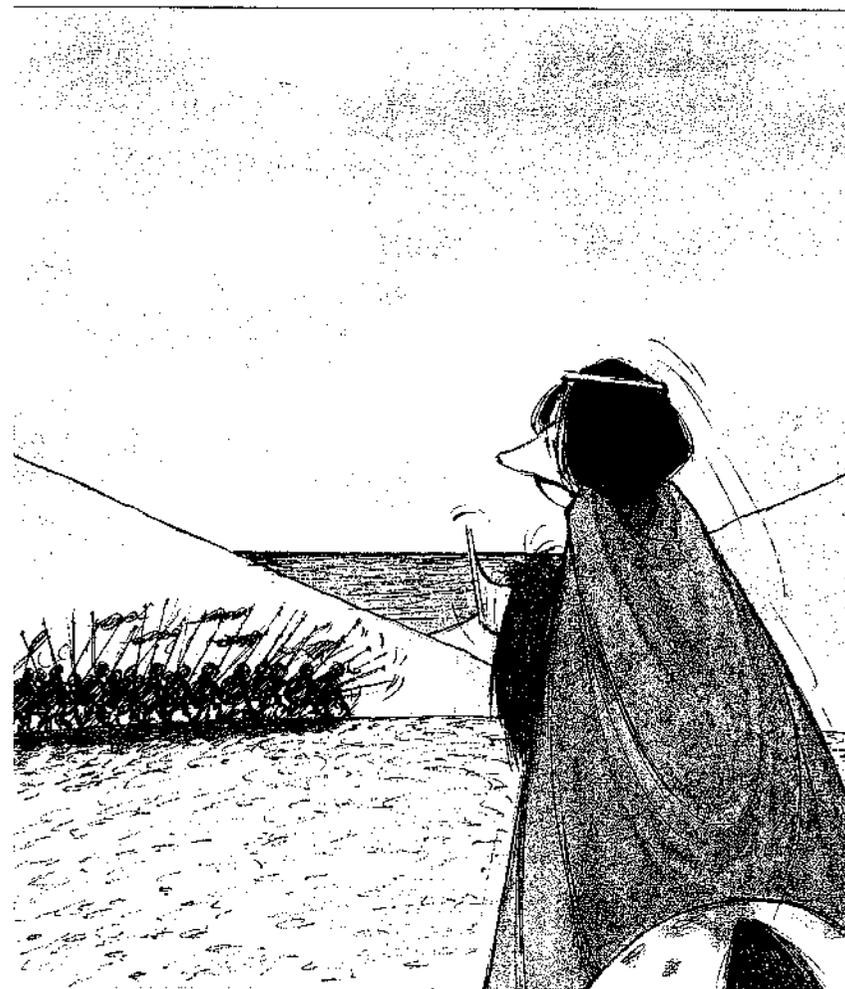
Eneas consiguió, por fin, una gran victoria sobre los aliados de Turno. El rey de los rútuos lo esperaba emboscado para tenderle una trampa; pero le llegaron las noticias de esta derrota y de que los troyanos avanzaban hacia Laurento, la ciudad del rey Latino. No tuvo más remedio que abandonar el bosque y dirigirse hacia allá para defenderla. Fue entonces cuando Eneas atravesó el bosque, libre ya de trampas, y también se dirigió hacia la ciudad.

Muy poca distancia separaba a los dos ejércitos.

Eneas vio a lo lejos los campos cubiertos de una espesa polvareda y divisó al ejército enemigo. Al mismo tiempo Turno reconoció por sus armas al formidable Eneas y oyó las pisadas de los soldados de infantería y el relincho de los caballos. Se hubieran enfrentado en ese mismo momento, pero se hacía ya de noche.

Los dos ejércitos, delante de la ciudad, con sus campamentos rodeados de empalizadas, se disponen a descansar.

Al día siguiente, Turno va a ver al rey Latino. Está tan furioso que parece un león herido.



–Estoy preparado para la batalla. ¡O acabo con el troyano o me vence y será suya mi prometida Lavinia!

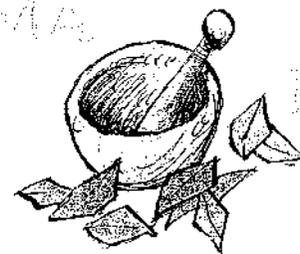
El rey Latino, con semblante sereno, le habla así:

–Eres muy valiente, Turno, y te aprecio mucho. Pero los dioses y los hombres ya me habían dicho que no podía casar a mi hija con ninguno de sus pretendientes. Por el amor que te tengo y por lo mucho que me lo rogó mi esposa, la reina Amata, le quité a mi futuro yerno la esposa que le había prometido y le declaré la guerra. ¡Ya ves, Turno, los desastres que me ha traído aquella decisión! Las aguas del Tíber están teñidas de nuestra sangre, y los campos están llenos de nuestros huesos. ¡Qué dirá toda Italia si te dejo morir por quitarle a Eneas lo que es suyo!

–¡No te preocupes por mí, rey! –le replica Turno–. ¡Déjame morir para lograr la gloria! ¡También yo sé manejar las armas! ¡También brota sangre de las heridas que yo abro!

Después regresa a su palacio. Pide su caballo, blanquísimo y más veloz que el viento. Se viste la loriga de bronce con adornos de oro, se ciñe la espada, abraza el escudo y se pone el yelmo con dos rojos penachos en la cabeza. Por último, coge una fuerte lanza.

LA TORREJA



KATAKATA

Mientras tanto, Eneas se viste las armas que le había dado su madre, Venus. Está lleno de furia, pero, sobre todo, tiene ganas de acabar la terrible guerra. Anima a su hijo y a sus compañeros, y les recuerda lo que les tiene anunciado el destino.

Salen al campo los dos reyes aliados: Latino, con una corona de oro, va en un rico carro que arrastran cuatro caballos; y Turno, en otro carro tirado por dos caballos blancos, llevando en su mano dos dardos de anchas puntas de hierro.

Eneas, al verlos, se acerca a ellos, acompañado de su hijo Ascanio. Está espléndido con su brillante escudo y sus armas divinas. Y le dice al rey Latino:

–Rey, si la fortuna le da la victoria a Turno, los vencidos nos retiraremos a la ciudad de Evandro, y nuestros soldados nunca os atacarán. Pero si la victoria se declara a favor de nuestras armas, como yo creo, no mandaré a tus súbditos que nos obedezcan ni reinaré sobre ellos. Las dos naciones se regirán por las mismas leyes y se unirán en alianza eterna. No os quitaré ni la lengua ni os haré cambiar de traje ni de nombre.

El rey Latino le contesta así:

–Eneas, pongo por testigos a los dioses de que, suceda lo que suceda, no romperé la paz ni estos pactos, que acepto libremente. Juro que ninguna fuerza podrá apartarme de ellos, aunque el diluvio inunde la tierra y el cielo se desplome sobre el infierno.

Parece que, por fin, se van a enfrentar los dos héroes para decidir la suerte de la guerra y acabar con ella sin más muertes. Pero Juturna, la hermana de Turno, una diosa de los lagos y sonoros ríos, trata de evitar ese combate y provoca un prodigio para lograrlo.

De pronto en el cielo aparece un águila persiguiendo a las



aves de la orilla, hasta que, desplomándose sobre las olas, coge con sus garras a un hermosísimo cisne. Entonces todas las aves, reuniéndose con un griterío tremendo y oscureciendo el aire con sus alas, unidas, atacan al águila hasta que ésta no tiene más remedio que soltar al cisne, que cae al río, y huir.

Los rútilos creen que es un aviso del cielo para que todos juntos se enfrenten al águila, que es Eneas, para salvar al cisne, que es Turno. Y dan comienzo de nuevo a otra batalla atacando todos juntos al enemigo.

Los troyanos, al ver el ataque, reaccionan y responden inmediatamente a la agresión.

Eneas, que se había quitado el yelmo, los llamaba a gritos diciéndoles:

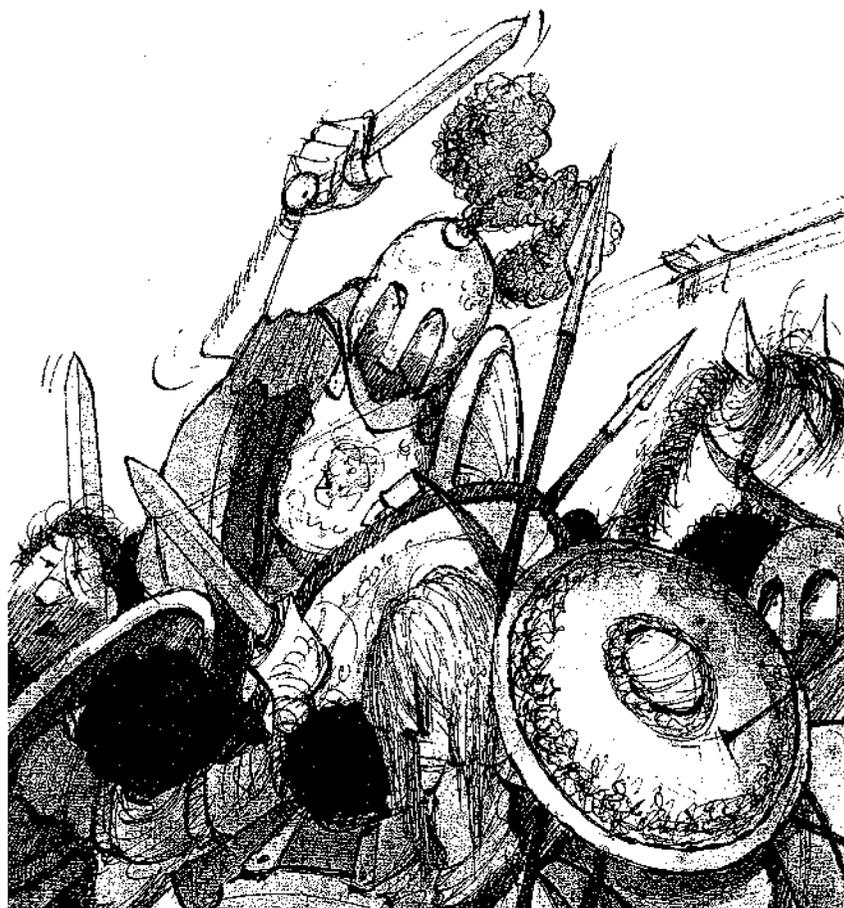
—¿Por qué los atacáis? ¡Están ya hechos los pactos! ¡Sólo yo tengo derecho a luchar!

Y mientras les decía esto, una flecha disparada no se sabe por quién le hiere en el muslo. Es tal el dolor que siente que debe retirarse del campo.

Turno, al ver que Eneas se va rodeado de los suyos y que hay confusión en el campo del enemigo, se sube a su carro tirado por veloces caballos blancos y se lanza contra el enemigo. Va dejando una estela de muertos. Sus caballos estampan sus huellas en la tierra empapada en sangre.

El fiel Acates y Ascanio, su hijo, ayudaban al herido Eneas a

llegar a su tienda. El héroe debe apoyarse a cada paso en su larga lanza. Al llegar a su tienda, intenta él mismo arrancarse del muslo el dardo roto, pero el dolor es insostenible.



Acude enseguida Yápige, que había escogido entre todas las artes la medicina cuando el dios Apolo le ofreció enseñarle la que quisiera. Lo hizo porque su padre estaba muy enfermo, y quiso aprender medicina para intentar curarle.

Brama Eneas de dolor y de rabia, apoyado en su lanza, y rodeado de sus fieles guerreros. Palpa Yápige la herida con sabia mano; pero ni consigue sacar el hierro con una tenaza ni sus hierbas calman el terrible dolor de Eneas.

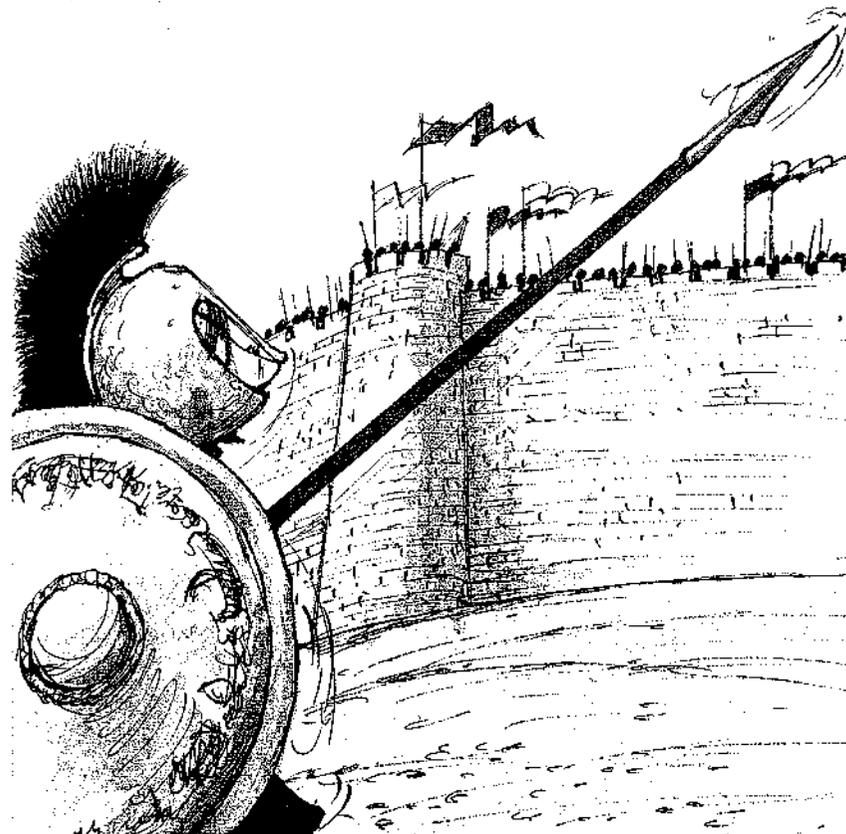
Venus, al ver lo mucho que sufre su hijo, recoge unas hierbas que ella sabe, mezcla su jugo con agua y con ambrosía, que es el licor que beben los dioses, y deja el zumo saludable para que Yápige lave la herida del caudillo troyano.

Huye enseguida del cuerpo de Eneas todo el dolor. La mano de Yápige puede sacar fácilmente la flecha, y la sangre deja de fluir de la herida.

Al momento, Eneas se pone de nuevo las grebas que protegen sus piernas y ciñe las armas. Abraza a su hijo Ascanio y le dice:

—¡Aprende de mí, hijo, valor y fortaleza! ¡De otros, fortuna!

Y sale al campo de batalla blandiendo una enorme lanza. Los troyanos lo acompañan. Una espesa nube de polvo envuelve el campo y retiembla la tierra. Parecen un tornado que vaya a arrasarlo todo.



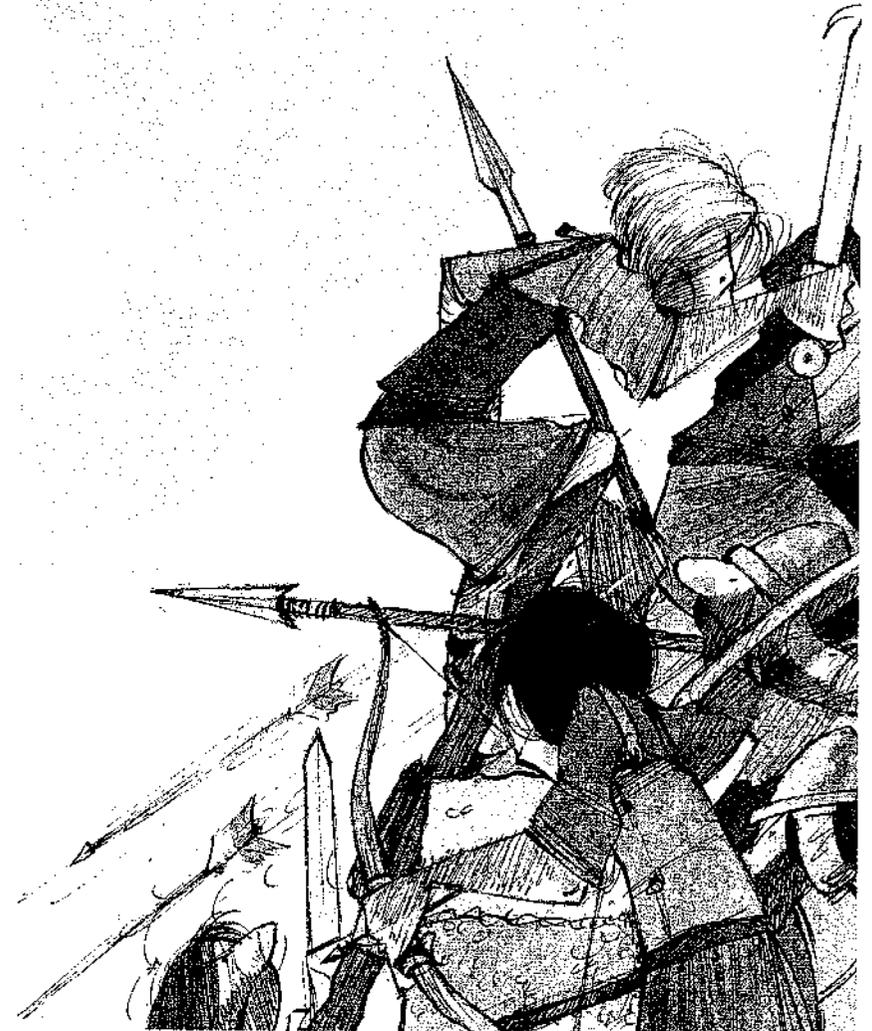
Lo ve Turno, y también su hermana Juturna. Ella toma las riendas de su carro y empieza a correr por en medio de los enemigos, como una negra golondrina que va revoloteando buscando comida para sus polluelos. Da vueltas y revueltas, pero no deja intervenir en la lucha a su hermano. Eneas le llama en medio de los escuadrones rotos y le desafía; pero el carro sigue su carrera imparable.

Al darse cuenta Eneas de que Turno evita enfrentarse a él, decide atacar la ciudad del rey Latino, Laurento. Y grita así a los suyos:

—¡Obedecedme todos! Si esta ciudad, que ha sido la causa de la guerra, no se nos rinde, la destruiré y quemaré sus casas.

Todos le siguen inmediatamente. Unos empiezan a poner escalas a los muros de la ciudad para intentar entrar en ella. Otros lanzan dardos y acuchillan a los primeros que encuentran.

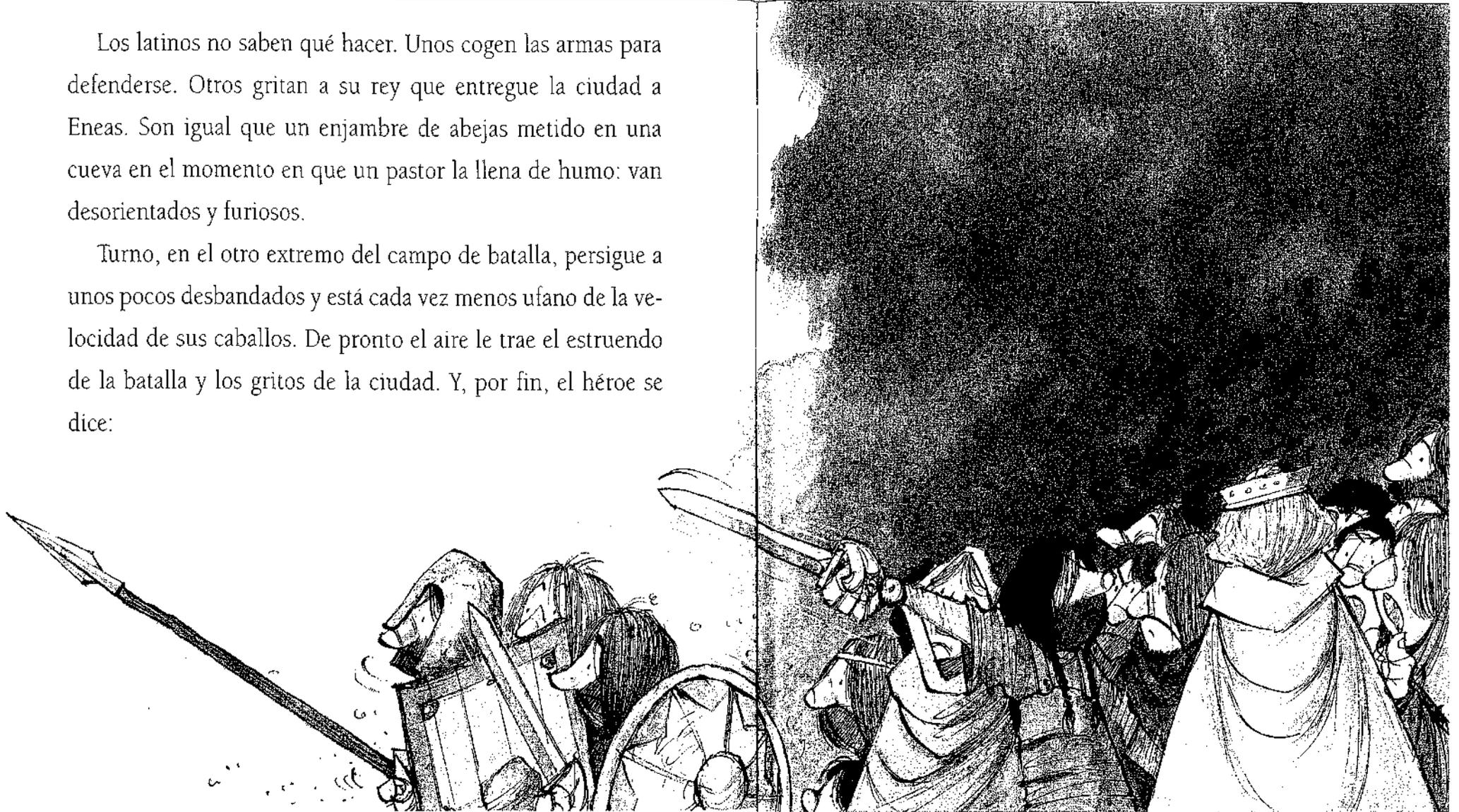
Eneas le grita al rey Latino que se ha visto obligado otra vez a luchar, ya que Turno no acepta el combate personal. Como se han roto los pactos —le dice—, o se entregan o va a destruir la ciudad.



Los latinos no saben qué hacer. Unos cogen las armas para defenderse. Otros gritan a su rey que entregue la ciudad a Eneas. Son igual que un enjambre de abejas metido en una cueva en el momento en que un pastor la llena de humo: van desorientados y furiosos.

Turno, en el otro extremo del campo de batalla, persigue a unos pocos desbandados y está cada vez menos ufano de la velocidad de sus caballos. De pronto el aire le trae el estruendo de la batalla y los gritos de la ciudad. Y, por fin, el héroe se dice:

*Otros gritan a su rey
que entregue la ciudad*



—¿He de dejar que por mi culpa se destruya esta ciudad? ¿Esta tierra tiene que verme huir? ¿Es un mal tan grande la muerte? ¡Voy a pelear con Eneas!

Y como si fuera un peñasco que rueda desde la cumbre de un monte y arrastra árboles, animales y hombres, así Turno, con su carro, se abre paso entre los escuadrones hacia la ciudad, en medio de una lluvia de dardos que silban.

Al llegar, hace una señal con la mano a los suyos y les grita:

—¡Dejad las armas, rútilos y latinos! ¡Sea cual sea la suerte que nos espera, esa suerte es la mía! Justo es que yo solo pague y que yo solo luche.

Todos se retiran y dejan en el centro un gran espacio.

EL COMBATE DE ENEAS Y TURNO



Eneas, al oír el nombre de Turno, abandona inmediatamente el asedio y el ataque de las altas torres de la ciudad. Grande como un monte, hace retumbar sus armas.

Por fin, rútilos, latinos y troyanos vuelven los ojos al lugar del combate, y todos dejan las armas. El mismo rey Latino contempla desde las murallas a aquellos dos grandes guerreros a punto de enfrentarse.

Al ver el campo libre, los dos arrojan desde lejos sus lanzas y, corriendo uno hacia el otro, chocan escudo contra escudo, espada contra espada. Parecen dos toros que luchan por el dominio de la manada, trabados los cuernos y bañados los cuellos

de arroyos de sangre. Así chocan con sus escudos el troyano Eneas y el rútilo Turno.

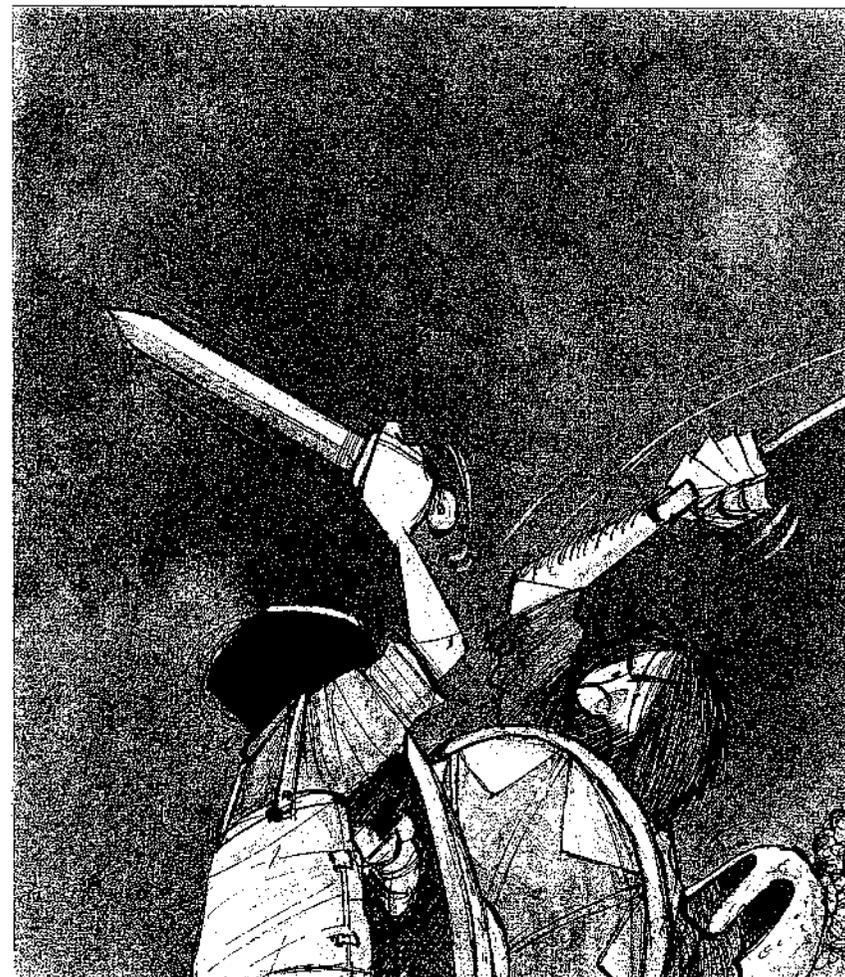
Da éste un salto y con su espada tira un tajo a Eneas. Gritan todos. Pero la espada se rompe, y Turno queda desarmado. Huye rápido como el viento buscando una salida en el campo, pero éste está cerrado por todas partes: por los troyanos, por una laguna, por las altas murallas de Laurento.

Aunque le duele la herida, Eneas le persigue lo más rápido que puede. Parece un perro persiguiendo a un ciervo que encuentra cerrado el camino por un río. Un gran vocerío se alza en los dos ejércitos.

Turno, al huir, va llamando uno por uno a todos los rútilos, pidiéndoles que le den una espada. Pero Eneas amenaza con matar en el acto al que intervenga en la batalla.

Cinco veces dieron la vuelta a la arena en un sentido y cinco en otro.

Arroja entonces Eneas su lanza, pero queda clavada en un árbol y luego no consigue arrancarla. Mientras lo está intentando, alguien le da una espada a Turno. En ese momento,



Eneas logra arrancar la lanza. Entonces, los dos, erguidos y arrogantes, uno con una espada, y el otro con su lanza, vuelven a empezar la lucha.

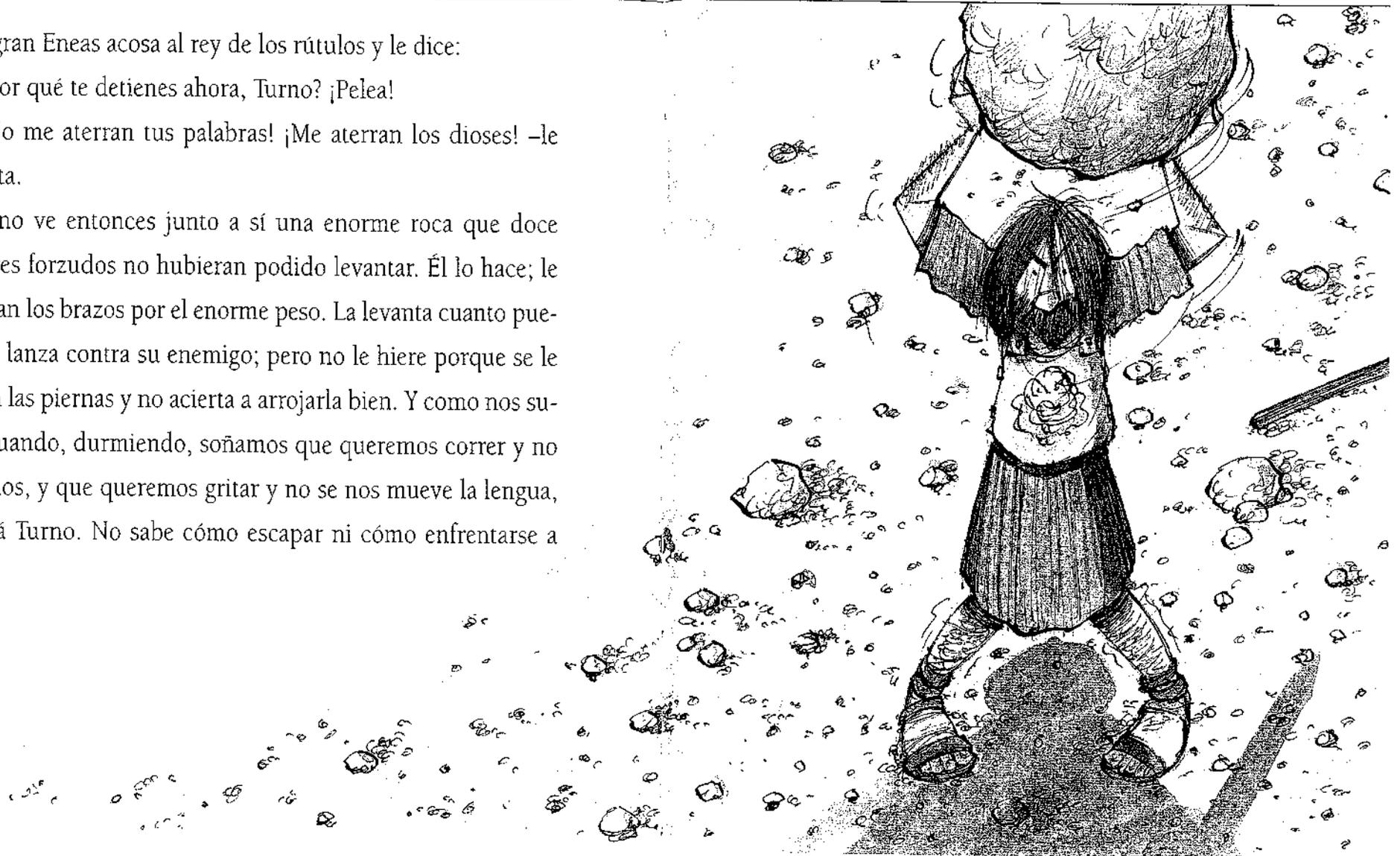
El gran Eneas acosa al rey de los rútilos y le dice:

—¿Por qué te detienes ahora, Turno? ¡Pelea!

—¡No me aterran tus palabras! ¡Me aterran los dioses! —le contesta.

Turno ve entonces junto a sí una enorme roca que doce hombres forzudos no hubieran podido levantar. Él lo hace; le tiemblan los brazos por el enorme peso. La levanta cuanto puede y la lanza contra su enemigo; pero no le hiere porque se le doblan las piernas y no acierta a arrojarla bien. Y como nos sucede cuando, durmiendo, soñamos que queremos correr y no podemos, y que queremos gritar y no se nos mueve la lengua, así está Turno. No sabe cómo escapar ni cómo enfrentarse a Eneas.

*...una enorme roca que doce hombres
forzudos no hubieran podido levantar*



El rey troyano, aprovechando su indecisión, apunta bien y le arroja desde lejos su lanza con todas sus fuerzas. Le atraviesa el escudo, el borde de la loriga y le entra por mitad del muslo. Al gigantesco Turno se le doblan las rodillas y cae herido en tierra.

Gimen los rútilos, y retumba el monte con los gritos. Turno le pide entonces a Eneas que no le mate, que tenga piedad de él. Pero el rey troyano, al ver que su enemigo lleva puesto el talabarte de Palante, se acuerda de la muerte del joven. Se olvida de su generosidad y, ofuscado por las Furias, le hunde en el pecho la espada.

El espíritu del rey de los rútilos huye a la región de las sombras...

Por su parte, Juno hacía ya tiempo que se había desentendido de aquella guerra, porque sabía que iba a perderla. Sabía también que Eneas se casaría con Lavinia y que los troyanos y los latinos se unirían en una alianza eterna. Y al cabo de los siglos, sus descendientes, los romanos, vencerían a su ciudad preferida, Cartago, en cruel guerra.





Sólo le había pedido a Júpiter que los troyanos no obligaran a los latinos a cambiar ni su nombre ni su lengua, y que vivieran siempre juntos en paz. Y él se lo había concedido.

Y la diosa, feliz, se olvidó al momento de todo lo ocurrido y se puso a pensar en otra cosa.

ÍNDICE

La tempestad y la calma	5
Venus se aparece a su hijo Eneas	12
Eneas llega a Cartago: el encuentro con la reina Dido	18
Eneas cuenta la historia de Sinón y el caballo de Troya	25
La ciudad en llamas	35
Eneas va en busca de los suyos	43
La marcha de Troya	49
Las sucias Harpías	52
Las profecías del rey Héleno	58
Navegando hacia Italia: la isla de los Ciclopes	63
El amor de Dido por Eneas	73
La partida de Eneas y el dolor de Dido	88
La mala fortuna persigue a Eneas	93
La Sibila de Cumas	102
La rama de oro y la entrada en las moradas infernales	107
En las Llanuras del Llanto y en los Campos Elíseos	118
Se cumple la profecía de la Harpía	125
La furia de Juno	133
Eneas busca aliados	141
Las armas de Eneas	148
El ataque de Turno al campamento troyano	155
La muerte de Palante	167
La insensata tozudez del rey Turno	177
La última batalla	185
El combate de Eneas y Turno	197